

VIAJE
A BRETAÑA.

=
EL NORBIMAN,

POR

PITRE-CHEVALIER.

TRADUCIDO POR ***



GRANADA.

—
IMPRESA Y LIBRERÍA DE D. MANUEL SANZ.

CALLE DE LA MONTERERÍA N.º 3.

1848.

24-9-57

Libro	B
Ed.	12
Estado	238
Nº	

Numero:	B
Estado:	6
Sala:	435
BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	

1594

DONADO Á LA BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA DE GRANA-
DA POR ✠ ✠ ✠ ✠ ✠ ✠
FRANCISCO LUIS HIDALGO
Y RODRÍGUEZ, EN MEMORIA
DE LA POETISA GRANADINA
D.^a ENRIQUETA LOZANO. ✠

1855 = 12/14.

JORNADA PRIMERA.

I.

**BRETAÑA MODERNA.—PLAN Y PARTIDA.—MI
COMPAÑERO DE VIAJE.—COMO LO INDUJE A
HACER EL VIAJE A PIE.—NUESTRO EQUIPAJE.
—NUESTROS TALISMANES.—PARALELO ENTRE
NOSOTROS Y MAD. SEVIGNE, EN EL QUE LLE-
VAMOS LA VENTAJA.—DE PARIS A NANTES A
VUELO DE PAJARO.**

LA Bretaña es muy antigua y ha sufrido desde el tiempo de César extrañas vicisitudes. Pero ciertamente la mas singular é inesperada, la que debe causaros mas admiracion, es verla al estilo del siglo XIX. Seis años de paz, y algunos libros buenos, han

llevado la civilizacion á esta China francesa, lo que no pudieron lograr en diez y ocho siglos la espada de César, el hacha de Clovis, el fausto de Carlomagno, el matrimonio de Carlos VIII, el despotismo de Luis XIV, ni la revolucion de 93.

Pregúntese á Mr. Carlos Dupin, Mr. L' Aimé Martin, Mr. Romieu, á todos los viajeros y publicistas de la Restauracion, ¿qué era la Bretaña, y particularmente la Baja Bretaña, cuando la pintaban con tan negros colores en sus memorias y artículos?—Responderian que era una especie de Laponia Kamtschaska ó Arabia Petrea, poblada de salvajes, que miraban los hombres civilizados como animales curiosos; añadirian que los caballos de posta eran allí un nombre vano, las diligencias una fábula, los caminos una utopia, las posadas un sueño, &c. &c. Citarán temblando de miedo los hondos caminos donde abandonaron hasta el calzado, las selvas vírgenes en que habian visto fantasmas drúidicos, y los ojos de los chuanes que brillaban á través de los matorrales como los de un tigre en la oscuridad; en una palabra, aconsejarian hacer testamento y encomendarse á Dios á aquel que como ellos tuviese alguna vez la desgracia de ir á arrostrar la muerte á un país semejante.

Pregúntese por el contrario, al viajero que

haya recorrido el verano último los cinco departamentos bretones, yendo por el camino de hierro de Tours y los incomparables del Loira, para volver en el paquebot de Morlais ó el steamer de Saint-Malo.— Responderá que la Bretaña tiene ahora los mejores caminos del mundo; que están llenos de ingleses y artistas, de sillas de posta y de diligencias, como los caminos de Suiza é Italia; que se encuentran nubes de curiosos alrededor de las piedras drúnicas del Morbihan y de las capillas de Finisterre: que los pintores pululan en los vallecillos de Cornouaille, como en las selvas de Fontainebleau; que se encuentran elegantes de la ópera en la bahia de Trépassés y sobre las rocas del cabo de San Mateo; que hospedan y desuellan los fondistas, bañeros y postillones armoricanos, lo mismo que los de Dieppe, del Havre ó de Trouville.

Desgraciadamente, esta procesion de peregrinos que la moda lleva anualmente á Bretaña, casi no visita mas que los caminos reales, las ciudades y principales aldeas, y deja á un lado los mejores y mas curiosos sitios de esta provincia, aquellos que conservan separadamente en la garganta de un valle, á la vuelta de una montaña detrás de los peñascos de una isla, el antiguo dialecto, los inmemoriales trajes y costumbres.

Allí precisamente, á esa Bretaña salvaje, tan familiar á mis pasos y á mis ojos, es donde voy á conducir al punto á mis lectores. Puedo anunciar atrevidamente la revelacion de un mundo desconocido; porque las colecciones de los periódicos no han dado sobre ella sino algunas páginas insignificantes y algunos bosquejos sin caracteres. Nos queda mas abierto todo el campo con su cosecha de paisajes y monumentos, recuerdos históricos, observaciones locales, leyendas y anécdotas, tipos y costumbres. Todo se entremezclará bajo mi pluma, como las flores de un ramillete, y al menos á falta de mérito, exhalará los perfumes de la naturaleza y de la verdad.

Para entrar desde luego al lleno del asunto, *in medias res*, como dice Horacio, es decir, en el corazon de la Bretaña vamos recorrer el Morbihan, este país todavía celta, donde las sangrientas tradiciones de los chuanes, pululan á través de los recuerdos de Julio César y de los druidas.

Después del Morbihan, visitaremos á su turno los departamentos de la Alta y Baja Bretaña, el Loira inferior y la Ile-et-Vilaine, le Cotes-du-Nord, y la Finisterre.

Así, pues, quien quiera que me siga, como hizo en el año último el conde de S.....

El conde Roberto de S... es un viajero de

profesion, que ha recorrido todos los países del mundo excepto el suyo. Este viajero francés los conoce todos, menos la Francia. Me chanceaba con él amigablemente sobre una travesía tan comun.... cuando gritó con un movimiento patriótico y sublime:

—Pues bien! Adios Italia, Alemania y Oriente! Renuncio hasta á mi viaje á China. Voy á recorrer nuestros ochenta y seis departamentos, y empiezo por acompañaros á Bretaña.

—Sea, le respondí: partiremos el dia que nos parezca, y creo podré consolaros de los pasos y el tiempo que habeis perdido por buscar muy lejos de vuestro país lo que vale menos que mi pobre armórica....

Ocho dias despues el sol aparecia radiante en un cielo puro. Era una de aquellas mañanas llenas de savia, frescura y perfumes, en que todos los árboles brotan, se entreabren las flores, suspira la brisa, cantan los pájaros, y los parisienses sacuden el sueño para salir de su jaula de piedra.

Yo entré con mi maleta bajo el brazo, mis polainas en los piés y mi palo en la mano, casa del conde S... que me esperaba para tomar el camino de hierro de Orleans. Lo encontré sentado como si fuese un mercader de pacotilla, en medio de cinco ó seis cajas de varias dimensiones, sin contar las

sombrereras, estuches de paraguas, neceseres de camino, &c. &c.

—Y bien, me dijo mirando mi pequeño fardo; eso quiere decir que no partiremos?

—La misma pregunta iba á haceros, le respondí contemplando su enorme equipaje ...

—Viajais solo con esa maleta?

—Pretendeis viajar con todos esos baules?

—Me tomais por un peregrino, querido amigo?

—Y vos me tomais por un empresario de carruajes?

—Vaya! expliquémosnos.

—Expliquémosnos, en efecto, y puesto que soy vuestro guia, empiezo inmediatamente á ejercer mis funciones.

Toqué con mi baston la primera caja, y le pregunté qué contenia.

—Voto á... gritó Roberto, ropa blanca!

—Sí, para vestiros dos veces al dia, como si fuésemos á lucir á la *Chiara* de Nápoles ó á la *Fenice* de Milan. Pero todo esto es inútil en Bretaña.

Saqué de la caja media docena de camisas y una de pañuelos, y le dije:

—Ved aquí todo lo que necesitais, amigo mio.

—Qué! ni aun calzetos?

—Las compraremos en el camino, confor-

me las váyamos necesitando, y el desecho se lo daremos á los pobres.... es decir, á las mujeres, porque los hombres llevan los piés desnudos.

Hice igual escamoteo en todos los paquetes del conde, y redujo su equipaje como el mio, á los objetos mas indispensables: una levita, un pantalon, un chaleco y una corbata, un sombrero de muelles, guantes, y zapatos charolados para visitar á los gobernadores y prefectos: unos zapatos de caza, una gorra de cuero, un redingote y un capote de pieles para correr el país.

Roberto defendió con empeño su inútil neceser á la inglesa, sus perfumes y jabones, su escalfador de espíritu de vino, sus navajas de afeitar de Londres, &c.

— Dejaremos crecer la barba, le dije, ó la trocaremos por algunas anécdotas curiosas en casa de algun Fígaro de aldea; los puros manantiales nos servirán de palancana, y las fuentes de jarro. En cuanto á perfumes, los encontraremos en los espinos y brezos, levantándonos con la aurora y caminando con el rocío.... y con respecto á armas, no os permito mas que un puñal de dos filos para defender vuestra vida de los ladrones, y cortar algun palo durante la caminata.

El último atrincheramiento del conde fué

una caja donde habia empaquetado todos los libros, todos los albums, y todas las guias publicadas durante veinte años sobre Bretaña. Los coloqué uno despues de otro en su biblioteca, sin exceptuar, como debe entenderse, mis propias obras...

—Dejemos á los ingleses, le dije, la manía de abrir un album en el mismo país, y de leer una descripcion al pié del mismo monumento. Si cada cual se sirviese de sus ojos para ver, se dejarian las *Guías del Viajero* á los que viajan en el rincon del fuego, y todo hombre ágil conoceria por sí mismo su morada, es decir, el mundo.

Hablé con tal conviccion que Roberto estaba admirado. Dí el último golpe á su equipaje, leyéndole una página de Victor Hugo, este admirable viajero :

«Viajar á pié! Nada mas encantador á mis ojos. Se pertenece uno á sí propio, es libre, camina alegre, y observa completamente todos los incidentes del camino, la granja donde almuerza, el árbol que lo abriga, la iglesia donde se recoge. Camina, se detiene, reposa. Nada le incomoda, nada le sujeta; avanza ó retrocede á su placer. La marcha entretiene el pensamiento, el pensamiento adormece la fatiga. La belleza de país oculta lo largo del camino, no es viajar, sino vagar por todas partes. A cada pa-

so que se da, brota una idea... parece que se siente nacer un enjambre y bullir en el cerebro. Se mira con lástima pasar delante como un torbellino donde rueda el rayo, la silla de posta, esa cosa brillante y rápida, que contiene solo algunos viajeros flemáticos, perezosos, fastidiados y adormecidos; un relámpago que arrastra tortugas... Oh! Como esas pobres gentes que tienen ante todo espíritu y corazón, se arrojarían al punto fuera de su prisión, donde la armonía del paisaje se convierte en ruido, el sol en calor, el camino en polvo: si supiesen todas las flores que tienen las malezas, todas las perlas que encierran los guijarros, todas las houris que encontrarían entre las campesinas, la imaginación alada, rica y alegre de un hombre á pié! *musa pedestris.* (1)»

— Ved, mi querido conde, añadí, como es necesario viajar, sobre todo en Bretaña. Allí mas que en cualquiera otra parte, todo lo que tiene valor está oculto; lo que es original permanece salvaje; lo curioso se sustrae; todo lo que agrada cuesta un poco de trabajo. El hombre que explora esta provincia en coche, adelantaría lo mismo que

(1) *Victor Hugo. El Rin, carta vigésima, tomo 2.º pág. 62, segunda edición.*

si recorriese la Beocia y la Picardía. Todo el país visto desde el camino principal, se asemeja á unos cardos vistos desde el Pont-aux Anes. ¡Qué de sorpresas, al contrario, en Bretaña! qué encantadores paisajes! qué excelentes cuadros! qué extraños recuerdos! qué interiores tan sencillos, qué puros detalles de costumbres para el curioso viajero que se separa del parador público y sigue á la cabra y al pastor á través del bosque, al fondo del desierto barranco, á la cumbre de la ruina abandonada, que se extravía en las encrucijadas de los caminos profundos, ó en el laberinto de las selvas; que sabe departir con los antiguos chuanes junto á la barrica de cidra, con el mendigo nómada al pié de la cruz, con la hilandera de lino sobre la piedra del hogar, con el pescador en su barquichuelo, con los segadores sentados sobre las gavillas de mieses, con los *paotred* y *penneres* en la asamblea del *Pardon*. (1)

—Por ejemplo, añadí, para franquearse las puertas y los corazones, es menester saber la lengua bretona ó la lengua universal. Extraños á la primera, emplearemos la segunda: esta se habla con la mano, y todas

(1) *Paotred*, j6ven soltero. *Penneres*, hija casadera. *Pardon*, fiesta religiosa.

sus palabras están en nuestra bolsa. Tiene por verbos los sueldos, por sustantivos los francos, y por adjetivos los luises. Gracias á este intérprete elocuente, los celtas mas rabiosos nos comprenderán. Este es el único lujo que permite nuestro equipaje: afortunadamente va en la cartera.

— Olvidaba, repuse, una cosa que vale en Bretaña tanto como el oro mas puro: he hecho provision para todo el viaje.

Y enseñé á Roberto en un rincon de mi maleta, un tesoro compuesto de rosarios y cruces benditas, de medallas, dijes revueltos con abalorio, y sobre todo de sellos de paño y de muselina. Se llaman así, á los cabos extremos ú orillas de las telas donde los fabricantes imprimen en oro ó plata su nombre y fábrica. Estas baratijas son del mayor lujo en algunas aldeas bretonas, para las cinturas y delantares. No se casarian allí, ni un rico arrendador, ni una jóven acomodada, sin ostentar en sus caderas ó sobre su pecho, la marca de un mercader de paños de Vira, ó un tejedor de Moncontour. Yo les llevaba por lo tanto los productos mas deslumbrantes de Sion, de Elbeuf y de Tarare; lo suficiente para seducir todas las conciencias, si yo hubiera estado elegible; todas las virtudes, si hubiera sido *D. Juan*.

El conde de S. . se convirtió al fin. Sus preocupaciones se rindieron á mi experiencia. Renunció de buena voluntad á sus absurdas y embarazosas cajas y baules, y á sus neceseres superfluos, tanto que al cabo de un cuarto de hora, estaba dispuesto para partir, equipado y armado como yo, de una maleta y un palo.

En tres horas fuimos por el camino de hierro á Orleans, y en seis llegamos á Tours: al otro dia el vapor nos llevaba á Nantes, y al siguiente de madrugada marchábamos por el hermoso camino de Rennes, tan impracticable en tiempo de Mad. Sevigné.

La bella marquesa tardaba diez ó doce dias en hacer el camino que nosotros habíamos corrido en veinte y cuatro horas: no será fastidioso comparar los embarazos de su viaje, con la facilidad del nuestro.

Mad. de Sevigné salia de Paris en la primavera para dirigirse á grandes jornadas hácia sus tierras de Bretaña. (1) Grandes jornadas! esta es la palabra consagrada. Es verdad que los equipajes eran considerables: dos coches, siete caballos de tiro, uno

(1) *El castillo de Rochers, cerca de Vitre, ó de Buron, próximo á Nantes.*

de carga, siete de montar y una escolta completa de caballeros. «Quisiera verme pasar en mi coche (1).» La marquesa llevaba en su bolsillo el retrato de su hija, y en su coche á su hijo en persona con el galopin y el *Bien Bon* (el abate de Coulanges.) Todo esto caminaba charlando, riendo, leyendo á Corneille ó Nicolle, y henchidos de placer y alegría. No andaban mucho camino sin sufrir algun accidente. «Uno de nuestros mejores caballos tuvimos que dejarlo atrás desde Palaiseau.... Partimos dos horas despues de amanecer para evitar el excesivo calor... El eje del coche se rompió ayer en un sitio maravilloso. Fuimos socorridos por el verdadero retrato de Mr. Sotenville y por su esposa, que es seguramente de la familia de la Continencia, donde el vientre engrandece.» La marquesa llega á las cercanías de Bretaña: los epigramas van á llover. Seguian así hasta Malicorne casa de Mr. de Lavardin, donde la marquesa escribia á Provenza, á su querida hija, ó bien se dirigia á buscar el Loira y las embarcaciones á Orleans. Allí todos los marineros se disputaban la ilustre viajera.... «El uno nos

(1) los pasajes entrecomados son sacados de las cartas de Mad. de Sevigné.

parecia muy jóven, el otro muy viejo, cual tenia muchos deseos de conducirnos, y este nos parecia un mendigo, cuya barca estaba podrida. Por fin, el vigote y porte de un zagalon bien formado nos decidieron." Véase á todos embarcados con caballos y cohes... Nuevos accidentes y agudezas.... "He hecho colocar en el barco la caja de mi gran coche.. Bajamos los vidrios, la ventanilla delantera presentaba un cuadro maravilloso.... las puertecillas daban todos los puntos de vista que se pueden imaginar.... no estábamos mas que el abad y yo en este lindo gabinete, sobre buenos cojines: los demás iban sobre paja como los cerdos. Solo teniamos un pequeño hornillo, comiamos en el coche sobre una tabla larga y delgada, como el rey y la reina." Pero cuidado con las arenas que embarazaban el Loira. "Ayer encayamos y estuvimos detenidos á doscientos pasos de nuestra posada sin poder abordar.... Arriivamos en fin á media noche á un *tugurio*. donde habia tres viejas hilando y paja fresca en que nos acostamos sin desnudarnos. Quisimos contra viento y marea llegar á Nantes: todos tuvimos que remar."

Qué diríais hoy, Sevigné, si viéseis nuestros caminos de hierro y nuestros vapores? Nos parece oír la respuesta de la mujer de lento. "Echaria de menos mi coche, mi

barco y mis aventuras. Con vuestro vapor no viajais, no haceis mas que llegar.”

Pero ved el gran castillo de Nantes, que se eleva á la orilla del rio. Mr. de Lavar-
din se adelanta “con varios gentiles hom-
bres y cinco ó seis hachas” y acaba de dar
la mano á la marquesa... Recibimientos y
festines solemnes en Nantes casa del gober-
nador; en la Leilleraxe, Mr. d' Harrouis, te-
sorero de los estados de Bretaña; casa de
las amables hijas de Sainte-Marie; en la de
Buron “de donde se salen afligidos de ha-
ber visto derribar las viejas encinas...” y
casa de esta “especie de intendente, Mad.
de Nointel que se hace la tonta y la en-
tendida, cuya compañía sería buena para
Mad. de Molac, y donde se comen tan gran-
des pescados, que el mas pequeño se parece
á la *signora balena*.”

Vedla decididamente en Bretaña! Las
burlas no cesan.

Así, llenos de “cumplimientos” llegamos
á la última jornada, es decir, donde se to-
ma la ruta de Rennes. “Encontramos los
caminos compuestos por órden de Mr. de
Chaulnes; pero las lluvias los habian pue-
sto como si dos inviernos hubiesen venido
el uno á continuacion del otro. Ibamos
siempre caminando por pantanos y abismos
llenos de agua. Llegamos á Rennes la vis-

pera de la Ascension; partimos á las diez; todos me decian que me sobraria el tiempo, que los caminos estaban tan llanos como la palma de la mano. Estaban así en efecto, pero no pudimos llegar sino despues de media noche, y siempre metidos en el agua.... Todos los empedrados estaban intransitables, los pantanos hundidos, los hoyos y eminencias, mas profundos y altos que nunca. En fin, observando que nada absolutamente veíamos, y que era necesario ir tanteando el camino, enviamos á pedir socorro á *Pilois* (el jardinero de Rochers.) Vino con una docena de mozos: unos nos sostenian, otros nos alumbraban con montones de paja encendida, y todos hablaban un breton tan marcado, que nos ahogábamos de risa... En fin, ayudados de aquellas luminarias, llegamos con los caballos reventados, el coche roto, los criados empapados en agua, y todos nosotros extremadamente fatigados."

Pero desde el dia siguiente descansa la hermosa viajera escribiendo una larga carta á su hija; encontrando "aquel gabinetito, aquellos libros, y aquellas calles de árboles que *Pilois* elevaba hasta las nubes," y sobre todo bosquejando con un rasgo maligno las caricaturas del país.

Nosotros que íbamos á Vannes y no á

Vitré, abandonamos bien pronto el camino de Rennes.

II.

PRIMERA VISTA.—EL PUENTE DE ROCHE.—BERNARD Y SU MENDIGO.—BRETONES Y GALOS.—PEREGRINACION Á SARZEAU.—LA CASA DE LESAGE.—CERCANIAS DE MUZILLAC.—RECORDAMOS LA CHUANERIA, LO QUE NO IMPIDIO QUE NOS EXTRAVIASEMOS EN LOS ARENALES.—ENCUENTRO DE UN CANTOR SORDO Y MUDO.—**Ann hi ni goz.**—FUIMOS CHASQUEADOS Y QUEDAMOS CONTENTOS.—ARTE DE HACER HABLAR FRANCES A LOS BRETONES.—NOS SENTAMOS A LA MESA CON DOS CHUANES.

La entrada de la Baja Bretaña por el Morbihan, está muy lejos de ofrecer las vistas admirables de Brest ó de Saint-Malo; pero lo que se pierde de parte de los contrastes, se gana en el concepto de la gradacion. Apenas se pasa mas allá de Savenay, la aldea de los recuerdos vendeanos, que de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, de choza en choza, hombres y país, se van volviendo insensiblemente mas bretones.

Desde Pont-Château, se ven ya renegrear los trigos entremezclados con blancas flores, y el inmenso tapiz rosa de los arenales. Los calzones y el sombrero de los campesinos se ensanchan y dilatan á medida que se avanza al interior. Empiezan á aparecer y multiplicarse, de pueblo en pueblo y de puerta en puerta, una multitud de tocados bretones de diversas clases.

Mientras que se admira el puente de la Roche-Bernard, digno rival del de Fribourg, quién es un hombre cuya voz gime salmodiando, y cuyo sombrero tendido cierra el paso al que transita? Este hombre es el primer mendigo breton, y si se ha de creer su crónica, es tambien el héroe.

Se iba á hacer saltar una mina en lo mas profundo del peñasco que abrazan las cadenas del puente: nadie se atrevia á bajar á aquel infierno para encender la mecha; uno solo tuvo todo el valor que faltaba á los demás, se acercó con la lumbre en la mano al barreno lleno de pólvora.... y cuando pasado el ruido de la explosion volvió á la luz, el desgraciado no la veia, estaba ciego!

Despues de aquel dia, en que empezó para él la noche eterna, está sentado mañana y tarde á la entrada del puente, sobre el abismo abierto por su valor, contando á los pasajeros su lamentable historia, y alzando

sus ojos sin vista á cada óbolo que cae en su sombrero.

Arrojado atrevidamente de una rivera á otra el puente de Roche Bernard, es un hilo de hierro suspendido sobre un brazo del Océano. No tiene mas que un arco y dos pilares. Su longitud es de quinientos cuarenta piés, y su altura de ciento veinte, encima de las mas fuertes mareas. En el momento que atravesábamos el puente, balanceado por el viento, un gran brik pasaba por debajo á toda vela. Pero lo que mas nos llamó la atencion en esta obra titánica, fueron los fulminantes ecos que retumban bajo el arco de los pilares, y la vista de los cables de hierro, enrojecidos por la humedad, que como brazos chorreando de sudor, se tuercen al rededor de la roca en el subterráneo de las dos orillas.

Antes de alejarnos de la costa, reflexionamos que solo estábamos á algunas leguas de Sarzeau, pequeña ciudad donde nació el mejor novelista de Francia, Alain-René Lesage, autor de *Gil Blas* (1). Dos hombres curiosos debian entrar en Morbihan, sin empezar por hacer esta romería? Justamente

(1) *Cuánto puede el deseo de apropiarse lo ajeno, tan comun en los franceses!!!*
N. del T.

ocho ó diez barcas estaban ancladas en el pequeño puerto de Belliers, y cualquiera de ellas con la vela, podia llevarnos y traernos antes del mediodía. Fletamos la mas ligera, y dos horas despues estábamos en Sarzeau. Teniendo proyectado volver por Vannes y visitar los amables castellanos de Truscat, buscamos sin perder un minuto la casa de Lesage.

Está modestamente colocada entre otras, que la eclipsan con sus fachadas pintadas de encarnado y amarillo, siguiendo el estilo nuevo del pais: no tiene mas que un cuarto bajo, otro piso alto con tres ventanas y el techo de hechura de campana; el interior está distribuido con alguna comodidad. La familia de Lesage era en efecto muy honrada; su padre, notario real y escribano del tribunal superior de Rhuy, era noble, y su abuelo tenia los títulos de alguacil general y señor de Kerbisthoul. Todo esto se ignoraba once años hace, y Rhuis, Vannes y Paris, se disputaban el gran hombre, cuando Mr. Amédée de Francheville descubrió en Sarzeau el acta del nacimiento de Lesage, y la publicó.

Esta es la casucha donde el autor del *Diablo Cojuelo* hizo sus primeros apuntes sobre los pequeños *Gil Blases* de la costa; á la que llevaba en las vacaciones las coronas gana-

das por sus primeras composiciones en el colegio de Vannes, y en la que huérfano de catorce años, se vió aruinado por la negligencia de su tutor, y obligado á ir á buscar fortuna á París, donde no encontró mas que la gloria.

Y ni una inscripcion, ni una palabra, ni un signo cualquiera indica al viajero que aquel techo abrigó la infancia de Lesage! Esperamos que, siguiendo el noble voto de Mr. de Francheville, Bretaña reparará bien pronto esta ingratitud, elevando una estatua á su hijo inmortal, en la pequeña plaza de Sarzeau.

Volviendo de nuestra peregrinacion naval por el camino de Muzillac, encontramos los mendigos, no por unidades, si no por decenas. Por último, entramos completamente en la Baja Bretaña.

—Mirad, dije á Roberto, esos niños de largos y enmarañados cabellos, armados de enormes varas, guardando sus negros becerros detrás de esos cercados gigantescos: notad ese viejo que se quita con gravedad su sombrero, no delante de vos ni de mí, sino de aquella cruz de piedra groseramente esculpida. Esos niños y ese anciano son nietos de los Celtas, de Apolonio y de César. Si les preguntais en francés os responderán en breton; porque ellos no entienden el galo,

estamos en esta vieja Armórica, donde los Francos son todavía Galos.

Basta por otra parte en este momento, con mirar alrededor para reconocer la tierra de los Druidas;

Tierra de granito, poblada de encinas,
como dijo afortunadamente nuestro poeta Bri-
seux.

Véanse en ella los *menhirs* que se encrespan á lo lejos en la espesura; los hondos caminos que dan vuelta á los setos de escaramujos; profundos hoyos coronados de gayombas; troncos viejos de árboles de formas fantásticas con torcidos brazos, y la corteza arrugada por el tiempo; torrecillas de castillos góticos entrelazadas con yedra y madreSelva, y los grandes parques donde en otro tiempo cazaban los duques de Bretaña, donde el ciervo, olvidado del cuerno de caza se encrespa azorado delante del pasajero. Véanse al lado de los campanarios modernos otros antiguos, con sus agujas de pizarra; las chozas cubiertas de musjo; el humo de la chimena donde la mujer del campesino hace secar la ropa; las embalmadas colmenas donde zumba la abeja, los campos cubiertos de trigo bermejo y de dorado mijo.

En las cercanías de Musillac anuncié á

Roberto los recuerdos de la chuanería. Muzillac, en efecto (en el país Muzillac ó Bourg-Péaulle), vió uno de los últimos y mas sangrientos combates de 1815. Resolvimos buscar y hacer que hablase á algun testigo de esta batalla. Era precisamente dia de feria en Muzillac, y concurrían los campesinos de diez leguas á la redonda. Dejando el camino principal segun mi costumbre, arrastré al punto al conde á los arenales de Belliers y de Ambon para darle una idea de esos desiertos de dorados brezos, donde no se encuentra ni un hombre, ni un árbol, ni un ser viviente. Tanto nos engolfamos, que al cabo de un cuarto de hora nos habíamos extraviado. Seguimos al pasar dos carriles ó veredas nuevas, y casi al mismo instante encontramos á un campesino que conducía una carreta. Cantaba en alta voz, creyéndose solo, el célebre estribillo de la Baja Bretaña :

Ann hi ni goz é va dour:

Ann hi ni goz es sur....., etc.

De mucho tiempo conocia esta cancion, que tan brutalmente pinta la concupiscencia campesina. Yo la recitaba en francés á Roberto, mientras el aldeano la cantaba en breton :

La vieja es mi amiga,
De cierto que sí;
Me atengo á la vieja,
No hay mas que decir.

Gallarda es la jóven,
Preciosa, gentil;
Mas tiene la vieja
Doblonos sin fin.
La vieja, etc.

Cuando de la jóven
Recuerdo el perfil,
Verdad es que empieza
Mi pecho á latir....
Bah... la vieja solo
Es mi amiga, sí, etc.

Si voy al mercado
Se viene hácia mí,
Y de sus botellas
Me da que embutir.
La vieja, etc.

Haciendas posee
La vieja feliz:
La jóven, qué tiene?
Ni un maravedí.
La vieja, etc.

Los bretones puros y cierta especie de sabios, pretenden que esta canción es una alegoría del tiempo de la reina Ana... La vieja representa á Bretaña, la madre patria, siempre rica para sus hijos; y la jóven personifica á la Francia conquistadora, con sus atractivos pérfidos y vanos.

Respetemos las ilusiones nacionales y científicas.

Al aproximarse el cantor, conocí que era un arrendador de Ambon, en su ancho pantalón y su sombrero todavía mas ancho. Era un hombre de buena estatura, bien formado y como de cuarenta y cinco años. Tenia en su porte alguna cosa de militar, y como estábamos en la primera aldea Bretona, presumí que hablaría el francés.

—Vais á Muzillac, buen amigo? le pregunté saludándolo cordialmente.

Me devolvió el saludo con cierto aire de dignidad, pero sin despegar los labios. Habia pasado bruscamente del canto mas expansivo al mas concentrado mudismo. Su sombría figura expresaba el disgusto de un salvaje, al ver á un hombre civilizado en su desierto.

—Os pregunto si vais á Muzillac, repitió Roberto con firmeza.

Recibió por toda respuesta una mirada de plomo. Yo varié la pregunta diez veces;

el conde ensayó las súplicas y las amenazas; yo balbuceé todo lo que sabía de breton; pero fué en vano. Nuestro hombre guardó la impasibilidad del mármol, y no parecía ni aun importunado por nuestras instancias.

Por última vez Roberto se puso delante de él, y amenazando romperle la cabeza, gritó:

—El camino de Muzillac! de Muzillac!! de Bourg-Péaulle!!!

El campesino conteniendo una sonrisa imperceptible, encendió tranquilamente su pipa, y dió un latigazo á su caballo.

—Decididamente, dijo el conde fuera de sí, este villano nos tiene por locos....

—Calmaos, repuse sujetándolo, ó es muy sordo, ó no entiende el francés, como desde luego presumi.

—Sin embargo, estaba cantando hace un instante.

Y como para confirmar esta observacion, el bellaco, que habia pasado adelante volviendo hácia la derecha, continuó su cancion, con mas gallardía que nunca:

Ann hi ni goz é va dour:

Ann hi ni goz es sur....

Esta vez el acento me pareció irónico, y confieso no sabia qué pensar.

Despues de todo, dije con resignacion, este hombre nos guiará á pesar suyo. Tan compuesto y aderezado como está, no puede ir sino á la feria de Muzillac. Sigámoslo á lo lejos y llegaremos detrás....

No habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando carreta y carretero desaparecieron por un barranco. No pude contener una carcajada... pero Roberto corrió en persecucion del aldeano... bien pronto apareció sobre una altura, y parecia esperarnos caminando al paso; pero al instante partió al golpe, llevándonos corriendo de aquel modo sin aliento hasta una pequeña aldea, donde se nos escapó entre el gentío.

Esta aldea era Muzillac. Estábamos sobre el campo de batalla de 1815, y solo nos faltaba encontrar un antiguo chuan que hablase francés.

Como nos moríamos de calor y de sed, entramos en una posada, si así podia llamarse una caverna llena de hombres, mujeres y bestias, envueltos en el humo del hogar y del tabaco, y de los vapores del vino.

Durante un cuarto de hora, no oí mas que un zumbido confuso, en medio del cual me fué imposible sorprender ni una sola palabra. Ibamos ya á buscar fortuna á otra parte, cuando de repente, á dos pasos detrás de mí, junto á una tronera ó venta-

na, una voz gritó en el mejor francés del mundo:

—Por S. Gildas! acabo de encontrar en el arenal dos *kasiken* (1) á quienes he hecho correr de un modo gracioso. Me preguntaban por el camino de Muzillac. He hecho como que no comprendia el *ga'lek*, y han galopado un buen rato detrás de mi carreta... Los pobres señores deben estarse ahogando de sed, y si los encuentro en la feria, he de suplicarles que beban á mi salud.

—Al contrario, nosotros os suplicaremos que bebais á la nuestra; respondí al bufon tocándole en la espalda.

Se volvió con viveza, y pareció confundido, no de verse descubierto, sino de ser sorprendido in fraganti delito de francés, lo que es vergonzoso para un breton delante de un galo.

Roberto se acercó, y queria terminar el asunto menos pacíficamente; pero fiel á mi proyecto, ya habia conquistado la amistad del breton pidiendo algunos vasos de *gvvin ardent* (aguardiente).

(1) *Kasiken* (*levitas*) nombre que los *jupen* (las chupas,) es decir, los aldeanos dan á los caballeros en el país de Nantes.

Ahora bien, juzgad si mi inspiracion habia sido feliz: nuestro hombre y su compañero eran justamente dos antiguos soldados de la batalla de Muzillac, y lo que todavía era mejor, dos de los mas intrépidos *colegiales de Vannes*.

Van á aprender mis lectores por su relato, lo que eran estos jóvenes héroes olvidados de la historia.

Al instante nos colocamos junto á una mesa, en un rincon de la posada, con nuestros dos chuanes, los que animados por el aguardiente y halagados por dos piezas nuevecitas de cinco francos, nos refirieron alternativamente la historia del colegio de Vannes y de la batalla de Muzillac.



III.

HISTORIA DE LOS COLEGIALES DE VANNES Y DE LA BATALLA DE MUZILLAC.—EL MORBIHAN DURANTE LOS CIENTO DIAS.—LOS CHUANES EN EL COLEGIO.—LOS ZAPATOS SANGRIENTOS.—LEMANNACH.—COMLOTS Y JURAMENTOS.—LOS NIÑOS SOLDADOS.—LA PARTIDA DE VANNES.—VICTORIA EN SANTA ANA DE AURAY.—FLORES Y GOLOSINAS.—DESGRACIA EN REDON.—DESQUITE EN MUZILLAC.—EL CAMPO DE BATALLA.—TIEC.—LOS DOS NICOLAS.—LAS MUJERES DE MUZILLAC.—LOS ANTIGUOS Y NUEVOS CHUANES.—LAS RECOMPENSAS.—LA LEGION DE HONOR DEL COLEGIO.—LOS HEROES EN MANGAS DE CAMISA.

Roberto y yo, nos admiramos desde las primeras palabras, con que facilidad estos antiguos clérigos, que descendieron hacia más de 30 años del altar al arado—encontraban la elocuencia florida y la piadosa exaltación de su juventud. Se encuentra frecuentemente en la Baja Bretaña esta singular contradicción en el mismo individuo. El campesino

no que ha hecho sus estudios para el sacerdocio, y á quien la vocacion falta en el momento decisivo, deja crecer de nuevo sus cabellos, recobra sus humildes vestidos y vuelve á los duros trabajos del campo; pero en medio de tan ásperas faenas, en las eras donde trilla, en las fiestas del *Pardon* y hasta en el fondo de la taberna, siempre se reconoce al antiguo clérigo. Es el poeta y el orador, el dardo y el oráculo del canton. No tiene nada del antiguo concripto. Despues que abandonó el sable y el fusil del estado, olvidó la ciencia de las ciudades de igual modo que la miseria de las guarniciones. Su pasado es una especie de purgatorio, cuyo recuerdo todavía le hace padecer; y cuando su cabeza recobra, como la de los reyes merongivianos, su diadema de cabellos en nada se distingue del campesino que nunca se ha alejado del país. Véase la razon por qué es tan difícil arrancarles una palabra de gallek, de esta lengua que es el sello de su degradacion. He visto bretones que en algunos meses olvidaban cuanto habian aprendido de francés en ocho años de servicio. Tal es la causa porque la civilizacion tardará largo tiempo todavía en penetrar estos cráneos de granito.

—Los chuanes de Bretaña, nos dijo el antiguo seminarista (á quien llamaré Luis,

y cuya relacion adornaré alguna cosa), se acordaban todavía al fin del Imperio, que la República, despues de una guerra de siete años, habia tratado con ellos de igual á igual. Durante los quince años siguientes la gloria de Napoleon, nos habia atraido y deslumbrado; pero las supremas locuras del gran hombre, que arrebatava á las madres sus últimos hijos, nos unieron nuevamente á la causa de Luis XVIII, que sin eso, la teniamos completamente olvidada. Todos los Morbihaneses se revelaron en masa, y recobraron los fusiles que les disputó la ingratitud de la Restauracion, al saber que el *hombre conccripcion* se habia escapado de la isla de Elba y amenazaba despoblar todavía las chozas en provecho de sus ejércitos. Nosotros, como veis, uunca hemos querido á los conquistadores, nos hacen igual impresion que los lobos que se llevan los mejores corderos de nuestros establos. Maldicion sobre ellos, si arrollan nuestras cruces y altares nuevamente levantados! Esto era justamente lo que acabábamos de hacer. Al cabo de algunos años, nuestros antiguos sacerdotes habian vuelto del destierro, pálidos y descarnados. Corrimos á recibirlos con nuestros rotos estandartes; besamos sus piés y las cicatrices de sus heridas. Los llevamos en triunfo al presbiterio inmediato,

á la iglesia sin techo ni puertas, sin campanas ni imágenes, y entonamos á un tiempo el *To Deum* de la libertad. Pero por diez curas que volvian de este modo, centenares habian perecido en tierras extrañas, en la oscuridad de los calabozos, sumergidos en el Loira ó bajo el golpe de la guillotina... La mayor parte de las parroquias estaban abandonadas como los rebaños sin pastor. Era menester poblar el santuario nuevamente y con presteza, y al efecto el colegio de Vannes abrió sus puertas á los huérfanos de la Chuanería. Los hijos de los que habian muerto por la espada, se dispusieron á regenerar por la cruz... Se vió á mas de un soldado de Cadoudal volver á empezar despues de veinte años sus estudios interrumpidos por la guerra.

Entonces fué cuando Esteban y yo entramos en el colegio. Apenas teniamos quince años; nuestros cabellos caian todavía en dorados bucles sobre nuestras espaldas; habiamos conservado fielmente las costumbres de nuestros abuelos, y nuestros compañeros de clase eran dos antiguos jefes de chuanes con la cabeza encanecida y las mejillas llenas de cicatrices. Figuraos las historias que nos contarían tales camaradas á expensas de la *Eneida* y de las epístolas de Horacio. Eran encuentros de azules y

blancos en caminos profundos... deguellos realistas y ejecuciones republicanas... todas las grandezas y abominaciones de la guerra civil!... Y los autores ó las víctimas de estos dramas de la velada, habian sido nuestros padres y madres, nuestros hermanos y hermanas!... Y los que nos lo contaban decian: "Allí estábamos", y nos enseñaban sus heridas apenas cerradas !... Despues de las historias venian las leyendas, porque la chuaneria tiene las suyas como la era cristiana y la edad media. Nunca olvidaré una que me hizo mas impresion que todas las otras; nuestro profesor me la habia contado pasando por delante de una casa cuya puerta jamás se abria.

—Veis, me habia dicho, detrás de esa ventana estrecha, esas dos jóvenes costureras de rostro pálido, sus cofias ajadas y sus ojos inclinados sobre un trabajo eterno? Esas son las hijas de un *azul* que denunciaba á los sacerdotes y pasaba su vida al pié de la guillotina. Las desgraciadas expian los crímenes de su padre en una cautividad eterna; cuando abren su ventana, los paseantes se les figurau hombres sin cabeza, y cuando quieren atravesar su puerta, encuentran sus zapatos llenos de sangre!

Los habitantes de Vannes que conocian nuestra exaltacion, nos provocaban á riñas,

que las mas veces se volvian sangrientas. Los antiguos republicanos sobre todo, entonces esclavos del emperador, jugaban con nosotros, ya de manos ó con palos en las plazas públicas. Es necesario decir que estábamos en número de trescientos á cuatrocientos, no yendo al colegio sino para las clases ó el rezo, y repartidos el resto del dia y la noche por ranchos en casas de los arrabales cuidadas por mujeres piadosas. Jugando á soldados, despues de la entrada de Luis XVIII, nos habiamos dividido en compañías; cada una habia elegido su capitán, y todas obedecian al retórico Nicolás. Ibamos juntos al paseo del jueves, y nuestro entretenimiento favorito era leer á escondidas, en el fondo de las rocas y de los matorrales, la historia de Luis XVI por el abate Proyart. Todavía me queda un ejemplar de este libro, todo arrugado por las lágrimas con que lo regaba....

Durante las vacaciones de pascua fué cuando vimos las águilas de Napoleon sobre nuestros campanarios, y mas carnívoras que nunca, llamarnos bajo sus sangrientas banderas. El cañon de los Cien Dias tronaba en París y llevaba al Morbihan los ecos de 93. Nuestras madres nos abrazaron derramando un torrente de lágrimas, y entramos en el colegio insultados por nuestros triunfantes

enemigos. Se quiso reemplazar el espíritu santo de nuestras cruces por el águila imperial: esta fué la señal de las protestas y las revueltas. Ni uno solo de nuestros pechos acogió la imágen detestada, y la principal que habian colgado encima de la puerta con sus alas gigantescas, la llenamos de tinta y lodo, en términos de haberla completamente desfigurado. Sin la prudente reserva del general Rouseau, la guarnicion furiosa nos hubiera pasado por las armas.

El jueves siguiente volvimos del paseo con flores blancas sobre nuestros sombreros; ni aun soñábamos otra cosa que festejar la vuelta de la primavera; los imperiales creyeron que enarbolábamos los colores de Luis VIII y gritaron á nuestro paso: "Abajo los salteadores...! los pillos á la guillotina..." Lemanach, uno de los nuestros, fué atropellado por la multitud; se desembarazó de cuatro que le acometian, se hizo lugar á través de los demás, pero fué arrestado por los gendarmes. Al mismo instante que lo aprisionan, lo arrojan al suelo, lo pisotean y lo lleuan de golpes, para hacerle nombrar sus cómplices. Lemanach no responde. y arrojando sangre por la boca riega el pavimento, mientras que lo trasladan al *Petit Couvent*. Durante tres dias se le amenaza con la muerte si no habla al punto; durante tres

dias guarda el mas profundo silencio. Entonces lo sacaron como para llevarlo al suplicio se nos reunió en torno suyo, y se leyó una sentencia que lo desterraba de la ciudad.... El desgraciado cayó al fin en nuestros brazos... y partió legándonos la venganza en lugar del terror que se esperaba. Bien pronto supimos que la iniquidad lo persiguió hasta en su aldea, que llegó medio muerto entre sus antiguos amigos y se le reusó un asilo y un poco de agua, que arrojaron sobre él los perros como sobre un ladron, y que su mismo padre dudó abrirle los brazos, porque el cura de la parroquia, bonapartista por excepcion, lo habia excomulgado desde lo alto de la cátedra evangélica.

Tres dias despues, Lemanach fué nuevamente preso y llevado delante del alcalde. Se le dió á escoger entre dos partidos: entrar en el colegio gritando: viva Napoleon! ó alistarse al servicio del emperador. "Pues bien, respondió el estudiante, ponedme en la lista de los conscriptos; pero de los conscriptos refractarios!" y encontrando fuerzas en su desesperacion, echó á tierra al alcalde y á los gendarmes, y arrojándose por una ventana, ganó la próxima selva.

Cuando esta noticia llegó á nuestra pequeña república, cada uno miró á los demás on aire sombrío, y todos digimos tácita-

mente: "Hagamos como Lemanach; puesto que empieza la persecucion, empecemos la chuaneria!

No se habia concebido el complot cuando ya estaba organizado... Consistia en irnos haciendo soldados fingiendo permanecer colegiales, hasta que llegase el dia en que arrojariamos los libros para tomar las armas. Todos juramos el secreto y ninguno lo violó. Cosa inaudita entre conspiradores de quince años! Ni un hijo abrió el corazon á su madre. Pero cómo procurarnos fusiles y municiones? Cómo sobre todo aprender á manejarlos? Juntamos nuestras economías; vendimos todo lo que podia venderse; compramos cartuchos á la guarnicion por vasos de aguardiente; desarmamos á los soldados borrachos en las tabernas; fuimos á ver los ejercicios de la tropa de línea y de la Guardia Nacional; recibimos en fin por una extratajema, y ved cómo, las lecciones de un capitán instruido.

Era un valiente republicano que vituperaba al emperador aun cuando lo servia, y que nos combatia con lástima. Uno de nosotros fué un dia á buscarlo y le dijo "Soy de una constitucion muy débil, como podeis observar; los médicos me mandan para fortificarme el ejercicio militar; servíos, pues, enseñármelo todas las mañanas

en toda su extension." El bueno del capitán cayó completamente en el lazo, y todos los dias á la aurora solo con el enfermo en la sala de armas, le hizo ejecutar la ruda maniobra del fusil. Durante la noche, cuando todo dormia en la ciudad y sus arrabales, nuestro instructor de segunda mano nos reunia por compañías en un cuarto bien cerrado, nos armaba de palos á guisa de mosquetes, y nos daba las lecciones que habia aprendido sobre la carga en doce tiempos. Al cabo de algunas semanas, los guardias nacionales parecian conscriptos junto á nosotros...

Cualquiera escondrijo, cualquier hora y ocasion, era buena para conspirar. Conspirábamos en las bodegas y graneros, en la clase y en el paseo, en los peñascos y matorrales, en los arenales y en los bosques. Uno de nuestros poetas, que fué tambien colegial en Vannes y que está ahora en París, Mr Briseux, lo ha dicho en muy buenos versos que todos sabemos de memoria: "Todos los dias salian los estudiantes de Vannes, con el libro en la mano y los cuadernos bajo el brazo: como si durante aquel mes de savia y de alegría quisiesen desplegar al sol su juventud, leian juntos á Ovidio, á cuyos versos respondian los pájaros trinando bajo los espinos." Pero entre los matorrales tenian

armas escondidas: el reposo de los valles se habia turbado con el manejo del hierro. Allí se ejercitaban sigilosamente para próximos combates, los atrevidos estudiantes convirtiéndose en soldados.”

En fin, nuestras armas, municiones y brazos estaban prontos! Solo nos faltaba un jefe. Fuimos sencillamente á buscar al capitán instructor.... Aquel valiente nos escuchó con admiración y piedad... arrojó una mirada paternal á nuestro ejército de niños, y con una voz ahogada por las lágrimas,

—Desgraciados! gritó abrazándonos á todos, os habeis olvidado de vuestras madres?

Esta palabra hizo asomar las lágrimas á todos los ojos, pero ni un corazón sintió debilitarse su valor. El capitán no aceptó, pero nos juró que nada tendríamos que temer de él sino sobre el campo de batalla.

Mejor recibidos fuimos del caballero de Margadel, cuyo castillo se veía desde nuestro cuartel general. Nos prometió que formaríamos parte del gran ejército de chuanes que iba á salir de improviso, y del que se veían ya algunos grupos vestidos al uso de sus diversos cantones: disponiéndose al combate por medio de la oración, al pié de las cruces clavadas sobre los *dolmens*.

Al mismo tiempo supimos, que cincuenta

de entre nosotros estaban inscriptos en una lista de proscripcion, para ser presos, atados de dos en dos y conducidos á Belle-Isle-en-Mer, é incorporados á los batallones coloniales. Aquella misma noche nos reunimos en una casucha, y sobre un crucifijo rodeado de cuatro cirios, como los primeros cristianos en las catacumbas de Roma, y nuestros padres en las desiertas iglesias de 93, juramos todos en voz baja pero con firmeza, vencer ó morir juntos. Mr. Briseux lo ha dicho tambien en su hermoso libro:

“En noche oscura, tenebrosa, en una casa humilde se construyó un altar, y caminando por largos rodeos hácia este especie de templo, llegaron todos para ligarse á aquella grande empresa. El primero que llegó fué Kellec, robusto como un jóven, fino y franco como el acero; despues los dos Nicolás, hermanos melancólicos, que parecian entreveer sus heróicas tumbas; Iloich, hoy sacerdote, Er-Hor, alegre mozo; y el elocuente Rio, el hijo de la isla de Arz. Oh! fué un momento religioso, pero triste, aquel en que vestido de negro y grave seminarista el Ben-del gritó: “Amigos míos, de rodillas, y recemos por los muertos que piden á Dios por nosotros.” Concluida la oracion, mas tranquila el alma, todos pusieron la mano sobre el Santo Evangelio, y cada cual

pronunció el fatal juramento. Después de Colombar tocó el turno á Candal: de todos los corazones se apoderó una amarga tristeza: "Oh! Candal es muy jóven! volvámoslo á su madre." Solo Tiec el cantor, retuyo al noble niño: "Si cada uno de vosotros lo defiende como yo, sin temor puede quedarse; si muere, todos lo vengaremos! Por gracia, amigos míos, dejemos á nuestro ángel!" y el bardo entonó su canto fuerte y lúgubre, aquel canto que fué bien pronto ahogado por la muerte: "Salid, de vuestras tumbas padres esforzados, sombras que todavía llorais vuestra derrota! Oh! padres, nuestro dia ha llegado. Combatid con nosotros, César está de vuelta!"

Estábamos allí mas de trescientos, unos en traje de ciudad, otros en traje de campo, con los largos cabellos bajo el ancho sombrero. Uno de los Nicolás llevaba puesta la sotana; se habia escapado aquella noche del Gran Seminario para seguir á su hermano gemelo.

El dia de la marcha fué necesario rechazar á la fuerza á los niños de catorce años que querian morir con nosotros. Muchos juraron alcanzarnos y cumplieron su palabra. Dejamos á Vannes un miércoles á las siete de la tarde, unos fingiendo leer ó jugar, otros cantando el salmo: *Benedictus*

Domínus Deus meus, qui docet manus meas ad prædium (1); algunos como Tiel, cantando el estribillo de la *Marsellesa*.

Nuestro secreto habia sido guardado tan fielmente, que la cena nos estuvo esperando en todos los cuartos, y al dia siguiente por la mañana, vinieron nuestras madres como de costumbre, al encuentro de nuestro paseo....

Mientras que las pobres mujeres miraban el camino por donde acostumbrábamos pasar—á la hora en el desierto colegio, saliamos armados de los dolmeus y bosques medio talados, y destruimos una columna volante de imperiales, la cual anunció en Vannes nuestra insurreccion y nuestro triunfo, llevando sus heridos y sus muertos. Trataron de vengarse en nuestros parientes; pero el general Rousseau se opuso á esta bajeza, y la justicia imperial se descargó sobre el colegio. La mitad fué derribado y lo restante convertido en cuartel.

Toda la chuanería morbihanesa se habia sublevado como nosotros. Combinando nuestros movimientos con los de las bandas de MM. de Griolles, Cadoudal, y de Fran-

(1) *Bendito sea el Señor, que instruye mis manos para el combate.*

cheville, obedeciendo con ardor á Nicolás á Bainvel (1), que habíamos elegido por capitán y teniente, fuimos al castillo de Magdel á recibir la recompensa de nuestra hazaña. La hija del caballero, heroína de veinte años, nos distribuyó con su hermosa mano cartuchos y escarapelas, y se despidió de su noble padre, poniéndole sobre el pecho la cruz de S. Luis. Desde entonces fué nuestra vida una serie de combates y aventuras: hoy vencedores, mañana vencidos, nos alzábamos despues de la derrota como después de una victoria, divirtiéndonos en las casas, ó en las chozas, durmiendo aquí ó allá, guiados por nuestra suerte, marchando siempre á paso de corza, y disputándonos el premio del valor, como poco antes el de la vida.

Uno de nuestros mejores dias fué aquel en que comimos cerca de Auray, con el auxilio de los chuanes, esperando el asalto de dos columnas enemigas, que habian jurado llevarnos á Vannes en la punta de sus bayonetas. Todavía hay aquí algunos de nuestros veteranos encanecidos en la Guerra de

(1) Hoy cura de Sevres, y sacerdote indulgente, como terrible soldado habia sido.

Gigantes (1), que nos hacian comer riendo sobre sus rodillas, pasaban sus manos negras y callosas por nuestros inberbes rostros y nos enseñaban á *derribar á un azul*, ocultos detrás de una encina, como á un javalí desde el puesto; yo ví á este ejército sin uniforme ni disciplina, mescolanza de bordados vestidos y de harapos, de fusiles y bayonetas, sables y hoces, conjunto de todas las formas que toman el *bragow-bras*, la *tok* y el *Jupen* armoricano (2); vi las querellas de los marineros de Rhuy, el tumulto de los jugadores de galápagos, los veteranos fumando en sus pipas ó limpiando los fusiles, los campesinos venidos disponiendo sus guadañas como para la siega, las aldeanas llevando cestas de panes y panes de centeno, cántaros de cidra y escudillas de cocido; ví tambien á toda esta multitud arrodillarse, como un solo hombre, al toque de oraciones, excitando una voz la antigua plegaria, y recibiendo en la frente inclinada y el alma al hombro, la bendicion de un sacerdote guerrero.

(1) Sabido es que Napoleon llamaba así la tierra de los vandeos y de los chuanes.

(2) Bragow-bras, braga, calzon ancho. Tok, sombrero, Jupen, chupa. Pen-bas, porra.

Al día siguiente derrotamos á los imperiales en Santa Ana d' Auray. Cómo habian de ser vencidos los bretones en su palladium, dondè hacia diez y ocho siglos que sus abuelos hacian descalzos una peregrinacion anual? Así, durante tres noches consecutivas, millares de cirios iluminaron la pequeña capilla; cada cual de los fieles habia venido á encender el suyo de muchas leguas á la redonda.

Esta victoria fué seguida de tantas, que el día del Corpus enarbolamos la bandera blanca en todos los campanarios del canton, y el Santo Sacramento brilló en todos los altares en medio de una nube de flores de lís. Descansamos entonces de los verdaderos combates, haciendo simulacros despues de oir la misa, delante de todos los habitantes de la aldea. Cada uno de estos ejercicios militares, engrosaba nuestras filas con algun nuevo campeón.

Bien pronto volvimos al campo de batalla, y observamos, marchando hácia Redon, que nuestra gloria nos habia precedido. Salian á recibirnos, y nos alojaban en todas partes.

Las mujeres, sobre todo, se honraban de ser nuestras criadas. Hijas y madre nos cedian sus lechos de pluma y pasaban las noches á nuestra cabecera, cosiéndonos la ro-

pa. Ah! nuestros pobres vestidos tenían mucha necesidad de este socorro.

Una tarde, rendidos de fatiga y de inanicion, nos dormimos en el claustro de un convento, esperando la distribucion de alojamiento y víveres. De repente, Estéban y yo, que estábamos medio dormidos, vimos una mano blanca entreabrir una ventana, y oimos decir á una voz fresca y clara: "Estos son los colegiales de Vannes." Un instante despues se abrieron todas las ventanas, aparecieron cien cabezas encantadoras, y nuestro batallon se despertó bajo una lluvia de flores, cintas, escarapelas, ojaldres y golosinas de toda especie... Eran jóvenes pensionistas, tan realistas como nosotros, y cuyos padres y hermanos combatian á nuestro lado.

Hasta los mismos taberneros, gente sin entrañas, rehusaban nuestro dinero. Cuando les preguntábamos si vendian vino, "No, respondian, pero lo damos á nuestros amigos." No encontré mas que uno, ó mejor dicho, una (era una parca de cincuenta años), que me trató sin misericordia, un dia que tenia la bolsa tan vacia como el estómago.

—Vendeis vino, buena mujer? le pregunté.

—Sí, mal muchacho, me contestó.

—Entonces, repuse con resignacion, dame agua...

Un soldado azul que estaba en un rincon le agradó mi respuesta y me pagó un vaso de aguardiente.

—Vais á Redon, me dijo, y yo tambien.

—Corriente, le respondí, hasta mañana; á mi cargo queda la revancha.

Al dia siguiente, en efecto, lo ví en la batalla, y lo arranqué de las manos de Cadoudal, recordándole el suceso de la taberna.

En Redon y sus alrededores fuimos vencidos, por haber dado el asalto un domingo, y hecho retroceder al Santo Sacramento delante de nuestros fusiles; pero expiamos nuestra falta sufriendo todas las miserias de un viajero errante en los bosques: una reparacion gloriosa nos esperaba en la batalla de Muzillac. Pero sobre el teatro mismo de esta batalla es menester contar sus episodios...”

Aquí Luis vació por la décima vez su vaso, y saliendo de la taberna nos condujo á buen paso.

—Sobre esta misma plaza, prosiguió, acudimos en la mañana del 10 de junio de 1815 al ruido del tambor, de todas las granjas y graneros donde dormíamos. Estábamos la mayor parte medio desnudos,

pero si los vestidos faltaban á la llamada, no así los sables y los fusiles. El valor ciertamente era lo que sobraba, pues á los inmediatos tiros de los azules, respondíamos cantando con nuestro bardo Tiec. Los imperiales habian sabido que una escuadra inglesa nos llevaba municiones, y colocándose entre nosotros y la costa, esperaban destruirnos en Muzillac. Eran cinco ó seis mil, mandados por el general Rousseau. Nosotros apenas seríamos tres mil; pero nuestros mas valientes jefes marchaban á la cabeza: José Cadoudal, Sol de Grisolles, Rohu, Margadel, Secillon, Le Thiec, estaban allí, y Gamber y Francheville iban á llegar.

Ahora, continuó Luis, seguidme al campo de batalla.

Y nos llevó fuera de la ciudad, haciéndonos subir un cerro que domina la campiña.

—Aquí fué, dijo, donde Margadel nos apostó. Cadoudal y sus marineros defendian la entrada de Muzillac. La infantería de los azules desembocaba por el puente de Pene-situs. La caballería, con sus largos sables, caracoleaba en los intervalos, y los cañones asomaban su negra boca detrás de los matorrales del camino. Todavía no habíamos oido silvar las balas de cañon.... así las primeras nos hicieron bajar la cabeza, lo

que nos valió buenos juramentos de parte de nuestro viejo sargento... Era este un murmurador del Imperio, que se habia encargado de completar nuestra educacion. Una leccion mas terrible que las suyas nos esperaba. Al abrir Tiec la boca para entonar nuevos cantos, una bala de cañon le llevó la mitad del cráneo. Su sangre salpicó nuestros vestidos.

“Bardo! En la batalla tu eco es retumbante! Boca de oro, vela ahí llena de sangre...”

No estábamos acostumbrados á tales escenas... unos se arrojaron sobre el cadáver, otros se miraron cubiertos de palidez. Los mas jóvenes no pudieron ahogar un suspiro. “Vista al frente y estrechad las filas, gritó el gruñon del sargento, ú os envío á todos con la nodriza.” Esta amenaza nos convirtió á cada cual en un héroe. Bien pronto vimos á los azules, despues de un empeño encarnizado, retroceder delante de Cadoudal: se replegaron sobre nosotros furiosos cual javalíes. “A mí, muchachos!” nos dijo Margadel, y todos avanzamos dando gritos de alegría. Nicolás, nuestro capitán, derribó un jefe enemigo del primer golpe; pero al mismo tiempo cayó herido en el corazon, y su hermano gemelo que lo recibió en sus brazos no tardó en caer sobre

él. El viejo sargento nos miraba: pasamos por cima de los dos cadáveres sin arquear las cejas. El teniente Bainvel ocupaba ya el puesto de Nicolás. Bien pronto nos pusimos á quema ropa con lo imperiales; sus tacos llegaban ardiendo, incendiaban nuestros vestidos, y hacian estallar los cartuchos en nuestros bolsillos; los nuestros les pagaban con usura... Cada cual no hacia mas que cargar y tirar, matar ó morir, parecíamos un castillo de fuego, formado de hombres... estábamos aturdidos con la sangre y el humo, el polvo y la gloria. En fin, la nube se disipó, y los azules descendieron rápidamente sembrando el cerro de muertos y heridos. Los que sobrevivieron se suicidaban avergonzados de haber sido batidos por niños... La victoria fué para nosotros una verdadera enajenacion infantil. Los unos cantaban, otros se abrazaban, y algunos se ponian á bailar... Despues viendo á un amigo herido, llorábamos con él á gritos, á los valientes que no podian ya jamás probar su valor... Entretanto la batalla no se habia concluido, y nuestras municiones estaban agotadas. Que un nuevo cuerpo de enemigos avanzase y estábamos perdidos! Registramos los bolsillos de muertos y moribundos, blancos y azules, y apenas encontramos algunos cartuchos... Qué hacer

Entonces vimos multitud de cofias blancas destacarse sobre el arenal..., se extendian como las alas de los pájaros, se aproximaban, acudian; eran mujeres de Muzillac, las madres y hermanas de muchos de nosotros! Vamos! discurrimos, nuestros heridos no estarán mas tiempo sin ayuda. "Ved ahí que llegan las hermanas de la caridad..." Y al punto nos reconocimos de lejos, nos llamaron por nuestros nombres nuestros parientes, amigos y novias de la víspera—buscábamos entre nosotros mismos aquellos que tenian mas necesidad de sus socorros. Pero no era á los muertos, sino á los vivos á quienes se dirigian estas fuertes mujeres. Sus delantares no contenian hilas ni víveres, sino pólvora y balas. Viendo que el combate se prolongaba y que se multiplicaban los muertos, mas dispuestas á sacrificarse que esas castellanas de la edad media que vendian sus alhajas para los caballeros, habian tomado su vajilla de estaño, sus cucharas reservadas, y sus pobres alhajas, y fundído todo en las marmitas; habian hecho, bien ó mal, cartuchos que sus manos negras y quemadas nos llevaban bajo el fuego del enemigo. Figuraos esta distribucion en medio de gritos de alegría y reconocimiento, á través de abrazos y de lágrimas. Pensad, que teníamos quince ó diez

y seis años, que las mas hermosas jóvenes del país estaban allí, y juzgad si este cuadro tendria valor para nosotros.

Justamente los azules volvian al asalto, apoyados esta vez por todos sus cañones que apuntaban desde la altura opuesta. A cada descarga nos arrojábamos á tierra, despues nos levantábamos dando agudos gritos, y les respondíamos acometiéndoles con nuestros nuevos cartuchos. Ibamos ya á sucumbir al número, cuando Rohu, subido sobre un tejado, gritó á su gente: "Ved ahí á Gamber!" Este grito voló de boca en boca, y llegó hasta nosotros desde el extremo opuesto del campo de batalla. Media hora despues la derrota de los imperiales era completa, y el conde de Francheville acababa de dispersarlos.

Entonces pudo observarse, cuánto nos diferenciábamos de los chuanes de la antigua guerra: estos se arrojaban como los cuervos á los muertos, y les arrancaban los dientes y las uñas, su sangriento despojo;—y nosotros maldiciendo en alta voz esta barbarie, colocábamos un centinela cerca de cada herido. Candal, el mas jóven de nosotros, un niño de largos y dorados cabellos, ojos grandes azules y figura de querubin, guardaba un viejo granadero barbudo y feroz, que se agitaba rabioso entre las olas de su propia

sangre. De repente, en lugar de los miserables que acababan de acometerle, vió al hermoso colegial, con el sable en la mano, velando sobre él con aire filial, y rechazando á los demonios como un ángel exterminador. A esta vista el moribundo creía soñar.... sus dedos de hierro estrechan la dulce mano del niño, su corazón de bronce se deshace en lágrimas y bendiciones, y balbucea algunas palabras registrando en todos sus bolsillos: "Los ladrones nada me han dejado, noble amigo, y yo quiero sin embargo demostraros mi reconocimiento. Ah! esta calabaza tiene todavía un poco de vino; despues de cinco horas de combate se tiene sed ardiente, bebed á mi salud, y moriré contento...." Candal en efecto se caía de inanición, pero partió el vino con su prisionero, y tuvo la dicha de volverlo á la vida....—Todavía otro lindo cuadrito; no es esto señores?

Todo el ejército celebró la victoria en Muzillac al ruido de los cantos y al toque de las trompetas..... Solo nosotros estuvimos tristes en aquel fúnebre convite.... Los vasos nos parecían enrojecidos con la sangre de nuestros amigos, y se nos figuraba oír la voz de sus almas en el tañido de las campanas. Enterramos la misma tarde á los dos Nicolás, Le Tiec y todos nuestros muertos.

hicimos la descarga fúnebre á sus cadáveres, y lloramos largo tiempo al borde de sus tumbas.

—Tal fué, dijo Luis concluyendo la batalla de Muzillac, el Austerlitz de los colegiales de Vannes. Los imperiales no pudieron recuperarse de semejante descalabro, ni aun por su victoria del campo de los Mártires. Así, luego que despues de la segunda vuelta de Luis XVIII, el ejército de los chuanes entró en triunfo en Vannes, nosotros abríamos la marcha con nuestras banderas acribilladas de balas, los zapatos sin zuela, los vestidos desgarrados, los fusiles mohosos y los rostros descarnados. Nosotros fuimos en este pobre aparato los héroes de la jornada y el punto de vista de todas las miradas, particularmente de las mujeres. Una mujer fué, ó por mejor decir un ángel de belleza (1), la que nos dió en nombre del rey la recompensa de nuestros servicios. Tuvo esto lugar en el paseo de Garenne, poco hacia ensangrentado por tantos fusilamientos. Una multitud inmensa hubo allí aquel dia animada de un mismo senti-

(1) *La señorita d' Olonno, muerta despues en la flor de la edad, en un convento de la Lorena.*

miento, sacerdotes, generales, magistrados, azules y blancos de la víspera, labradores y y marineros, hombres y mujeres adornados con esmero, rodeaban el altar empavesado de nuestra gloria. Cuando el sacerdote acabó de celebrar la misa, dos colegiales, todavía niños, designados por nuestro unánime voto, salieron del batallón (1) y se reconoció en ellos á dos hermanos de armas, que no habian tenido mas que un lecho, una bolsa y una oracion durante la campaña. Al ruido de las campanas, de los tambores, aplausos y aclamaciones, se arrodillaron deslumbrados delante de la reina de la fiesta, recibieron de su mano la cruz de la legion de honor, y le dieron el abrazo, como los vencedores de los antiguos torneos.

Los dias siguientes, se atropellaban mañana y tarde en la gran plaza de Vannes, para ver al centinela hacer los honores militares á un colegial que pasaba. Este colegial era el nuevo caballero de la legion de honor, y la decoracion escolástica brillaba sobre su pecho al lado de la estrella de los

(1) *El uno de ellos era Mr. Rio, historiador de la Pequeña Chuanería, hoy casado con la heredera de uno de los mas grandes nombres de la Escocia.*

valientes; porque así como la mayor parte de sus camaradas, acababa en el colegio los estudios interrumpidos por sus hazañas.

—En cuanto á Estéban y yo, concluyó Luis, habíamos perdido la costumbre de estudiar, manejando el sable y el fusil, nos volvimos buenamente á plantar coles á Amberes, y nuestra opinion política hoy, es que un vaso de aguardiente vale por toda la ciencia de los griegos y latinos. (1)

Nuestros campeones unieron por la centésima vez el ejemplo al proyecto, entrando

(1) Todos los detalles de este relato son rigosamente históricos. Se les puede comprobar bajo otra forma, en la curiosa obra que hemos citado: La Pequeña chuanería, por Mr. Rio, 1842. Mr. Chateaubrand había ya inmortalizado los estandartes de Vannes en los líneas siguientes:

«Durante los Cien Dias, en la tierra del realismo, apareció de pronto un ejército de niños: los viejos tenían veinte años, los jóvenes quince.

Todo el que se encontraba entre estas dos edades, entre los discípulos del colegio de Vannes, cambió todo lo que podía poseer en el colegio de algun valor, por armas, y corrió al combate. Quince ó veinte discípulos fueron muertos: las madres supieron el peligro, al saber la muerte y la gloria.» (Obras completas de Chateaubriand, edicion Pourrat, tomo 27 página 331.)

en la posada de Muzillac, y ambos aceptaron con una señal de cruz las muestras metálicas de nuestra gratitud, protestando responder en adelante, si les preguntáramos por nuestro camino.

Media hora después, dejando la ciudad, nos encontramos dos borseadores en medio de un círculo de espectadores. Eran Luis y Esteban, que con la capa caída y levantadas las mangas de la camisa, se disputaban á puñetazos nuestra gratificación. Luis quería para él dos terceras partes, como narrador de los dos tercios del discurso. Terminamos la querrela arrojando una pieza mas en el campo cerrado. No era mucha recompensa para dos valientes que nos habian mostrado uno á uno los héroes del Morbihan.

—Y bien, dije á Roberto, volviendo á empezar á pié nuestro camino, ved ahí lo que no disfrutan los que viajan en silla de posta.



IV.

QUESTEMBERT. = PLUHERLIN. = EL ARENAL DE
HALLT. = BRAMBIEN. = DOS MILOBELISCOS. = MIS-
TERIOS Y CONJETURAS. = SIMPLE PREGUNTA A
MR. LEBAS. = PAISAJE. = VISIONES. = MALESTROIT.
= PLOËRMEL. = CORREMOS Á MI-VOIE. = EL COM-
BATE DE LOS TREINTA. = Bois ton sang,
Beaumaneir? = EL MONUMENTO PRESENTE
Y EL MONUMENTO VENIDERO. = SIMPLE PROPOSI-
CION DE UN PEREGRINO. = JOSSELIN. = EL ME-
JOR CASTILLO DE BRETaña. = EL SALTO DE LA
CARPA.

Como habíamos resuelto seguir todos los caminos excepto el principal, todas las líneas excepto la recta, en lugar de continuar nuestra marcha á Vannes, volvimos hácia Ploermel.

—Para que nada se nos escape, dije al conde de S..., vamos á hacer como las aves en el aire y los cazadores en la selva, yendo hácia el Norte, y despues volviendo al Mediodía, y atravesando así diez veces el Morbihan hasta su extremidad,

Questembert no nos ofreció mas que nobles recuerdos de la familia de Carné, el magnífico punto de vista del molino de la Beugne, las ruinas del pretendido castillo de Erech, rey de los bretones en 430, y el curioso monumento druídico llamado Le Casteldes Poulpiquets. Los *poulpiquets* son los enanos fantásticos de Bretaña. Mas adelante referiré sus travesuras.

En Pluherlin visitamos una aglomeracion de piedras sagradas, que no tienen otras rivales que las famosas piedras de Carnac. Figúrese un arenal inmenso que se llama el Haut-Brambien, sembrado hasta perderse de vista de dos mil trozos de granito, mas ó menos gigantescos, y todos clavados en tierra por la punta mas aguda. La mayor parte tienen de doce á diez y ocho piés de altura; pero muchos no tienen menos de treinta piés, sobre diez de ancho. Yo he medido uno que habia quebrantado el suelo en su caída. Dos particularidades notables tienen los menhirs (1) de Brambien,

(1) Para comprender bien todo lo que diremos de las piedras druidicas, nuestros lectores deberán acordarse que los menhirs y los peulvans son unas piedras verticales: los dolmens, unas tablas de piedra colocadas sobre dos ó tres apoyos: los cromlec'hs, unas

una que no estan juntos y en línea como las demás piedras de este género, y la otra que estan cortados en conos, y aun revestidos de esculturas. Yo he creído distinguir allí estrellas con rayos oblicuos; pero estas señales son evidentemente muy posteriores al origen del monumento, porque la primera ley del druidismo era no confiar su doctrina y sus símbolos mas que á la memoria de los sacerdotes. Véase ahí por que su noviciado duraba hasta treinta años en el fondo de los bosques y cavernas; pues tenían que aprender de memoria toda la ciencia contemporánea, mucho mas considerable de lo que hoy se piensa. Véase por que tambien nosotros estamos reducidos á conjeturas tan vagas sobre la religion y monumentos célticos. Las únicas ruinas que nos quedan son esas piedras sordas y mudas, plantadas desde tiempo inmemorial. no solo en Bretaña, sino en la India, sobre las montañas del Asia, y en todos los pueblos donde la infancia adora los elementos: porque el culto druídico no era otra

círculos de piedras verticales: las grottes, aux fees, unas tablas de piedra sucesivas formando una bóveda: los barravys, unas montañuelas de piedra y tierra: los galgals, en fin, montones de guijarros.

cosa que el de los elementos, entendido de una manera sublime y profunda, con el dogma de la Trinidad, la creencia en la inmortalidad del alma, y la tradicion de un Dios mediador.

Sabemos siquiera qué papel hacian las piedras sagradas en los ritos y ceremonias de nuestros abuelos? El anticuario mas erudito no se atreveria á responder afirmativamente. Todavía y siempre conjeturas. La mayoría piensa que los dolmens eran altares, y ve en sus cavidades y canales una disposicion particular para los sacrificios humanos: las victimas ocupaban las cavidades y la sangre corria por los canales. Se supone tambien, que las grutas de las haldas y los poulpiquets, eran las moradas predilectas de los genios de la tierra, del cielo y agua; que los cromléc'hs, que estan inmediatos á los dolmens, eran especie de templos; en fin, que los galgals y los barraws eran tumbas ilustres; los menhirs aislados, piedras conmemorativas, y los menhirs reunidos como los de Pluherlin, cementerios nacionales.

Queda que saber, como los Celtas trasportaban y enderezaban esos colosos de granito, que nuestros mejores maquinistas apenas podrian hoy levantar. Pregúntese Mr. Lesbas el modo de alinear dos ó tres

mil obeliscos truncados, en un desierto veinte veces mayor que la plaza de Luis XV. Qué de cálculos, qué de aparejos y años, necesitaría el ingeniero! Tal era sin embargo el problema que nuestros antepasados resolvían con solo la fuerza de los brazos humanos. Mr. Lassus cree que arrastraban los dolmens por un plano inclinado, y los subían penosamente á un terraplen ó plataforma.

Esto basta para explicar los dolmens, pero cómo se explicarán los menhirs de cincuenta piés? Misterio eterno, humillante para nuestra civilización!

El arenal de Brambien debe tener un aspecto desolador, cuando la noche extiende su velo, ó cuando el invierno marchite su dura vegetación; pero parece un mar admirable, cuando el sol dora sus mil rosadas flores, como otros tantos destellos purpurinos de sus rayos.

Justamente cuando llegamos el globo de fuego, trazado en el horizonte, lo enrojecía como el foco de un inmenso incendio, cuyos reflejos proyectados en forma de abanico, parecían encender una luz sobre cada vástago de yerba que temblaba bajo el sol.

A alguna distancia, el campanario de Pluherlin se levantaba como una pirámide en medio del desierto, y mas lejos, hácia el

Norte, hácia el Surd, hácia el Oeste, hácia los cuatro puntos del globo, se erizaba sin órden y sin fin bajo toda clase de formas y en todas direcciones, un innumerable ejército de piedras druidicas.... Aquí, una serie de menhirs de veinte piés de altura cubrían todo el arenal con sus sombras gigantescas. Allí, un trozo de granito mas enorme todavía, se levantaba solo, como un centinela avanzado de aquel campo monumental. A la derecha, un grupo de rocas grises, casi unidas por sus extremos, figuraban los arcos de una capilla arruinada. A la izquierda, otro grupo circular, parecia una banda de fantasmas, dispuestas para bailar sobre la maleza. En lontananza, conjuntos extravagantes representaban todo lo que la imaginacion puede concebir mas fantástico y prodigioso: ciudades flotantes, colinas truncadas, altares derribados, torres inclinadas, florestas convertidas en piedras, campanarios boca á abajo, anchas cruces fúnebres, tumbas colosales; todo esto engrandecido, multiplicado, y sufriendo continuas metamorfosis por la lucha de la luz y la sombra á la hora del crepúsculo, por una soledad cuya idea no puede concebirse sin haberla visto, en fin, por un silencio que parecia de muchos siglos, al que el tañido prolongado de una campana hacia mas siniestro todavía.

Tuvimos en presencia de aquellos monumentos extraños, las visiones no menos extrañas que evoca su antigüedad. Creimos ver una sombría floresta druídica redondear bajo el cielo sus dilatados arcos, y á los mismos druidas acercarse, con su larga barba, el vestido flotante, los piés desnudos, el muérdago sagrado en una mano, la espada vengadora en la otra; aquí hiriendo víctimas humanas sobre el dolmen ensangrentado, allí cavando bajo el fúnebre barranco la tumba del guerrero celta; ora formulando un conjuro terrible al rededor de la roca de las Hadas, ora invocando el último rayo del sol temblando en la cumbre plateada del menhir..

Cuando volvimos, una hora despues, la decoracion se habia cambiado. Una niebla espesa y amarillenta envolvía el rosado arenal y las piedras grises. Se hubiera dicho, que eran las ruinas colosales de una ciudad antediluviana, ó Sodoma, aniquilada por el rayo de la venganza divina. Ni un ser viviente, ni un pájaro, ni un animal, se veían en aquella vasta soledad, en la que el eco repetía con admiracion el ruido de nuestros pasos, y el tañido de la oracion tocado por las campanas de Pluherlin.

Despues de semejante espectáculo, solo observamos de paso las grutas de Pleuca-

deuc, y el dolmen de la capilla, aun cuando este último, cuya mesa de piedra tiene seis metros (siete varas y seis pulgadas) de largo, sea una de las mas admirables bellezas del Morbihan.

Tampoco hicimos mas que atravesar á Malestroit, que no tiene de notable sino su fábrica de paño y de sombreros. Era antiguamente una de las mayores baronías de la Bretaña, y sus señores los nobles mas elevados. Solo nos queda hoy su nombre histórico, dignamente llevado por uno de los jefes de la ilustre casa de Bruc.

Cuando al dia siguiente llegamos á Ploërmel, teníamos tanto deseo de ver el lugar del combate de los Treinta, que fuimos á él sin tomar descanso. Por el camino, conté á Roberto las circunstancias de esta sublime batalla, que parece reasumir todas las glorias de la edad media.

Era el año de 1351. A la sombra de Carlos de Blois y Juan de Monfort, que se disputaban el ducado de Bretaña, Felipe de Valois y Eduardo de Inglaterra, sus pretendidos aliados, se disputaban el reino de Francia. Ordenados alrededor de dos mujeres heróicas, los bretones rechazaban palmo á palmo y dia por dia á los ingleses de su país. Por una tregua, concluida en el mes de junio de 1350, se habia convenido

respetar los trabajos, las casas y personas de los labradores, con el fin de conjurar el hambre que eternizaba la guerra. Bembroug que mandaba en Ploërmel por los ingleses, violó el tratado, llevando el hierro y el fuego á la campiña. Al instante, el mariscal Roberto de Beaumanoir, gobernador de Josselin por los bretones, fué á pedir satisfaccion á Bembroug. En el camino encontró á los aldeanos maltratados por los soldados ingleses que los habian atado dos á dos, de piés y manos, como bestias de carga. Juzgad si este cuadro calmaria su indignacion. Dió justas y violentas quejas á Bembroug. Este le respondió imponiéndole silencio, y amenazándole con que muy pronto los ingleses serian dueños de toda la Francia.

—Embaucad á otro con vuestros sueños, replicó fieramente el mariscal de Bretaña, y poned al punto en libertad los prisioneros.

—Para mandar así á los ingleses, gritó Bembroug, es necesario otros hombres que los bretones!

—Pues bien, dijo Beaumanoir, escoged lugar y hora, á fin de que los guerreros lleven el peso de la guerra; tomad treinta ingleses, yo tomaré treinta bretones, y veremos cuáles tienen mas corazon y defienden mejor causa.

Bembroug aceptó el desafio. El sábado si-

guiente se señaló para el combate, junto a la encina de Mi-Voie, en los arenales de la Croiu-Helléan, entre Ploërmel y Joselin, y cada capitán se ocupó desde entonces en elegir compañeros.

Llegado el día, jefes y campeones, oyeron misa, comulgaron piadosamente y marcharon á la lid. Estaban armados de lanzas, espadas, puñales, hachas, hoces (ó sables cortos), y mazas de hierro. La maza de Belifort, pesaba, dicen, veinte y cinco libras. Clamabán llevaba una guadaña, por un lado cortante, y por el otro guarnecida de garabatos de hierro.

Toda la nobleza de diez leguas á la redonda habia venido para asistir á aquel gran combate.

En el primer choque llevaron la desventaja los bretones. Ives Chanael fué hecho prisionero, Geoffroi Mellon mordió el polvo; Bodegat, Rousselot y Pestuvien recibieron graves heridas. Lejos de perder el valor, Beaumanoir y los suyos multiplicaban los golpes. Las armas arrojaban chispas. La tierra temblaba bajo los piés de los combatientes. El sudor y la sangre corrian en arroyos. Cada torbellino de polvo ocultaba un duelo á muerte. Estenuadas al fin el aliento y las fuerzas, los dos partidos se retiraron para reposar y refrescarse.

No estaban mas que veinte y cinco bretones sobre treinta ingleses. Beaumanoir los reanima con sus acciones y palabras...

—Mejor me batiria, si fuese caballero, dijo Geoffroi de la Roche.

—Pues bien, vas á serlo, respondió el mariscal.

El escudero dejó las armas y se puso de rodillas: su padrino, le recordó los hechos ilustres de sus abuelos, le dió el abrazo, y le volvió á entregar sus armas.

Geoffroi se levantó caballero. El combate empezó de nuevo.

Bembrurg cayó sobre Beaumanoir, y le sujetó con su brazo diciéndole:

—Ríndete, Roberto, no te mataré y te daré de *mi pan*.

—Tu pan será mio esta tarde, repuso el mariscal defendiéndose vigorosamente.

Al mismo tiempo Alain de Keraurais y Geoffroi de Bois venian en su socorro. El primero derribó de un lanzazo á Bembourg, el segundo lo atravesó con su espada. Desde entonces hubieran sido vencidos los ingleses sin el intrépido Croquart: Firmes, compañeros! gritó: ahora os mando yo! Las filas se estrecharon, y la pelea empezó con mas furia.

Entonces fué cuando vencido por el calor, la fatiga y el desmayo (porque habia piado-

samente ayunado), cubierto de sudor, de polvo y sangre, el mariscal de Bretaña, atónito, pidió de beber "*Bebe tu sangre. Beaumanoir!*" le respondió una voz bretona, la voz de Tinteniac según unos, la de Geoffroi de Bois, según otros. Pero qué importa si los dos eran capaces? A esta palabra sublime, el mariscal encuentra su energía, y cae como un rayo sobre los ingleses.

Sin embargo, nada podía romper aquellas filas espesas y apretadas como una malla de hierro, hasta que Guillermo de Montauban que descansaba á parte, se calzó sus espuelas, se arroja sobre su caballo y finge que huye.

—Ah! maldito escudero, gritó Beaumanoir, esta cobardía deshonor para siempre tu nombre!

—Permaneced en vuestro punto, respondió Montauban, yo voy á ocupar el mio.

Y lanzando su caballo en medio de los enemigos, rompe su batallón, los amontona unos sobre otros, y asegura la victoria á sus compatriotas.

La flor de los ingleses quedó sobre el campo de batalla, con cuatro Bretones, Kneles, Carveley, Belifort, Croguart &c. rindieron las armas. Este último fué proclamado el mejor combatiente entre los vencidos. Tinteniac lo fué á sí mismo entre los vence-

dores. *Beaumanoir, bebe tu sangre!* fué en adelante el grito de guerra de los Beaumanoir; celebrado por los poetas, cantado por los jornaleros, representado en las tapicerías, el combate de Mi-Voie, fué tan famoso, que un siglo despues se decia hablando de las mejores batallas: *Han peleado como en el combate de los Treinta.*

Y es vano que los que dudan por sistema quieran desterrar esta justa sin igual al número de las ficciones caballerescas, ó rebajarlo á la nimia proporcion de una contienda de señoras! El combate de los Treinta lo ha adquirido la historia en toda su extension nacional, por el capítulo de Froissard, que ha publicado últimamente Buchon, y sobre todo por el poema contemporáneo, descubierto en la biblioteca real, en 1819, por MM. Penhoët y Fréminville.

Mientras hacia este relato á mi compañero, me habia apartado con él de los risueños alrededores de Ploërmel, y atravesado un nuevo arenal sin verdura y sin árboles. Era la tercera vez que durante dos dias escudriñábamos aquellas rudas malezas de la Armórica, cuyas flores dan un tinte rojo á los rayos del sol.

En el centro de este arenal, á igual distancia de Ploërmel y de Josselin, se eleva-

ba antiguamente la encina secular que hacia sombra á los campeones de Mi-Voie. Hacia el fin del siglo XVI, el hacha de la liga echó por tierra este antiguo testimonio del combate de los Gigantes. Poco tiempo despues una cruz de piedra reemplazó á la encina. Levantada á la misma orilla del camino, está diciendo al pasajero, que se descubra y rece. Fué derribada por primera vez en 1775; pero á instancias de Mr. Martin de Aumont, los estados de Bretaña la volvieron á levantar y grabaron sobre su pedestal:

A LA MEMORIA PERPETUA DE LA BATALLA DE LOS TREINTA.

La república de 1793, no menos brutal que la Liga, creyó aniquilar el recuerdo de los Treinta, con el signo que lo consagraba; pero el recuerdo resucitó glorioso, mientras la república se hundia por sí misma.

En fin, desde 1811 á 1819, el consejo general del Morbihan levantó por las cotizaciones anuales que ascendieron á tres mil francos, el sencillo monumento que tenemos á la vista.

Es un obelisco de quince metros (1) de altura, de ancho por su base un metro y sesenta centímetros, y por su cima ó cumbre solamente un metro. Formado de piedras cuadradas de granito, cada una de sesenta centímetros, ocupa el centro de una estrella plantada de pinos y cipreses, cuya mayor anchura tendrá cerca de ciento cuarenta metros. En el lado del Este se leen estas palabras :

BAJO EL REINADO DE LUIS XVIII
REY DE FRANCIA Y DE NAVARRA,
EL CONSEJO GENERAL DEL DEPARTA-
MENTO DEL MORBIHAN,
HA LEVANTADO ESTE MONUMENTO
A LA GLORIA DE 30 BRETONES.

El lado del Oeste tiene la misma inscrip-
cion traducida en idioma celta: al Sur, es-
tan grabados los nombres de los combatien-
tes, y al Norte, la fecha del combate, 27
de marzo de 1351. Al lado de este monu-
mento se ha colocado la piedra reedificada
en 1775 por los Estados de Bretaña.

(1) Cada metro equivale á una vara y siete pulgadas castellanas.

Sin duda, que con tres mil francos nada se podia hacer mejor que este monumento, fabricado por el modelo ordinario de los puentes y calzadas. Por otra parte, enojosas sospechas daban todavia, en 1819, poca importancia nacional al combate de los Treinta; pero hoy que esta hermosa página de nuestra historia está irrevocablemente descifrada, el obelisco de Mi-Voie, es menester decirlo, no es digno de los vencedores de Bembourg. (1)

(1) Si nuestra humilde voz pudiera resonar en los consejos donde se hacen y deshacen tan grandes cosas, repetiríamos á la Bretaña ó mejor á la Francia, lo que ya hemos dicho en otra parte: "En lugar de esta aguja de piedra que se asemeja á todo y no significa nada, atreveos á realizar en Mi-Voie el sueño de un peregrino breton. Tomad en las entrañas de la tierra de granito, treinta trozos colosales, tales como los que se levantan en Carnac ó en Pluherlin. Tal vez los encontrareis en el arenal mismo que regó la sangre de los Trentos. Ordenad estos trozos en batalla sobre el lugar del combate como en formacion los campeones de la Bretaña delante del mariscal Beaumansir. Llamad treinta artistas bretones, y si faltan artistas llamad trabajadores (unos trabajadores son los que han hecho la campana de Kreisker, el púlpito de Folgoat, el calvario de Pleugastel.... El autor de la tumba sin igual de Francisco II,

Ligándose el castillo de Josselin, como se deja conocer, con el combate de los Treinta, fuimos inmediatamente á verlo. Es en efecto el mas admirable monumento que la era Gótica y el Renacimiento han legado á la

Miguel Colomb, era un trabajador). Mandad á estos simples estatuarios tallar en cada trozo un caballero colosal, el casco en la cabeza, la espada en la mano, el escudo al costado. Todo esto libre y sencillamente indicado como conviene á unos hombres de hierro esculpidos en granito. Con tal que el rostro varonil se distinga bajo la visera, que la forma humana se destaque en bosquejo, que la armadura se recorte atrevidamente sobre el cielo, que el zócalo y la estatua formen una masa indestructible, no es necesario hacer mas. Sobre los treinta escudos grabad los treinta nombres y las treinta armas. Plantad en medio de la línea una encina como la de Mi-Voie. Dejadla crecer y extenderse libremente, hasta que cubra todos los caballeros con su sombra. Y cuando un dia el viajero, atravesando el desierto de este arrenal vea elevarse delante de él este árbol inmenso y estos treinta guerreros de piedra, ya que el sol proyecte á lo lejos sus gigantescas sombras, ya que la luna multiplique y agrande todavia mas sus proporciones, este viajero reconocerá la nacion que rechaza hace 3000 años al extranjero, y que sabe todavia como los antiguos druidas, elevar á sus héroes monumentos de recuerdo.

Bretaña. Su origen se remonta al siglo XI; pero fué destruido y reedificado muchas veces, de suerte, que su historia arquitectónica sería tan difícil de hacer como la del cu-chillo de Jeannot. Sus mas grandes épocas son la del famoso condestable de Clisson, muerto en el castillo de Josselin en 1407, y la de los ilustres individuos de la familia de Rohan, que fundaron esta habitacion real, que todavia poseen hoy.

Este noble y encantador edificio está asentado al borde de la rivera del Oust. Sus ondas bañan el pié de la roca, cuidadosamente cortado en declive. Desde este lado no se ve mas que una masa de torres y fortificaciones, avergonzadas de sus nuevos techos y pizarras, que los asemejan á nidos de águilas y palomas. Pero si se penetra en los patios del edificio, y se mira la fachada interior, se pregunta uno á sí propio, si hay algo mas rico en el mundo. A primera vista choca la falta de armonía, pero bien pronto se pierde con delicia en las fantasías de adorno. Es una serie de agudas cornisas destacadas del techo; es una doble línea de ventanas guarnecidas de artesonados que rivalizan con los de Chambord; es una sucesion de galerías, cuya balaustrada, cincelada al gusto del dia, es una obra maestra de gusto y de paciencia. Despues de esto, des-

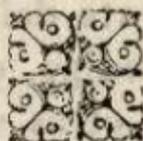
cribir los demás infinitos y prodigiosos adornos, sería una empresa imposible, mas propia para el cincel, que para encomendarla á la pluma. A través de este dédalo de esculturas, se veía á intervalos la divisa de Rohan, A PLUS, recortada en letras fantásticas de una increíble variedad. El mejor trozo interior es una chimenea, que reproduce en el fondo de una sala opulenta, el adorno de la fachada.

El duque actual de Rohan, con un celo nacional digno de elogio, consagra todos los años una parte de sus rentas á restaurar el castillo de Josselin.

Los Rohan tuvieron hasta mediados del siglo XVIII, los derechos mas singulares sobre sus vasallos de Josselin. Véase uno que nos fué contado delante del mismo castillo, por un anciano mendigo que habia sido diez veces testigo de otros muchos.

—Buenos señores, nos dijo el viejo, era el domingo de Cuasimodo: toda la senescalía de Josselin, el presidente, vestido de encarnado y los jueces de negro, los ugieres, maceros y heraldos de armas, iban procesionalmente á la orilla del Oust. Se llamaba en alta voz á todos los vasallos que habian cogido y vendido pescado durante la cuaresma; despues se les mandaba que se quitasen sus medias y vestidos, y hacer en

la rivera en camisa y calzoncillos el salto de la carpa. Los que rehusaban hacer esto pagaban á la fuerza al señor, tres libras y cuatro sueldos de multa. Fácilmente se concibe que cada uno pagaria sin dudar, y véase como los Sres. de Rohan vendian á buen precio su pescado.



JORNADA SEGUNDA.

I.

PLOERMEL.—SU IGLESIA, Y SU PATRON.—EL ESTANQUE DEL DUQUE.—LA SELVA DE BROCELIAEDE.—MERLIN.—LA FUENTE DE BARENTON.—ESTUDIO DE LAS COSTUMBRES.—EN MOUSTOIRAC.

Mi compañero, el conde Roberto de S... me recordó que nos habíamos dejado atrás á Ploërmel. Volvimos allí á visitar las fortificaciones tantas veces perdidas y recobradas durante las guerras de Bretaña. Algunas casas viejas cuyas esculturas no pueden describirse honestamente, y sobre todo la iglesia parroquial de Saint-Armel y el famoso estanque del Duque.

En la iglesia de Saint-Armel se ven hoy, sobre un sarcófago insignificante, las esta-

tuas de Juan II y Juan III, que en otro tiempo decoraban en Calmes las preciosas tumbas destruidas por la revolucion. Estas dos estatuas acababan de ser amoldadas para el museo de Versailles, donde todo el mundo puede admirarlas en la galería baja.

Las esculturas de la iglesia de Ploërmel, son célebres por su sencillez. Se distingue, entre otras fantasías góticas un puerco tocando la gaita. Todo el lado del norte del edificio está ricamente adornado. Las vidrieras son igualmente notables. La de la puerta de entrada representa á Saint-Armel abogando la serpiente. La leyenda de este milagro se refiere de este modo en la *Vida de los Santos de Bretaña*, por Alberto el Grande. «Habia en aquel distrito un horrible dragon que destruia el país circunvecino, el cual tenia su caverna en una colina junto á la rivera del Seiche. Sintiendo el santo los enormes daños que sufrían los campesinos, pidió á Dios los librase de esta calamidad, y al dia siguiente, despues de oír misa, se quitó la casulla, y se hizo conducir á la caverna del monstruo, mandándole salir en nombre de Dios, lo que verificó al instante: entonces le ató su estola al cuello, y arrastrándolo á través de la colina, lo condujo al borde del rio, mandándole que se precipitáse en él. Así lo ejecutó, y para me-

moria de este milagro, el camino ó sendero por donde arrastró al monstruo á través de la montaña (que tomó el nombre del Santo), apareció árido y seco, sin que crezca en él yerba alguna.

Se encuentra esta tradicion en veinte puntos de la Bretaña, la cual figura simplemente la victoria del catolicismo sobre el paganismo.

Saint-Armel, es no solo el patron, sino el fundador de Ploërmel, que se llamaba en su origen Plau-Armel (campana, aldea de Armel). Los trabajos, cantos y milagros del bienaventurado, están reasumidos en una antigua tragedia, que hace poco se representaba todavía el dia de su festividad, delante de todos los ploërmaneses. El sacristan, el pertiguero, el campanero y los cantores, figuraban allí, en sus hábitos de coro, personajes del siglo V. La escena, con notable desprecio de la unidad de lugar, pasaba en Inglaterra, la Mancha, en París y en Ploërmel.

Para hacer apreciar al conde de S... la hermosa vista del estanque del Duque, en otro tiempo llamado el estanque de los Grandes Molinos, lo conduje sobre una montañuela que domina el país. Desde allí abrazábamos el pequeño lago, que tiene tres leguas de circunferencia, sus riberas som-

readas de una vejetacion lujuriosa, y el castillo de Lambilly que parece hecho expresamente para aquel cuadro. Despues admiramos la cascada del dique inferior, que tiene cerca de treinta piés de descenso, cuya agua salta en millares de perlas entre los rodeznos de multitud de molinos.

—Mirad, nos dijo un aldeano, esa eminencia coronada de enormes árboles y cubierta de ruinas tapizadas de yedra: es el solar de un antiguo castillo, destinado en otro tiempo á la custodia de este dique. Se olvida en nuestros dias, que si el estanque del Duque rompiese su barrera, inundaria todos los campos circunvecinos. Nuestros padres eran mas prudentes que nosotros. Tenian en los molinos un caballo ensillado noche y dia, pronto á llevar, en caso de desgracia, la noticia fatal á Malestroit.

Nos despedimos de Ploërmel en el establecimiento fundado por M. J. M. Lamennais, hermano del ilustre autor de las *Palabras de un croyente*. Es una especie de escuela normal para los hermanos de la Doctrina Cristiana; es la colmena central donde sus humildes institutores, van á llevar á todos los niños de la poblacion de Francia, la pura miel de la fe, de la moral y la instruccion.

El territorio de Ploërmel estaba antiguamente

mente cubierto por la selva de Brocéliande, tan célebre en los romances de la Tabla Redonda. Encontramos, pues, allí, á cada paso, y sobre todo en los pueblecillos de Tréharenteuc y Concoret (1), los recuerdos maravillosos del *Valle sin salida*, la *fuenta de Barenton* y la *tumba de Merlin*.

El nombre de este famoso encantador está todavía en boca de todos los campesinos.

—Sabed, señores, nos dijo una anciana mendiga de Mauron, con la misma buena fe que si recitase el Evángelio; sabed que en tiempo en que los sajones querian matar á todos los hombres de la Pequeña y Gran Bretaña, Merlin nació de una vestal romana y de un demonio del Norte. Wortigern, tirano del país de Gales, mandó verter su sangre sobre la primera piedra de una fortaleza; pero la jóven adivina se escapó, prediciendo al rey la ruina y la muerte. Wortigern, en efecto, fué abrasado vivo en su fortaleza, y el inmortal Arturo, con sus caballeros, acabó de libertar á las dos Bretañas. Para esta grande empresa, Merlin se

(1) *En celta, Kon-kored.—Valle de las Hadas.*

convirtió alternativamente en bardo, juglar, ermitaño, enano, y hasta en ciervo. Desgraciadamente, su corazón era de hombre, y se enamoró de una encantadora hada de los bosques, llamada Viviana. Huyó con ella á la soledad y abrazó la vida salvaje. Tres veces le hizo Arturo volver á su corte, tres veces Merlin volvió junto á Viviana. En fin, alarmada ella con tanta inconstancia, lo encerró en un valle sin salida, en una prision mágica, bajo un matorral de espinos. Un solo caballero, el sabio Gauvain, pudo llegar hasta él; pero reconoció su voz sin distinguir su persona, y no pudo romper el encanto que retenia al cautivo. Pues, añadió con la mayor sangre fria, este encanto existe todavía hoy! Merlin está siempre encadenado en su florida tumba, y no saldrá de ella sino libertado por el grande Arturo, que tambien desapareció en una batalla, pero que no ha cesado de vivir para la defensa de los bretones!

Hicimos vanos esfuerzos para desengañar á la mendiga; nuestra incredulidad solo le inspiró una sonrisa imperceptible de compasion. Cuando llegamos á la fuente de Barenton, encontramos una jóven inclinada sobre el agua, y que decia, haciendo la señal de la cruz con un alfiler quitado de su pañuelo.

— Ríete, ríete, fuente de Barenton, voy á darte un hermoso arfiler.

El arfiler, en efecto, arrojado en el agua, le hizo realmente barbotar; — y ¡la jóven viendo un milagro en este efecto comun á tantos manantiales, se fué sonrojada de pudor y de alegría, — y convencida, que tendría marido en la próxima pascua.

Un anticuario de los alrededores, nos hizo leer, en los *Usos y costumbres de la selva de Brezilion*: “Junto á la fuente de Barenton, hay una piedra grande, que se llama de Barenton; y siempre que el señor de Montfort (entonces propietario de la selva), viene á la dicha fuente, y con el agua de ella riega y humedece la dicha grada, aun cuando el tiempo sea caluroso, llueve en el país con tanta abundancia, que la tierra y los frutos que alimenta se riegan y tienen mucho provecho.”

Pues bien, añade Mr. de la Villemarqué (1), la costumbre de ir á la fuente de Barenton en las grandes sequedades, existe hoy, lo mismo que en tiempo del señor de Monfort. En el mes de agosto de 1835, todos los habitantes del distrito de Concoret

(1) *Cuentos populares de los antiguos bretones. Nota del primer volúmen.*

fueron allí procesionalmente, con la cruz y el estandarte, cantando himnos y al son de las campanas, para pedir al cielo que lloviese. Llegado que hubieron á la fuente, el cura del canton bendijo el agua, empapó el hisopo, y, en defecto del señor del terreno, menos celoso hoy de su derecho que en la época en que vivia Monfort, roció algunas gotas sobre las piedras cercanas.... pero no se me ha dicho si llegó á descargar la tempestad.

Tal es la obstinacion secular de los crédulos bretones. Se encuentran allí por todas partes las ideas druídicas mezcladas con la fe cristiana, como se encuentran las cruces incrustadas en los menhirs.

—He aquí el momento, dije á Roberto, de dejar á un lado la historia y la leyenda, los monumentos y paisajes, para ocuparnos exclusivamente de los hábitos y costumbres morbihaneses. Adios, pues, por algunos dias, ciudades y castillos. Vamos á penetrar al interior del departamento, en la direccion de Locminé. Allí nos esperan tipos verdaderos de casas, bretones de oríjen puro, costumbres auténticas, vida patriarcal. Dichosos, si presenciarnos algun acontecimiento de los que reasumen esta vida toda entera: un nacimiento, un matrimonio y un entierro! Encnanto á matrimonio, supongo

que lo encontrásemos en Moustoirac, casa de cierto campesino conocido mio; porque he visto á su linda hija en las calles de Josselin, —comprando, si no me engaño, joyas de desposorio. Encontraremos tambien, en esta misma aldea un *petit pardon* que tiene su mérito. En fin, es muy pronto la época del *grand pardon* de la capilla nueva en Plumelin, donde me parece que veremos un combate de la *Soule*. Porque este espectáculo, por sí solo, valdria la pena de hacer un viaje al Morbihan.

Volvimos á subir á Josselin, donde tomamos el camino de Sorient, y al dia siguiente llegamos á la granja de Kerlenn junto á Moustoirac, ó Moustoir—Locminé, casa del buen José Kerias, uno de los arrendatarios de mas importancia en el pais.

Era justamente la antevíspera del *petit pardon* de la aldea.

Encontramos en Kerlenn, no solo la hospitalidad y sencillas costumbres que habia prometido á mi compañero, sino un drama inesperado y completo, cuyas escenas van á servir de cuadro á mis observaciones.

Qué trabajo se da la imaginacion de los novelistas para inventar cuentos menos curiosos é impresionables que la simple historia de la *Desposada de Moustoirac*!

LA DESPOSADA DE MOUSTOIRAC.

I.

EL RECIEN NACIDO.

La granja de Kerlenn (1), está situada á un cuarto de legua de Moustoirac, en la vertiente de una colina, en un sitio amenísimo y en la confluencia de tres riachuelos. Los pequeños estanques que estos forman han dado su nombre á esta nueva morada. Conduce á ella un hondo camino abovedado por las encinas y espinos, que desesperaría

(1) Ker-len, granja de los Estanques. Mac'-harite, Margarita. Profédez, profetisa. Yanned, Juana, Juanita.

al mas hábil pintor de países. La casa construida de granito negro, recibe sobre sus dos costados los primeros y últimos rayos del sol. Como todos los casuchos bretones, está fabricada entre charcos infectos, donde se zambullen los puercos, y una cerca embalsamada de flores silvestres, donde zumba un pueblo inmenso de abejas. A la izquierda se extienden los cobertizos y graneros, á la derecha las eras para trillar el trigo, y en todas direcciones, cercados en declive, verdaderas fortificaciones, coronadas de zarzas y encinas monstruosas.

La familia Kerias se componia de un anciano octojenario, el marido y la mujer, un hermano de esta y ocho hijos. La mayor era Ana María, la hermosa *gwerchez* (1), que habia encontrado en Josselin. El menor un niño que acababa de nacer cuando llegamos á la granja. Fué pues bastante agradable para nosotros el primer cuadro que se ofreció á nuestra vista.

Toda la familia ocupaba el piso bajo del cual vamos á hacer una exacta descripcion. Una puerta á Oriente y otra al Poniente ambas de madera fuertes y macizas. Por fuera de la primera habia una ventana á una

(1) *Jóven casadera.*

altara regular, y en la segunda una especie de postigo practicado en lo alto. Por todas ventanas dos lucanas, formadas por la falta de un ladrillo cada una. Una grande chimenea de seis piés de alta y ancha en proporcion, adornada de piadosas imágenes y fusiles enmohecidos; dos bancos y dos sillas sin respaldo á derecha é izquierda del ahumado hogar. A los dos lados de la chimenea dos grandes camas, verdaderos armarios de madera esculpida, encarnada ó negra, cubiertas de hacecillos de leña menuda á guisa de jergones y atestadas de gordas plumas casi hasta la altura del techo. A lo largo de cada cama dos grandes arcones que servian de punto de apoyo para escalar estas especies de montañas, otras dos camas iguales en la extremidad opuesta de la pieza, y entre esta, una muralla de armarios barnizados, con brillantes herrajes, aparadores adornados de vajilla y flores y baules tan profundos que los habitantes de la casa podian encerrarse en ellos cómodamente con sus vestidos. En medio de la sala sobre un monton escabroso de arcilla, una ancha tabla en forma de mesa prolongada por una *mette* ó arca para el pan. En una gruesa viga del techo, estaban colocados los instrumentos de la labor. Ultimamente, separado por un tabique el establo donde comian, cacareaban, gruñian y brama-

ban confusamente los bueyes, gallinas, cerdos y vacas. Tal era el interior de la habitación en que acabamos de entrar, que es el mismo que presentan con cortas diferencias todas las chozas del Morbihan.

José Kerias, hombrecillo de cuarenta y cinco años, con la fisonomía severa y franca, nos recibió como á huéspedes enviados del cielo. Desembarazonos de nuestros equipajes y bastones y nos ofreció al punto la sidra y el pan de la hospitalidad. Me habia reconocido al primer golpe de vista y toda su familia, que hablaba francés y breton, nos puso bien pronto al corriente de sus negocios.

Se preparaba el bautismo del octavo niño que su mujer acababa de darle. La madre, todavía hermosa á pesar de sus 36 años, estaba sentada en su cama, y recibia un cordial de manos de las comadres. Una de estas arreglaba brutalmente la cabeza del recién nacido, y lo liaba en una bárbara envoltura, que aprisiona los brazos y piernas, y cuyas apretadas fajas hacen asemejarse á los niños bretones, á las momias de Egipto.

La abuela, dejando el rincon del fuego donde parecia estar clavada, con sus largas tocas colgando, y su huso siempre en movimiento, se acercó temblorosa y encorvada sobre el palo, y añadió al tocado del niño un pedazo de pan bendito que introdujo

en su manga y una piedrecilla de Coudri en forma de cruz, que le suspendió del cuello para preservarlo de los maleficios.

La precaucion venia á tiempo porque uno de los hermanos del niño, habiéndolo tomado para abrazarlo, tuvo la imprudencia de levantarlo por cima de la mesa, lo que podia, por lo menos, hacerle morir en el año! Los asistentes, y sobre todo la madre, arrojaron un grito de espanto, y no se serenaron hasta haber hecho bajar al niño por el mismo sitio que lo habian levantado.

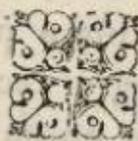
Una impresionable escena sucedió á esta sencilla comedia. Todas las madres jóvenes de la poblacion entraron, con sus hijos de pecho en brazos ó conduciéndolos de la mano; aquellas que esperaban todavia su alumbramiento, llevaban pan blanco y vino caliente. Las unas y las otras rodearon el lecho con aire solemne, hicieron sus cumplimientos á la esposa, sus regalos al niño, y reclamaron el favor de servirle, cada una á su vez, de nodriza.

Esta ceremonia se hizo con un aire de tan buena fe, que la admiracion detuvo la risa en nuestros labios. Se leia en los encantadores rostros de todas estas jóvenes, la dulce creencia que nos explicó la más linda *Todo niño es un ángel enviado de Dios*,

aliento de sus labios conduce la dicha, porque la miel del paraíso los perfuma todavía.

Nada hay, en efecto, tan sagrado en Bretaña como los recién nacidos. El hombre mas desalmado les dice al pasar: Dios os bendiga: *Dieu ho pénigo!* Y no hay enemigo tan implacable que no retroceda delante de un padre armado de su hijo.

Juzgad pues de mi sorpresa, sabiendo todo esto, hacia largo tiempo, cuando detrás de los rostros alegres de las jóvenes madres, vi aparecer en el umbral de la puerta una frente severa y amenazadora.



LA PROFETISA.

Era una anciana del país. Al menos merecía este nombre, bien que no tuviese sesenta años; porque, todavía vigorosa con algunos restos de belleza, estaba encanecida y arrugada por el pesar. Se hubiera creído una de esas mendigantes hechiceras que Walter Scott ha puesto en escena con tanta habilidad. El vestido y maneras de esta, indicaban á pesar de esto, una cierta conveniencia. Aun se hubiera podido ver riqueza en su vestido negro recogido sobre una basquiña encarnada, en su talle bordado de diversos colores y en su negra cofia con sus cintas flotantes,—si todo esto no hubiese estado cubierto de polvo y vestido con una negligencia característica. Los tufos grises que se desprendían de su tocado, tenían alguna cosa de venerable y horrendo. Su mirada era de una profundidad y fijeza siniestras.

su nariz aguda y encorvada sobre los labios cerrados por el odio y la ironía.

A la vista de esta especie de fantasma, armada de un largo palo de avellano, todos se estremecieron de sorpresa; la joven madre se arrebujó en su lecho, estrechando á su hijo contra su seno; la abuela deteniendo su huso, permaneció como petrificada, y el marido alargó maquinalmente la mano hácia su escopeta.

—Margarita Trevihan...! La profetiza!

Este nombre se escapó como un grito de todas las bocas, y nadie tuvo la fuerza suficiente para añadir una palabra.

—Sí, yo soy, dijo en seguida, vengo á hacerte mi cumplido, Juana Kerias! Ved ahí un hermoso niño mas; un hermoso niño como era mi Pablo, hay veinte años, en tal dia como este; porque tendria veinte años hoy por la mañana; Juana, te acuerdas? Tambien se reia en mi casa, eran dichosos como en Kerlenn. Las madres me rodeaban como lo hacen contigo. Tú fuiste la primera que alimentó á Pablo.... Mi marido estaba allí, como el tuyo, poniéndose sus mejores vestidos para el bautismo. Oh! bien querrias olvidar todo esto! pero yo vengo á recordártelo, yo que me acuerdo siempre!

Y Margarita añadió con una voz fulminante.

—Maldicion sobre el huésped perjuro, el depositario infiel, y la madre despiadada! Sabes que leo en el porvenir, Juana! Pues bien! Ese querido niño que estrechas sobre tu corazon, lo perderás como yo he perdido el mio. Los *poulpiquets* se lo llevarán como se llevaron á mi Pablo! Si dudas de mis palabras, da crédito á este presagio que viene á confirmarlas!

La profetiza abrió la puerta de par en par, y señaló con su dedo descarnado, un cuervo que cruzaba volando y dando fúnebres graznidos.....

Despues arrojando una última mirada sobre las hijas de Kerias agrupadas en un ángulo del cuarto como unas palomas asustadas en su nido:

—Y los desposorios de mañana, añadió, serán maldecidos como el bautismo de hoy. Aquel que viole el juramento hecho á mi hijo único, *verá el dia de sus bodas la cierva blanca de Santa Nennoch!*

La anciana se retiró, tropezando con sus gruesos zuecos en los guijarros del camino, y toda la familia Kerias quedó sumida en un silencio espantoso. Las únicas palabras que lo interrumpieron fueron los gritos de la madre y los de la hija mayor:

—Santa María, San Juan y Santa Nennoch, tened piedad de nosotros!

Todas las mujeres salieron unas despues de otras, sin atreverse á pronunciar una palabra.

Y yo salí á mi vez con Roberto, á pesar de nuestro vivo deseo de saber la resolucion de este enigma.

Pardiez! grité, he allí quien nos lo dirá mejor que nadie.

Y le señalé la profetiza, detenida sobre un cerretillo cercano, y cuya sombra prolongada por el sol poniente, se proyectaba todavia sobre el umbral de la puerta de la granja.

Nos resolvimos á seguir!a hasta su habitacion, que no debia ser menos digna de verse que su persona.



III.

LA EGLOGA.

Como pasábamos á lo largo de la cerca, oímos unos gemidos ahogados detrás de la pared exterior de la granja, y distinguimos al través de los arbustos á Ana Maria Kerias sentada al lado de un jóven y esbelto *paotr* (1) Este grupo formaba un cuadro tan gracioso, que nos detuvimos un instante á contemplarlo. Además, allí podíamos encontrar una parte de la explicacion que nos faltaba.

Ana Maria estaba medio recostada sobre

(1) *Paotr*, muchacho, jóven casadero.—
Detrás de las tapias de su habitacion es donde reciben las mujeres de la Baja Bretaña á los jóvenes que aspiran á su mano.

la raíz de un olmo, las piernas extendidas en la alta yerba, el codo apoyado en el tronco del árbol y la cabeza reclinada en la mano; Roberto que apenas reparara en ella en la granja, no pudo retener una exclamacion sobre su belleza.

Era, en efecto, la mas linda aldeana que se puede ver; una de esas francas y opulentas naturalezas, que como las frutas y las flores, parecen compuestas de sol, savia y rocío. Espesos cabellos blondos caidos sobre sus hombros, grandes ojos azules dulces como los de una vírgen, carnes blancas y rosadas con un reflejo de oro bruñido, boca húmeda y encarnada, como una granada entreabierta, talle á la vez flexible y vigoroso apenas contenido en el justillo de paño. Tal era la *gwerchez*.

Se habia puesto, para el bautismo de su hermanito, su cofia de muselina adornada de encajes, su corpiño negro, verde y granate, guarnecido de cintas y terciopelo, un delantal encarnado, con dorados en el cinturón; su basquiña de paño con sus mil y un pliegues, sus medias azules con cuchillas de color de escarlata, y sus zapatos redondos con lasos de seda.

La profetiza habia venido á herirle en este traje, como á una víctima adornada para el sacrificio.

Adivinamos sin trabajo que el desposado amenazado como ella era el *paotr* arrodillado á sus piés, jóven tambien, fresco y rubicundo como ella, pero de una fisonomía mas que sencilla.

No encontraba otro medio de consolar á Ana Maria, mas que el de llorar con ella, estrechándole y retorciéndole las manos, como si hubiese querido dislocárselas. El dolor del pobre jóven no era menos sensible en su impotencia.

—Por San Herbot! gritó al fin, sollozando mas alto que Ana Maria, qué os ha dicho, pues, esa condenada Margarita?

—Ah, Gildas Favennek! respondió la jóven, me ha dicho que si me casaba con vos, *veria el dia de mis bodas la cierva blanca de Santa Nennoch.*

Y el alma de Ana Maria pareció escaparse de sus labios con estas extrañas palabras.

Dichosamente para nuestra curiosidad, Gildas no estaba mas enterado que nosotros.

—Y qué significa, replicó, esa cierva blanca de Santa Nennoch?

—Cómo! no sabeis eso, desgraciado? Pues sabed que hay mas de mil años, el rey de este país se llamaba Erech. Una princesa de la Gran Bretaña vino á encontrarlo, y le pidió permiso para fundar un monasterio

en sus dominios. Se lo concedió, y este fué el primer convento de mujeres de la Armórica; se llamó Land-Nennoch, del nombre de la Santa. Por entonces el rey Erech, yendo un día de caza, acosó tan vivamente á una cierva blanca, que el pobre animal se refugió en la pequeña iglesia donde Nennoch oía la misa, y fué á caer á sus piés medio muerta de cansancio. Los perros se detuvieron delante del santo lugar, aullando con furor, sin atreverse á penetrar en él. Erech, admirado, se baja del caballo, entra en el santuario, y encuentra allí á Nennoch, con la cierva sobre sus rodillas y siguiendo cantando el oficio con sus hermanos. Reconoció que el dedo de Dios la habia conducido allí: hizo una retirada de ocho dias en el convento, donó al despedirse grandes propiedades, cuyos títulos depositó sobre el altar con un cáliz y una patena de oro. (1) Pues bien, prosiguió la jóven, aun cuando haya de esto mil años, la cierva blanca existe todavia, recorre la Bre-

(1) *Hasta este punto la historia confirma la leyenda; ella cita aun el acta de donacion de Erech á Santa Nennoch, conservada en los archivos eclesiásticos. La imaginacion bretona ha hecho lo demás.*

taña á la caída del día; es inútil que las trompetas suenen á su alrededor, que los perros le enseñen sus dientes, que los cazadores le lancen sus tiros; hombres, animales ni plomo, le hacen mas daño que si todavía reposase en las rodillas de la santa.—Y los desposados que la ven el día de sus bodas, están seguros de morir en la noche.

—Seguros! seguros!... balbuceó Favennek: estais vos misma bien segura de ello? Porque en fin, por qué eso?

—Ah! porque.... porque mi madre me lo ha dicho, á quien se lo habia contado mi abuela, á esta mi bisabuela, y así sucesivamente!

Gildas no encontró nada que objetar á tan poderosas razones. Participó de buena fe del terror de Ana María, y púsose á derramar con ella abundantes lágrimas.

—He aquí, dije á Roberto, marcadas las supersticiones bretones! Se parecen á las malas yerbas: mientras menos raíces tienen, son mas indestructibles!

—Así, mi pobre Gildas, añadió la *gwerchez*, enjugando los ojos con la punta de su delantal, no debemos pensar en casarnos.

Nosotros deploramos sinceramente al infortunado *paotr*; porque Ana María pareció sacar de esta despedida el consuelo de su

dolor, y decirse, mirando la estuperfacta cara de Gildas:

—Buen consuelo es para cualquiera desgracia.

—Creo que tenemos á la vista, murmuró el conde, una nueva edicion de la *Matrona de Efeso*.

Favennek, sin embargo, no se dió por derrotado. Viendo á la jóven levantarse, la asió de las manos.

—No desposarme, yo que he roto tres pares de zuecos viniendo á veros desde Locmené á Moustoirac, yo que os he comprado tantas cruces y sortijas de plata; que hace un año os sigo á todas las ferias, os doy el brazo en todas las misas, os hago bailar en todos los *pardones*, os llevo á todos los grandes acarreos y os cubro de cintas todos los agostos! No, no, es imposible Ana María! Si vemos la cierva blanca de Santa Nennoch, la cogeré por las orejas y la arrojaré en los estanques de Kerlenn.

La linda *gwerchez* tembló de nuevo; y mas ágilmente que la misma cierva blanca, puso un monton de gavillas entre ella y Gildas. Pero él la retuvo todavia por el extremo del delantal, y le cantó con voz temblorosa el *sonnen* (1) cuya traduccion dice así:

(1) Diverruzod, *divertidores, cómicos ambulantes, saltimbanquis.*

«Aunque tuviese tantos miles escudos
«como el Sr. de la aldea, si aunque pose-
«yese una mina de oro, sin tí, hermosa jó-
«ven, sería pobre.»

«Aun cuando creciesen en el umbral de
«mi puerta hermosas flores de oro, en vez
«del verde lecho, y tuviese llena de ellas
«mi choza, poco me importaría sin mi dul-
«ce bien.»

«Cada cosa en su lugar: el agua corre de
«la fuente; el agua descende á lo profundo
«del valle; el fuego se eleva y sube hasta el
«cielo.»

«La paloma pide un nido bien cerrado,
«el cadáver, una tumba y el alma el Parai-
«so; y yo, cara amiga, vuestro corazón.»

Enmudecimos al oír una súplica tan sen-
cilla. Ana María experimentó sin duda la
misma sensación, porque al huir derribó
á Gildes de un puñetazo, —lo que es el mas
grande favor entre enamorados bretones.

El *paort* se consideró tan dichoso que pro-
metió á la jóven, venir á buscarla con su
mejor caballo para conducirla al bautismo.

—Y despues, añadió, nos iremos á ver los
diverruzed (1) que llegan esta noche á Mous-
toirac, para el *pardon* de pasado mañana.

(1) Isla de los frailes, una de las islas del
Morbihan.

Esta égloga nos habia cautivado sin instruirnos. Proseguimos pues nuestro camino en busca de la profetiza, — reservándonos el volver tambien nosotros, á ver la entrada de los saltinbanquis en el lugar.

IV.

EL NIÑO PERDIDO.

Conviene decir, como pronto veremos, que Margarita Trevihan, llevaba este nombre de profetiza como un título de honor, y que nadie en el 'país la confundia con los mágicos y hechiceros; se la creia en relaciones, no con el diablo, sino con el buen Dios, y sus predicciones eran tanto mas veneradas, cuanto que ella se hubiera avergonzado de hacer de ellas una mercancía. Era una mujer honrada, viuda de un trabajador acomodado, y que solo los pesares habian su-

mido en el aislamiento y la superstición. Fuera de su idea fija, y de su odio contra los Kerias, no habia persona mas sensata, pacífica ni caritativa. Su pan era el alimento de todos los pobres, y su casa servia de abrigo á cualquiera que le faltaba.

La dificultad, no era, pues, ser bien recibidos, sino la de llegar hasta ella. Nos extraviámos veinte veces antes de llegar á su morada. Ocupaba el centro de un verdadero laberinto de ramas, arenales, bosques y caminos profundos. En el espacio de quince años, ni una podadera habia tocado á sus árboles, ni una guadaña á sus praderas, ni un arado á sus cercados; de suerte que era menester deslizarse como un animal salvaje á través de esta floresta vírgen. Nada, sin embargo, mas pintoresco, nada mas admirablemente salvaje, que esta fuerte naturaleza abandonada á sus caprichos. La última senda, por ejemplo, se perdia como un fresco abismo entre dos murallas de yedra y musgo, bajo un arco de follaje, lleno de cantos de pájaros y embalsamado de madre-selvas, que el sol atravesaba á penas. Creíamos descender debajo de tierra y ganamos una magnífica perspectiva.

Arrimada á la colina que atajaba el camino, la cabaña de Margarita miraba al poniente. Figuraos un nido de águila entre

rocas y flores, todo lo que la primavera hace brotar de árboles frondosos, de plantas olorosas, de yerbas húmedas, corolas perfumadas adornaban la pared, guarnecian las ventanas y tapizaban el pavimento. En frente, reposaba un estanque debajo de un millar de flores acuáticas; á la izquierda se despeñaba un torrente espumoso de cascada en cascada; á la derecha, un antiguo encinar levantaba hasta el cielo sus copas gigantescas; á lo lejos la vista se perdía en un Océano de frescos matorrales, verde trigo y dorado mijo, que el sol alumbraba entonces con sus últimos rayos.

Roberto confesó que no habia visto cosa mas deliciosa en Suiza ni en los Pirineos.

Buscábamos en vano á Margarita Trevilian, cuando la divisamos en lo alto de un dolmen con los brazos extendidos hácia el sol. Se hubiera creído una sacerdotisa de la isla de Sein, haciendo una mágica conjuración.

Acabó de balbucear algunas palabras ininteligibles, y despues nos saludó con una amable gravedad, introduciéndonos en su casa.

El mismo desórden presentaba interior que exteriormente. Una cama deshecha y revuelta; armarios entreabiertos; un baul cargado de libros viejos; pan bazo, unos pañales y leche cuajada sobre la mesa; unas

yerbas secas en las vigas del techo, y encima de la chimenea, reliquias de piadosas imágenes

Un solo mueble sobresalía entre los demás por el brillo de su limpieza. Era una cuna de varetas de encina, con su colchoncito, sus sábanas blancas y sus cortinas de lana verde, como para recibir un hijo querido.

No pudimos mirar sin emoción este último tesoro de la pobre madre, y nos sirvió de transición á las preguntas que queríamos dirigirle.

Margarita las adivinó sobre nuestros labios con el apresuramiento de los desgraciados que aman su dolor.

—Sí, señores, dijo sentándose cerca de la camilla (y su voz, su fisonomía, sus maneras se volvieron tan dulces cuanto terribles habían sido en Kerlenn).—Sí, señores, os he visto en la granja, y quereis saber por qué he maldecido al recién nacido de Juana y los desposorios de Ana María. Ay de mí! No deseo otra cosa que contaros esta historia, que repito todas las noches, hace tantos años, á este crucifijo y esta cuna, al pájaro que canta, al viento que pasa, á la hoja que cae, á todas las flores del buen Dios que se abren, cuando mi corazón solo no se abre mas.

La anciana permaneció algun tiempo con los ojos abiertos, secos y fijos, sumida en sus recuerdos como en el fondo de un abismo.

—Aquella empieza, añadió sin levantar la cabeza, en el dia en que el buen Dios me dió un hijo. Tenia entonces mas de treinta y cinco años, y mi matrimonio era bendecido por la primera vez. Figuraos la alegría que habia aquí! Era como casa de Juana esta mañana. Yo reposaba en esta cama, y esta cuna estaba allí! Jamás habeis visto un niño tan hermoso, caballeros. Estaba de ello muy orgullosa, y el cielo castigó mi orgullo.

“Me levantaba cien veces al dia para admirar á mi Pablo. Una noche quise admirarlo todavia. Le oia reir con los ángeles; cómo no ir á mirarlo? Lo miré tan largo tiempo, que se apoderó de mi cuerpo un frio calenturiento. Era una fria noche de primavera. El dia siguiente tenia una enfermedad mortal.

Fué necesario renunciar á la crianza de mi hijo y cederlo á otra madre. En aquel tiempo era la mujer mas pobre del canton, mi marido tenia un padre avaro, cuya muerte no le habia enriquecido todavia, y yo no le habia llevado en dote mas que mi belleza, que me habia valido el sobre nombre de Rosa de Moustoirac.

Sin duda sabreis, caballeros, que en nuestra antigua Bretaña, el niño que pierde una familia encuentra diez. El señor rector llamó á todas las piadosas mujeres del lugar cerca de mi lecho de dolor. Juana Kerias vino de las primeras.

—Amigas mias, les dijo el hombre de Dios, teniendo á mi Pablo en sus brazos, vosotras sabeis el uso cristiano de nuestro país. Ved un hijo sin madre, es menester que le sirvais de tales hasta la curacion de Margarita. Si alguna de vosotras es bastante rica y bastante libre, se encargará sola de esta buena obra. Si no, la dividireis entre todas. La una tendrá al huérfano en su casa y las otras vendrán á su turno á darle su leche y prestarle sus cuidados.

He aquí lo que respondieron á la invitacion del rector. Todas se disputaban mi hijo. Se hubiera creido el juicio de Salomon. El pastor hizo como el santo rey. Cada una recibió una parte del tesoro que yo perdía. Esta debia guardarlo de dia, aquella de noche. Las unas se ocuparian de sus vestidos, las otras de su alimento. Juana fué la que se lo llevó á su casa, como la mas jóven y menos cargada de familia.

Juana, en efecto, no tenia entonces ^{mas} que diez y siete años, y su hijo mayor ^{de} ó tres meses. Todavía la veo cerca de ^{esta}

cuna. Tenia á Ana Maria en uno de sus brazos, puso á Pablo sobre el otro y se lo llevó sonriéndose. Yo lloraba como una loca, y sin embargo no temia nada. Juana estaba tan linda, tan buena y tan contenta! Se parecia á la Caridad en persona.

Estuve un mes entre la vida y la muerte. Todas las mañanas Juana me traia á besar á mi hijo. Su sonrisa era mi primer rayo de sol y me animaba para todo el dia! Aquello fué lo que me salvó, señores: porque todas las noches mi alma estaba próxima á partir; pero yo me decia:

—Si muero esta noche, no abrazaré mañana á mi Pablo; y mi alma permanecia hasta el otro dia para reanimarse sobre sus labios.

«Una mañana, qué golpe, Dios mio! Juana entró sin mi hijo. Estaba enfermo con Ana Maria. Pasé ocho dias sin verlo. El dia noveno, Juana no pareció. Permanecí hasta la noche desvanecida; pero estaba escrito que no moriria!

«Cuando volví en mí, mi marido me dijo que Pablo se habia salvado. Habia hecho con Juana una peregrinacion á San Nicodemus en Plumeliau.

«Es necesario deciros, que la capilla de S. Nicodemus es la iglesia mas hermosa de estos cantones, solamente viéndola po-

dreis formaros una idea. Nuestros aldeanos conducen allí sus hijos y sus ganados enfermos. No os sonriais, caballeros, estos son los tesoros de las cabañas. Los ganados adornados de cintas y hojas verdes, son conducidos en procesion, al ruido de los tambores y las gaitas. Si sanan, sus primeras crias se ofrecen en accion de gracias al bueno de S. Nicodemus. En cuanto á los niños se les lleva á la fuente del patron, y se les moja tres veces en el agua saludable.

«Así pues, esto fué lo que Trevihan y Juana habian hecho de Pablo y de Ana María; y para asegurar mejor su mutua curacion, habian desposado á los dos niños al pié del altar, jurando, en su nombre, consagrar su primogénito á Dios, en el sacerdocio ó en la religion.

«Yo confirmé con alegría el voto que me volvía á mi hijo, y su vuelta á la vida trajo tambien la mia.

«Cinco años de dicha pasaron. Mi familia y la de Juana formaban una sola. Pablo y Ana María crecian en fuerza y en belleza, ya los dos iban y venian de aquí á Kerlenn, y guardaban nuestras vacas en las dehesas, cantando canciones bretonas. Habia sobre todo una plegaria á nuestra Señora, que mi Pablo recitaba como un querebin. El solo la sabía en el mundo, porque

yo la habia compuesto expresamente para él. A decir verdad, prosiguió Margarita, cuyos ojos empezaban á extraviarse iluminándose, la buena Vírgen en persona era quien me habia enseñado esta plegaria en un sueño, y yo queria que mi hijo guardase para él solo las gracias que podia acarrearle. Le habia hecho jurar la recitaria toda su vida, mañana y tarde, en cualquier situacion que se encontrase. Mirad, señores, el lugar donde juntando sus manecitas, se dirigia á la madre del Salvador.

Y arrodillándose á la cabecera de la cuna, delante de una Madonna, colgada en la pared, la anciana salmodió lentamente estas palabras.

O werc'hez vara bénéguet.
 C'huizo guet enn oll inhouret;
 En dud, er sent, ag en elé,
 E gan hou mélodí bamde.

A p'am bou en doar goal affer,
 Ni hum bou chonche ag hou pouvoër:
 Ni a oulennon hou sicour
 Hum face distroeit d'oh hou tour.

Présantet de Zoué, hun mam kaër,
 Dévotion tud er harter;
 Pe bedant Doué ar hou deulinn
 Dirac hou tour noz ha mitinn.

«Oh Santa Virgen, bendita de Dios, el universo os honra; los hombres, los santos y los ángeles entonan todos los días vuestro cántico.

«Cuando nos sucede una gran desgracia, pensamos en vuestro poder, y el rostro vuelto hácia la torre de vuestra iglesia, imploramos vuestro socorro.

«Presentad á Dios, oh Madre de belleza, los votos de las gentes de nuestro país, cuando de rodillas ruegan á Dios tarde y mañana, el rostro vuelto hácia la torre de nuestra iglesia.»

No podré decir cuán conmovidos estábamos; Margarita se levantó y añadió con una exaltación creciente:

—Mi Pablo tenía pues cinco años. Qué hermoso estaba, el domingo, con sus polainas bordadas, sus anchos calzones, su camisolín azul, y su sombrero adornado con una pluma de pavo real! Pero todo esto no era nada comparado con sus cabellos, sus largos cabellos de oro rizados, eran como los rayos del sol, se les hubiera tomado para hacer una aureola al niño Jesús que está en el tabernáculo. Cuando pasaba mis manos por entre ellos, mi corazón palpitaba de alegría. E iba á perder todo esto, Dios mío!

«Escuchadme bien, señores, y juzgad si puedo maldecir á Juana y sus hijos! El pa-

dre de mi marido murió en Yzennah (1), y fué necesario ir, Trevihan y yo, á recoger nuestra herencia. Hacia un fuerte temporal de otoño, uno de esos temporales en que los marinos gritan al doblar nuestros cabos: «Tened piedad de nosotros, Señor! porque nuestra barca es tan pequeña, y vuestro mar tan grande!» Yo queria quedarme aquí con Pablo; pero todo lo que pude obtener de mi marido, fué el que no arrostrase la tempestad con nosotros; le volví pues á entregar á Juana por segunda vez.

«—Guardadle bien, le dije al partir; no lo dejéis solo á la hora en que las *korrigans* y los *poulpiquets* salen de sus guaridas para vagar alrededor de las cunas!

«Estuve quince dias ausente, y volví rica, rica para cubrir á mi Pablo de paño fino, de bordados y cruces de oro. Yo lo veia grande y casado, á la cabeza de una hermosa granja, con el establo lleno de bueyes, sus colmenas de abejas, sus graneros de trigo, y de dinero sus armarios.... Llevaba su esposa, Ana Maria, unos terciopelos y encajes de Vannes, capaces de engendrar la envidia en todas las casadas del canton!

(1) Isla de los Frailes, una de las islas del Morbihan.

«Ay de mí! Ana Maria estaba allí, pero mi Pablo había desaparecido!... Juana huyó á mi aproximacion.... Adiviné mi desgracia, y caí como herida del rayo.»

Margarita se inclinó sobre sí misma, y una gruesa lágrima rodó de sus secos ojos. Los dolores agudos que esta lágrima encerraba son imposibles de describir.

—Ved aquí cómo había sucedido, añadió haciendo un esfuerzo. Una noche, olvidando su promesa y mis recomendaciones, Juana había dejado su hijo y el mío solos delante de su puerta; oyó un agudo grito y volvió con presteza.... pero era demasiado tarde! Una mujer que pareció salir de la tierra, se había lanzado sobre Pablo y se lo llevara á los bosques....»

—Y fué imposible encontrarla? exclamé.

—Me preguntais eso, replicó la anciana, á mí que la busco hace quince años!

—Quién era, pues, esa mujer? replicó el conde de S...

Aquí la fisonomía y la voz de Margarita cambiaron bruscamente. La madre cedió su lugar á la inspirada. Reconocimos la profetisa bretona con todas sus supersticiones.

—Esta mujer... no lo era, señores, era una *korrigan!*

Al pronunciar esta palabra terrible, se enderezó como un espectro; fué á cerrar la

puerta de la cabaña, se persignó tres veces con el agua bendita, y volvió el Cristo y la Madonna contra el muro, para que no oyesen las cosas que iba á contar.

—Escuchad bien esto, dije á Roberto en voz baja, vais á saber lo que hay de mas curioso y popular en las tradiciones morbihanesas. La mayor parte de las madres, en veinte leguas á la redonda, hablarían en este caso como Margarita.

—Vosotros no énoceis, señores, continuó la anciana fascinándonos con su penetrante mirada, no conoceis las *korrigans*? Estas son las hadas ó genios de las aguas, madres y mujeres de los *poulpiquets* que son los enanos ó genios de la tierra. Las *korrigans* habitan las fuentes y los lagos; y los *poulpiquets* en los dolmens. Reinan juntos en todos los lugares de donde la Santa Virgen no los ha expulsado. Ellos son los que revelan á los malos hechiceros los secretos del diablo. Toman todas las formas de los animales, aun la forma humana; y viajan como el relámpago de un extremo del mundo al otro. Las *korrigans* tienen unas voces encantadoras, y peinan todas las noches sus blondos cabellos, cantando fuera de las aguas. No se aparecen nunca de dia, porque la luz las vuelve viejas y arrugadas, como los ángeles caidos. Son grandes princesas, ó

sacerdotisas galas, que no han querido hacerse cristianas cuando los apóstoles plantaron la cruz en este país. Ved aquí por que aborrecen nuestra santa religion y persiguen á sus hijos. El agua bendita, el sonido de las campanas, la vista de los sacerdotes, las ahuyentan; aquel que enturbia sus fuentes ó quiere robar sus tesoros, escondidos en los *cromlec'hs* está seguro de morir muy pronto si nuestra Señora no lo socorre.

Ellas quieren sobre todo los niños hermosos y los roban para perpetuar su casta maldita; porque los *poulpiquets*, sus hijos y esposos, son unos enanos horrendos, negros y velludos, armados de garras de gato, cuernos de cabron y alas de murciélago; embusteros por otra parte y astutos como verdaderos demonios; sus pequeños ojos brillan en la sombra como unos diamantes, pero su voz es cascada como la de los viejos. Son monederos falsos y hábiles falsificadores, y disponen de todas las riquezas de la tierra, llevan constantemente una bolsa de cuero llena de oro; danzan por la noche alrededor de los dolmens que sus padres edificaron cantando: "Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes;" pero se guardan de añadir; sábado y domingo, porque el sábado es el dia de la Vírgen, y el domingo el del Señor. No menos impios que sus ma-

dres, van á boca de noche, á hacer gestos y dar carcajadas al rededor de las cruces del camino real. Ellos son los que producen en el aire todos los ruidos que se oyen durante la velada; se llaman gritando, hacen rechinar las veletas, aullar el viento, murmurar los arroyos y gemir los árboles. Desgraciado el pastor que se deja engañar por el son de sus campanillas, corriendo tras de sus cabras descarriadas! Desgraciada de la jóven que vuelve demasiado tarde de los *pardones* ó de los sitios donde se hila el cáñamo! los enanos se arrojan sobre ellas y le devoran el cuello con besos espantosos. Desgraciado sobre todo el viajero extraviado que los encuentra en el arenal ó en lo profundo de los caminos! hierven al rededor de él sobre todas las ramas y tallos de las yerbas; lo arrastran y lo rodean en su ronda infernal y le hacen danzar hasta que muere de fatiga, á menos que tenga tiempo de hacer la señal de la cruz. Para preservarse de los *poulpiquets*, es menester colocar, al acostarse, delante de la cama una vasija llena de mijo; si los enanos se acercan, lo trepan, y están obligados á recogerlo grano á grano durante toda la noche (1).

(1) *Todo se comprende y se asemeja en la historia de los pueblos. A través de estas sencillas creencias de nuestros bajos bretones,*

«A la caída del día es cuando las *Korrigans* se deslizan cerca de las chozas, van de puerta en puerta bajo la forma de pordioseros y si ven una cuna sin madre, agarran al niño y se lo llevan; frecuentemente dejan en su lugar uno de sus disformes enanos, como hicieron casa de Marta Govic y casa de Catalina Kloar.

«Marta Govic era una jóven de Bademat que tenia un niño hermoso como un ángel. Una noche despues de haberlo dejado un instante, volvió á entrar para darle de mamar..... pero sintió como unas ventosas que le arrancaban el pecho, y reconoció un *poulpiquet* con los ojos de serpiente y las garras vellosas, que chupó con su hocico de vampiro hasta la última gota de su sangre.

Catalina Kloar fué mas dichosa y mas hábil. Todas las comadres de San Nolf os con-

quién no reconoce la Diosa Gau de que habla Tácito, — la Korid — Gwen de los Bardos, Galos y Cambriens, — las sirenas de la mitología griega, — el Gigon de los Tirios y Fenicios, — los genios de la India, de la Escocia y de la Irlanda, — los Zombis de la América, — los Elfes de la Germania — los Omdins Scandinavos y otras mil tradiciones diversas? Esta analogía se concibe, dice M. de Chateaubriand; las poesias populares son la imágen de la naturaleza, cuyo tipo se encuentra grabado en el fondo de las costumbres de todas las naciones.

tarán su historia. Era una madre indolente, que no conoció que le habian cambiado su hijo y continuó criando un malicioso *poulpiquet*. Pronto conoció que no crecia mas que en malignidad; en lugar de guardar las vacas, les clavaba espinas en la cola y reia como un loco al verlas sacudirse; denunciaba á todas las jóvenes que esperaban á sus amantes detrás del muro de la granja. Catalina se desconsolaba demasiado tarde, y decia á su marido, por las noches, en el rincon del fuego: «Nuestra Señora nos asista, este demonio no es nuestro hijo; es demasiado pequeño de cuerpo y muy fino de espíritu.» Kloar sacudia su pipa y no respondia nada. Catalina se aseguró en fin de la verdad; partió cien huevos y colocó los cascarones delante del hogar, como unos clérigos en sobrepelliz en la procesion del Corpus; despues se escondió para escuchar al enano. «Qué es esto? murmuró él; yo he visto la bellota antes de ver la encina, el huevo antes que la gallina, pero nunca he visto una cosa como esta!» Estas eran ciertamente las palabras de un *poulpiquet*. Catalina no tuvo pues ninguna duda; ella y su marido empezaron desde entonces á azotar al enano hasta hacerle saltar la sangre. Pero un dia que iba á perecer á fuerza de golpes, la *korrigan* entró en la casa, trayen-

do de la mano el verdadero niño: "Volvedme mi hijo, dijo, ved aquí el vuestro, ya veis que no le he hecho ningun mal." Catalina recobró su tesoro y lo guardó en adelante dia y noche.

"Ay de mí! continuó Margarita, yo he hecho tambien cuanto he podido para recobrar el mio. No teniendo un *poulpican* á quien azotar, he arriesgado mi alma y la de mi pobre marido, que está ahora delante de Dios, llevando ofrendas á todas las piedras y fuentes: he arrojado alfileres de oro á las *horrigans* y he ido á danzar con los *courils* sobre las alturas; les he prometido criar uno de ellos como á mi hijo, acostarlo en la cuna de mi Pablo, que preparo todas las mañanas hace quince años. Nada ha podido arrancar al dulce ángel de los subterráneos que lo aprisionan, nada ha podido reparar el crimen de Juana!"

"Y ved aquí por qué mi venganza la perseguirá siempre, por qué he consagrado su recien nacido á las *korrigans* y maldecido los desposorios perjuros de Ana María!"

Tal fué la narracion de Margarita. A las últimas palabras calmó su exaltacion y se sentó inanimada cerca de la camilla.

Cuando volvió en sí hicimos inútiles esfuerzos para desengañarla de su error, y persuaditle que las *korrigans* no existian

mas que en su cabeza enferma; - que algun dia volveria tal vez á encontrar á su hijo, robado sin duda por algunos malhechores.

Nuestras razones no sirvieron mas que para redoblar su locura, y nos dejó con un verdadero furor profético, para ir á repetir sus conjuros contra Juana.

La encontramos al salir, de pié sobre el dolmen, sueltos al viento sus cabellos grises, lanzando hácia todos los ángulos del cielo palabras formidables. Parecia rodeada de fantasmas evocadas por su cólera.

—Juana tiene ocho hijos, gritaba, de ocho le quedan en siete, de siete en seis.... de uno en nada: Juana no tiene mas hijos; como yo! como yo! como yo! Despues arrodillándose decia: Oh! San Lorenzo, tú que quemas y sanas las quemaduras, y tu hijo que Dios curó de ellas con una hoja de laurel, yo os imploro hoy; curad la quemadura de mi pobre corazon.»

Era un cuadro capaz de desgarrar el alma. Nos alejamos poseidos de terror y piedad.



V.

EL SALTIMBANQUIS.

Teníamos necesidad de una diversion; lo encontramos pasando á Moustoirac para volver á entrar en Kerlenn. Todo el lugar estaba reunido á la claridad del crepúsculo. Las mujeres estaban en las puertas con sus hijos en brazos, los labradores que volvian del campo detenian los bueyes. Los pastores y los perros se llamaban con gritos de alegría. El aire resonaba con el ruido de los pífanos y el redoble de los tambores.

Eran los *diverruzed* anunciados por Gildas que hacian su entrada en Moustoirac.

Este espectáculo bastante raro en Bretona, excitó nuestra atencion como la de los aldeanos. Esta página del *Romancero cómico* trasportada al interior del Morbihan, este

salvajes de la civilizacion, delante de los salvajes de la naturaleza, eran verdaderamente curiosos de ver. Contamos diez ó doce, hombres y mujeres, padres é hijos, todos cubiertos de oropeles y lentejuelas, precedidos de gigantescos cuadros que les servian de muestras, y seguidos de un ancho carricoche que conduce eternamente sus penates sin patria. El jefe de la banda estaba horroroso, bajo su ropaje torcido por sus músculos de acero, con su penacho de plumas flotantes, su espesa barba sobre su pecho y sus feroces ojos sombreados de espesas cejas. Los demás daban compasion, por su degradacion precoz, ó su belleza marchita.

Juzgad pues de nuestra admiracion cuando en medio de estos seres embrutecidos, distinguimos la mas hermosa criatura que se puede ver. Era un jóven de veinte años, con las proporciones de una estatua, rasgos puros y varoniles, andar majestuoso, fisonomía encantadora, y largos cabellos rubios flotando sobre la espalda. Se hubiera tomado por el Apolo de Belveder en medio de la corte de Vulcano. Marchaba el último, conduciendo un niño enfermo, y llevando con indiferencia un traje de alcides.

Rechazó con una sonrisa altanera nuestras muestras de admiracion; pero enrojeció de placer á los cuchicheos de las mujeres. Aun

se detuvo enmudecido delante de un escuadron de jóvenes montadas á la grupa detrás de los *paotred*, y lo vimos lanzarse como el relámpago hácia uno de ellos cuyo caballo asombrado se desbocaba. Detener la bestia encolerizada, levantar al poco diestro caballero, colocar la *gwerchez* en la silla, todo esto fué ejecutado con una fuerza y destreza maravillosas.

Me acerqué vivamente con Roberto y reconocimos á Ana Maria y su desgraciado amante que volvian del bautismo con todos los *kerias*.

El pobre Gildas, confuso con esta aventura, habia perdido la cabeza al mismo tiempo que su sombrero, y la joven, encarnada como una cereza y mas bella que nunca, no sabia cómo dar gracias á su salvador.

Este tenia todavia en la mano su delantal y se lo presentaba devorándola con los ojos. Mientras ella lo recobraba, él cortó un pedacito de la cinta de terciopelo y la ocultó en su pecho....

No fué notado esto mas que de nosotros y Ana Maria; ella no se atrevió á mirar al hermoso *diverruz*, pero nosotros le consideramos con doble interés.

Decididamente este joven no era lo que aparentaba, y resolvimos tener la clave de este enigma.

Faimos á acostarnos á Kerlenn. Nuestro huésped no nos hubiera perdonado el rehusar *su cuarto de honor* que ocupaba todo el primer piso de la granja. Encontramos la familia algo repuesta de las amenazas de la profetisa. Habiendo el bautismo seguido á la maldicion sobre la cabeza del niño, esperaban que la gracia del buen Dios sería mas poderosa que la venganza de una criatura. No hablamos pues de Margarita mas que para acabar de tranquilizar á los Kerias. Menos fácil de calmar era Ana Maria, que no podia olvidar la cierva blanca, y sobre quien el *diverruz* habia obrado como la serpiente sobre Eva. Consintió, sin embargo, en fijar sus desposorios con Gildas para dos dias despues, las amonestaciones para el domingo, y las fiestas para de alli á quince dias. José Kerias era inclinado á esta union y se burlaba de la cierva de Santa Nennoch.

«Si Gildas es pobre de espíritu, decia, es rico de escudos.» Esto bastaba al buen hombre.

Se concibe que fuimos invitados á todas las ceremonias y que aceptamos con trasporte, despues de lo cual fuimos á soñar con Margarita y el *diverruz* en el Océano de plumas de que habian llenado nuestra cama de honor.

El dia siguiente buscamos en vano al

hermoso alcides en medio de los preparativos de sus cofrades.

—Bah! nos dijeron con desprecio estos últimos, Sanson es un caballero, que no trabaja mas que delante del público y para la gloria. Corre el campo con el pequeño Rafael, el hijo del patron. Le encontrareis extasiado delante de algunas flores de retama ó escaramujo.

Estas palabras no hicieron mas que aumentar nuestro interés. Mientras mas despreciaba el *diverruz* á sus compañeros, mas adelantaba en nuestra estimacion; preguntamos á la *esposa* del empresario, á quien gustaba mucho charlar.

—No sé quién es Sanson, nos dijo; nosotros lo hemos adquirido de una compañía que lo habia recibido de otra; á fe mia, que bien nos ha costado diez escudos. Estaba ya encantador como lo veis, con sus cabellos de oro sober la espalda, y altanero! Ah! no se le podia tocar! No hemos podido nunca dislocarle los brazos y piernas; ha pasado un mes sin dormir de miedo de que se los *desarticulasen* durante su sueño. Ved aquí un donoso carácter!

Nos estremecimos horrorizados. La mujer prosiguió tranquilamente:

—Entonces le hemos dado el papel de alcides, y vereis cómo lo desempeña! ¡Ninguno

da tanto producto como él á la compañía. Este primer galan es nuestra fortuna; pero no hay medio de pedirle otra cosa que sus juegos y sus equilibrios. Una vez echado el telon huye de nosotros como de unos leprosos, come aparte, pasea á mi hijo, que es un niño mimado; nada de bebida! nada de malas palabras! nada de libertinaje! En fin, todos estamos admirados, palabra de honor! Este santito entre aquellos libertinos, es como un ángel en el infierno, sin comparacion, gritó aquella furia dando una gran carcajada.

—Ahora voy á contaros, añadió, por qué lo hemos llamado Sanson. Tenia, pues, esos cabellos que cuida como una jóven. Mi marido quiso un dia cortárselos; huyó á todo correr y no volvió mas que para vivir sin mendigar, que es una de sus manías; volvió á emprender esta fuga diez veces; tanto que mi marido renunció de su idea; pero se consoló llamándole Sanson. Sabeis, concluyó con aire de suficiencia, la historia de Sanson y de *Dalhia*.

Nosotros deseábamos volver á encontrar al personaje; pero corrimos toda la campiña sin divisarlo. Nos volviamos al fin, desanimados, por Moustoirac, cuando percibimos, á la caída de la noche, un hombre en blusa, apoyado sobre un árbol enfrente de la iglesia.

Reconocimos el *diverruz*; estaba tan absorto en su contemplacion que no nos vió al pronto. Contemplaba la capilla, con los brazos colgando, el corazon oprimido de suspiros, y los ojos anegados de lágrimas.

El pequeño Rafael, sentado á sus piés, jugaba con un racimo de selvas encarnadas.

No nos atrevimos á dirigirle la palabra; pero oyó nuestros pasos y enjugó bruscamente sus lágrimas.

—Ah! murmuró con voz amarga, estos caballeros miran al titiritero. Lo encuentran hermoso á la vista!

—Saben que es degraciado, y vienen á consolarlo, dije yo adelantándome.

Sanson se estremeció y me alargó la mano. Seais mil veces benditos, dijo; sois los primeros que me hablan así.

La confianza estaba desde entonces establecida entre nosotros.

—Conoceis este país, señores? añadió el *diverruz*; ha estado siempre tal como se halla ahora?

—Siempre, por qué esta pregunta?

—Ah! es que hay en esta campiña, en esas cabañas, en este aire embalsamado, en esta iglesia sobre todo, mil cosas que me recuerdan mi infancia, y que me conmueven hasta el fondo del alma!

Me acordé de Margarita, y tuve un presentimiento extraño.

—Sois tal vez de este país? qué edad tenéis? exclamé vivamente.

—Tengo veinte y dos años, y he nacido en Flandes, respondió Sanson.

—Estais bien seguro?

—Muy seguro; mi único amigo, mi primer patron, me lo ha asegurado.

—Mi ilusion se desvaneció como el relámpago. Pero no por eso escuché al jóven con menos atencion.

—Todo lo que sé de mi historia es, que corro el mundo desde la edad de siete años. Por qué he dejado mi familia, ó por qué ella me ha abandonado? Lo ignoro. He recorrido el año pasado toda la Flandes, sin poder encontrar tan solo un nombre!

Roberto le contó lo que habíamos sabido sobre su honrosa conducta, y le preguntó por qué un hombre de corazon como él permanecia en compañía de unos viles saltimbanquis.

—Ah! sí! dijo suspirando el *diverruz*, es incomprendible! y levantando la cabeza con una admirable dignidad; pero creéis pues, añadió, que no he resuelto y tentado mil veces el arrancarme de esta miseria y de esta vergüenza? Creéis, pues, que haya palabra humana que pueda dar la menor idea de mis sufrimientos, de mis remordimientos y desesperacion?

—Razon de mas para emanciparos, replicó Roberto. Quién os lo impide?

—Este niño! este pobre niño! respondió Sanson, tomando á Rafael en sus brazos, y besando su pálida frente con la ternura de una madre; iba á escaparme, á los 14 años, cuando este niño, que tenia dos, me retuvo con sus lágrimas. No teniendo nadie á quien amar, me habia aficionado á él; era tan débil, tan dulce, y tenia tanta necesidad de apoyo! Vais á juzgar. El año siguiente fui todavia á fugarme; corro á su cuna para abrazarlo; y encuentro, adivinais á quién? á su padre y su madre armados de trabas y martillos para quebrantarle los miembros!—Era tiempo de que *trabajase!* decian, y le atenaceaban ya los piés. Hubiérais partido, señores? No; hubiérais permanecido para defender al desgraciado! Así lo hice, acordándome me habian tratado del mismo modo. Arranqué el niño de la crueldad de sus padres, y otras veinte veces he impedido su martirio, y desde aquel dia no lo he dejado nunca. Su defensa es mi vida, su salud mi consuelo, y Dios me perdonará que me condene, por conservarle un ángel; porque es un ángel, caballeros; tan bárbara como es su madre, la quiere tanto que moriria si se separase de ella. Y ved aqui porque he permanecido con él en la esclavitud,

no pudiendo decidirlo á recobrar conmigo su libertad!

Estrechamos á nuestra vez la noble mano del *diverruz*, mientras que el niño, colgado á su cuello, lo cubria de lágrimas y caricias.

—Confieso, añadió Sanson, que mi abnegacion me cuesta hoy mas que nunca! Respirando este aire puro que me dilata el pecho, admirando esta tierra que me sonrie como el pais natal, recorriendo estos campos sembrados de mijo y trigo, esos arenales sembrados de flores de oro, esas praderas cruzadas de riachuelos, esos caminos llenos de sombra y de frescura; viendo esos honrados campesinos que llevan sus cabellos como yo, por todo adorno; esos valientes aldeanos montados á horcajadas sobre sus caballos, me digo á mí mismo desde esta mañana:

—Que sería dichoso si rompiese aqui mi cadena y me ocultase en uno de esos nidos de verdura, casa de cualquier pobre familia de esas houradas gentes! Aun cuando no hiciese mas que arar, ó guardar ovejas, haria al menos, parte de la familia del buen Dios, encontraria un alma caritativa que me compadeciese, un amigo que me reconociese sin avergonzarse, y tal vez un corazon que me amase.....

Al pronunciar estas palabras, el *diverruz*

torció sus dedos sobre su pecho, y divisé bajo su blusa el pedazo de cinta del delantal de Juana.....

—Pero no debo pensar en ello, ay de mí! añadió con desesperacion; el niño no quiere dejar á su madre, y estas honradas gentes me rechazarían como á un conde-nado!

El *diverruz* se deshacia en lágrimas, y como lo que decia era demasiada verdad, nos fué imposible consolarlo.

—A Dios, Señores, dijo, dejándonos bruscamente.

Nosotros le respondimos: *Hasta la vista*, y esta palabra que comprendió, templó su dolor.

El dia siguiente, todo el mundo se encontraba reunido en la asamblea de Moustoirac. No trataré de describirla, porque el cuadro será mas completo en el grande *pardon* de Plumelin, pero contaré lo que pasó en el *diverradur* (1).

Los saltimbanquis instalados en medio del pueblo en su barraca de lienzo, tuvieron sucesivamente por espectadores á todas

(1) Los bajos bretones comprenden bajo este nombre genérico, toda especie de espectáculo, comedia, ejercicios y juegos de fuerza.

las gentes del país, y ejecutaron concienzudamente cuanto concierne á su estado. Bailaron sobre la cuerda, tragarón espadas y fuego, hicieron pantomimas, enseñaron la mujer salvaje, los albinos, el becerro con dos cabezas, etc., etc.

Cuando introdujimos á los Kerias en el anfiteatro, Sanson aparecía en escena con Rafael. Jamás el sentimiento de su humillación le había fatigado tanto. Y sin embargo estaba tan hermoso con su vestido de alces, que fué saludado con un *hurra* de admiración. No nos vió al pronto, otro objeto fijaba su atención.

Por una especie de fatalidad, veía en el cielo, por cima de la barraca, el campanario del pueblo. El testigo de su hermoso sueño de la víspera, lo era hoy de su degradación! Esta aguja inevitable le paralizaba como una espada de Damocles.

No consiguió olvidarla, mas que haciendo bailar á Rafael sobre la cuerda. Su solicitud entonces fué tal que acalló todo otro pensamiento. Las manos extendidas y los ojos vueltos hácia el niño, le seguía en sus menores movimientos, lo sostenía con la mirada, la palabra y el gesto, pronto á recibirlo en sus brazos si perdía el equilibrio y colmándolo de alabanzas y caricias al fin de cada prueba. Todas las mujeres, admiradas

de este cuidado maternal, se asociaron entre sí arrojando á Rafael una lluvia de juguetes y de dulces.

En este momento fué cuando Sanson reparó en los Kerias... Una súbita revolución se efectuó en su persona. Volvió á recobrar toda su fuerza y agilidad. Sus brillantes pupilas no dejaron un momento de mirar á Ana Maria; parecia ejecutar para ella sola sus prodigiosos ejercicios; desplegó tanto vigor y gracia, que promovió una tormenta de aplausos.

Terminó con una improvisacion que fué su obra maestra. Se trataba de desatar de un salto un ramillete de rosas colocado á diez piés del suelo, y descender á saludar al público con el ramillete en la mano: alcanzolo en medio de la admiracion general, pero descendió sin él, y se creyó errado el golpe....

El ramillete estaba en la falda de Ana Maria, donde el *diverruz* lo habia lanzado con milagrosa destreza. Todo el mundo lo advirtió bien pronto, y Sanson fué llamado en medio de triunfantes aclamaciones. Pudo creer un instante que era el rey de la asamblea, y su admirable rostro se abrió todo entero en una sonrisa; pero Rafael le recordó la realidad, cogiéndole la mano, y saludando tres veces con prontitud, desapa-

reció pintada en su rostro la desesperacion.

En cuanto á Ana Maria, su sorpresa y turbacion fueron tales, que su prometido debió sostenerla para impedir cayese desvanecida.

Unos burlones observaron entonces que los troncos del ramillete, es decir, las espinas, se habian separado de las rosas y fijado en los cabellos del pobre Gildas; esta observacion corrió de boca en boca, y los charlatanes vieron un mal presagio conyugal.....

Las desposadas debian tener lugar el día siguiente en Kellen. Conduje allí á Robert. To al medio día, después de haber pasado la mañana con el divite. Sabía que esta ceremonia ofrecía mas de un espectáculo. Yo á mi compañero.

Vimos al ~~...~~ en la labor; allí es donde se deciden todas las negociaciones en Bretaña. Los dos jefes de la familia y las dos partes fueron conducidos allí por el bar-velan, armado de su varilla de retama y calzado con sus medias encarnadas. Yo es él por menor las funciones del bar-velan, cuando recorramos á Eristant donde este papel tiene una verdadera importancia. Bastará saber, hoy, que el bar-velan es el empujador encargado de todas

VI.

CONTRATOS Y DESPOSORIOS.

Los desposorios debian tener lugar el dia siguiente en Kerlenn. Conduje allí á Roberto al medio dia, despues de haber pasado la mañana con el diverruz. Sabía que esta ceremonia ofreceria mas de un cuadro curioso á mi compañero.

Vimos al punto los contratos en la taberna; allí es donde se deciden todos los negocios en Bretaña. Los dos jefes de la familia y las dos partes fueron conducidos allí por el *baz-valan*, armado de su varilla de retama y calzado con sus medias encarnadas. Yo os diré por menor las funciones del *baz-valan*, cuando recorramos á Finisterre, donde este papel tiene una verdadera importancia. Bastará saber, hoy, que el *baz-valan* es el embajador encargado de todas

las diferencias y documentos entre los futuros y sus padres. Casi siempre es un mendigo ó un sastre; estas dos razas se han juzgado las mas propias para la diplomacia.

Mientras que Gildas hacia bien ó mal su corte á Ana Maria, sentada con la vista fija en la extremidad de la mesa, el tio Favenneck y el tio Kerias, dos hombrecillos sagaces y astutos, interesados hasta la avaricia, se instalaron gravemente el uno frente del otro, fumando y echándose el humo á la cara, bebiendo entre palabra y palabra, disputando, zurco á zurco, pieza á pieza, ochavo á ochavo, las tierras, el ganado y el dote de sus hijos. Decir las veces que la vasija del vino se llenó de nuevo, la negociacion suspendida y renovada, los campos, los muebles y los escudos, medidos, estimados y contados, sería una empresa imposible. Juzgad de la obstinacion del combate por la última escaramuza.

Todo estaba convenido y determinado. El tio Favenneck alojaria á los esposos, y les daria á cada uno, entre otras cosas, seis pares de zuecos al año.

—Pero vos pondreis los clavos, Josef! exclamó al tiempo de consentir.

—Yo no los pondré! dijo Kerias retirando su mano.

—Sí los pondreis!

—No los pondré!

—Buscad, pues, otro marido para vuestra hija!

—Dad vuestro hijo á otra heredera!

Y el matrimonio iba á romperse por algunos céntimos, si nuestra intervencion no hubiera convenido á las partes.

Roberto propuso con una seriedad cómica este término medio. Cada esposo haria herrar los zuecos por cuenta de su familia.

Y en lugar de acoger tal distribucion con una carcajada, los dos hombrecillos se adhirieron á ella con la mayor sangre fria, y se dieron por fin el apretón de manos consagrado.

Despues de los contratos en la taberna, vino la *goweladen*, revista de las propiedades respectivas. El *baz-valan* condujo por su turno á Favenneck casa de Kerias, y á Kerias casa de Favenneck. Cada cual examinó minuciosamente, y siempre entre vasos de vino, los títulos de propiedad, los muebles, los campos y los ganados del otro. Esta ceremonia fué de una simplicidad mas completa todavia que la primera. Reconocimos en toda su verdad el cuadro trazado por Mr. Souvestre (1). «Los padres de la Pen-

(1) Los últimos Bretones, edicion en 1877 página 45.

neverez toman sus mas hermosos vestidos de fiesta; se enceran las camas y los cofres de encina ennegrecida; los armarios están descuidadamente entreabiertos, y dejan percibir el lienzo amontonado, las ropas de cama expuestas á su vista, las piezas de seis libras dispuestas en pilas atractivas. Suspenden del techo las mas hermosas lonjas de tocino ahumado; dejan entreabiertos los baulés llenos de trigo; las vasijas de cobre simétricamente colgadas en los rayos de la espetera, brillan al igual del oro; los caballos, adornados de cintas como en los dias de grandes ferias de la *Mastir* ó del *cuervo del bosque* (*Folysat*) manotean delante de las literas ó de los pesebres llenos de los mejores pastos; los arados, los rastrillos, los carros, están artísticamente agrupados en los sotechados; y la bodega, llena hasta lo alto de toneles amontonados. Desgraciadamente toda esta opulencia, es las mas veces ficticia. El lienzo y el dinero son prestados; los caballos tan lozanos aquel dia, estan flacos por el ayuno habitual; los toneles de la bodega están vacios; pero todo esto no puede ser notado por los visitantes. La jóven, mientras mas rica parece, obtiene mejores condiciones; se exige una dote mas crecida para el jóven, y el aldeano breton calcula estas fortunas, tan bien como podria

hacerlo el padre de familia mejor educado."

Es menester decir que Fravenneck y Kerias tenian bastante riqueza real para dispensarse de presentar apariencias. En la casa del uno como en la del otro, las camas, los bazares, los armarios, el cobertizo, la bodega, el huerto y el establo, abundaban en lienzo, loza, vestidos, trigo, frutas y ganados que no tenian nada de ficticio ni extraño. Este registro nos enseñó cuanta abundancia puede llevar á aquellas casuchas la economía que recoge grano á grano y la paciencia que amontona dia por dia. Nada explica mejor las obras maestras de la hormiga que los esfuerzos del aldeano breton.

El dia se termino por una reunion de las dos familias en Kerlenn, y los desposados, cuyo papel habia sido hasta entonces pasivo, dividieron entre sí los honores de la velada. Nosotros nos sentamos con los Kerias, á la derecha del gran hogar, cerca del lecho de Juana. La jóven madre olvidaba cada vez mas sus terrores, mirando á su recién nacido suspendido de su seno! Ana María estaba siempre pensativa y distraida, pero no era ya la imágen terrible de Margarita la que flotaba delante de sus ojos; era un rostro mas bello, dulce, y formidable; con todo, tambien una especie de ángel caido que flotaba entre el cielo y el infierno...

Ah! si el *diveruz* hubiera asistido como nosotros á esta escena!—pero tanto hubiera valido introducir un excomulgado en la iglesia!

Tres golpes sonaron en la puerta y una voz pidió la hospitalidad en nombre de Dios! José Kerias fué á abrir, y Gildas entró con todos sus parientes, llevaba unas botellas de vino, manteca fresca y pasta de *crépe* fermentada.

—Dios os bendiga, dijo, gentes de esta casa, y os dé á todos alegría y salud! No tenéis por aquí una mujer arreglada á quien pueda ofrecer estos presentes?

Ana María vaciló en levantarse, despues recibió bajando los ojos, el vino, la manteca y la pasta.

Entonces encendió ella un fuego brillante, puso la sartén sobre las trébedes, la pasta en la sartén, é hizo saltar los *crépes* con una grande destreza.

Bien pronto empezó la cena de los desposorios. Los futuros se sentaron al lado uno del otro, en la cabecera de la mesa, y á ambos lados los parientes por el orden de grados de parentesco y edad.

Juana se sonreía desde lo alto de su lecho con este cuadro patriarcal.

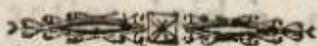
Ana Maria sirvió al punto á cada uno, despues puso entre ella y Gildas un *crépe*

y un vaso lleno. Debían para desposarse comer y beber juntos. Era pues el momento solemne, y todos tenían la vista fija sobre ellos.

Gildas llevó una mano resuelta sobre la *crépe*, pero se detuvo y estremeció de miedo.

Un recio golpe conmovió la puerta, y una voz aguda pidió el entrar; Kerias fué todavía á abrir, y quedó mudo de sorpresa.

Era Margarita con su negra cofia, su brillante mirada, y su vara de avellano.



VII.

OPOSICION.

Las dos familias retrocedieron arrojando un solo grito. El terror de la madre fué tal que se encerró con su hijo.

—No quiero hoy nada con tu hijo recién nacido, Juana, dijo la profetisa adelantándose. Descubre tu lecho y préstame atento oído.

La madre empujó el bastidor de encima y apareció temblorosa con su hijo en los brazos.

Hay aquí fiesta esta noche, añadió la anciana, y no me habeis convidado! Sin embargo, sabeis que la profetisa bendice los desposorios, tambien vengo á bendecir los vuestros.

Acentuó estas palabras con ironía, y continuó con voz amenazadora.

—Hay cerca de veinte años, Kerias, te acuerdas? mi marido y tú, celebrábais también unos desposorios. Era en la capilla de San Nicodemus, al pié del altar. Teniais cada uno en vuestros brazos un niño, á quien el buen Dios acababa de volver la vida. Jurásteis unir estos niños cuando tuviesen edad de ello y consagrarle el primer fruto de esta union. Uno de esos niños era tu hija Ana Maria, que ves ahí presente. El otro.... el otro no era Gildas Fovenneck! Por qué, pues, Kerias, das á este hombre la desposada de otro? Por qué, pues, faltas á tu palabra con Dios? Quién te ha relevado de tu juramento?

—La muerte de tu hijo, Margarita, respondió con algun tanto de duda nuestro huésped; porque tú sabes bien que hemos tenido la desgracia de perderlo.

—Sí, lo habeis perdido, guardianes infieles, añadió la anciana con voz lamentable. Pero quién os ha dicho que ese ángel ha muerto? Vuestro olvido é inconstancia hácia Dios y hácia él. Pues bien! yo, la profetisa, añadió con solemnidad, yo que leo en el pasado y el porvenir, os anuncio que mi Pablo vive!

—Loado sea el cielo! gritaron todos ava-

lanzándose hácia ella y alargándole los brazos. Yo mismo le pregunté:—Estais segura? lo habeis visto?

—Le he visto, prosiguió con aire inspirado, le he visto como os veo á todos.

—En qué sitio? á qué hora?

—En mi casa! esta noche! En el mas hermoso sueño que me hayan enviado nunca los ángeles.

Esta palabra precipitó á cada cual de lo alto de sus ilusiones.

Volví la cabeza cambiando con Roberto una mirada de piedad. Habíamos creído tocar la solución de todos los enigmas, la aclaración de todas las escenas, la realización de todos los presentimientos que nos agitaban hacia algunos dias; y todo esto se desvanecía, como una frágil nube, con el impensado sueño de una madre delirante!

Margarita observó que no se la escuchaba ya, y se puso á correr de unos á otros, pronunciando estas palabras entrecortadas:

—Os digo que lo he visto con mis ojos.... no débil y pequeño, sino grande y fuerte! Tenia sus hermosos cabellos rubios que le llegaban hasta la cintura: llevaba el mas rico traje de nuestro país. Sus polainas, su calzon y su chupa estaban bordados de seda fina y brillante. Qué hermoso estaba, Dios mio! Qué esforzado y triunfante! Todos los

paotred le tenían envidia! Todas las *penne- rez* se ponían encarnadas á su vista. Todas las madres querían darle sus hijas..... Pero él, despues de haberme estrechado en sus brazos haciéndome morir de alegría, se volvia hácia Ana María diciéndole; «Ved aquí mi mano que os fué prometida delante de Dios, y que no se unirá nunca sino con la vuestra.....» Lo ois *gwerchez*? Lo ois vosotros, Kerias, Juana, Favenneck, lo ois? Lo he visto! Lo he visto! Lo he visto! Lo he visto.....!

Y despues de haber gritado así hasta perder el aliento, Margarita, desmelenada, riendo y llorando á un tiempo, saltó al extremo de la habitacion, y fué á caer desvanecida sobre un banco, murmurando con apagada voz: Lo he visto! Lo he visto! Lo he visto!

Todos la creyeron loca y guardaron silencio del horror y la compasion. Nunca habíamos asistido á un espectáculo mas lastimoso.

—Margarita, dijo al fin Kerias, con una dulce autoridad, calmaos. Olvidad esas visiones crueles. Seamos amigos como en otro tiempo. Nosotros haremos todo lo posible para consolaros. Perdonadnos vuestra desgracia, como nosotros os perdonamos vuestra venganza, —como vuestro hijo nos ha

perdonado sin duda. Lo encontrareis en el cielo con los ángeles. Mas dichoso es allí arriba que aquí abajo. Bendecid, entretanto, pues sois la profetisa, bendecid en señal de paz, los desposorios de Ana María.

Después ofreciendo á la anciana un asiento en la extremidad de la mesa, hizo señal á Gildas de proseguir. Cada convidado recobró su lugar; y el novio, rompiendo la *crépe* presentó la mitad á la *gwerchez*.

Ana María palideció y miró á su Madre, después animada por una sonrisa de Juana, tomó la *crépe* y la comió. En seguida cortó su pan con el cuchillo de Faveneck y bebió con él en el mismo vaso, saludando unos después de otros á todos los miembros de las dos familias. Estos bebieron á su turno para hacerle honor.

—*Gres mat* (mil gracias), dijo la jóven.

—*Chuet quet ihet* (bebeb con salud), respondieron los parientes.

Gildas hizo lo mismo recibiendo iguales homenajes, y se concluyeron los desposorios.

Ana María recibió entonces de rodillas bendición de sus padres, y fué á arrojar en los brazos de su desposado, como para evitar un fantasma que la persiguiese.

Era este el recuerdo de Pablo, ó la imágen del *diverruz*? Era el remordimiento

ó la esperanza, el pasado ó el porvenir?

La profetisa habia seguido la escena con la mirada triste y sombría. Cuando todo estuvo terminado, se levantó como sobre-saltada.

—Ah! no quereis creerme? gritó, me tomáis por una insensata? Pues bien! Estos desposorios perjuros serán nulos, me opongo á ellos en nombre de mi hijo y en nombre del cielo!

Rompió el vaso que habian llenado para ella, corrió hácia el hogar, tomó un tizon encendido, lo blandió formando una cruz de fuego, y lo atravesó delante del hogar.

Así es en efecto, como se desbaratan en Bretaña los casamientos empezados. Los mismos novios pueden declarar de este modo que renuncian á sentarse en el hogar de una segunda familia.

Esta simple accion de Margarita produjo pues mas efecto que todas sus amenazas, y Kerias tuvo necesidad de recordar que estaba demente para tranquilizar á sus parientes y los de Favenneck; por otra parte cubrió lo mejor que pudo las maldiciones que la profetisa añadió por despedida.

—Si este casamiento se completa, gritó ella hasta la puerta, prometo todavia á los esposos la cierva de Santa Nennoch y desencadeno sobre vosotros todos el buquel.

cuya sombra se agranda á medida que se acerca y los *Kennerezed-nou* (la gritadora de las noches, y las lavanderas) el *perro negro de las montañas*, que guarda el antro del infierno, *la campvna aérea* que anuncia á cada uno su hora suprema, y el *karriquel an ankou* (el carretoncillo de la muerte) cuya rueda imita el sonido del trueno y el silvido de la serpiente.....

Estas últimas palabras se perdieron en el aire como los ruidos lejanos de una tempestad.

Kerias volvió á entrar dando la loca al diablo, pero su risa era forzada y no pudo comunicarse á sus huéspedes: en vano tratamos nosotros tambien de reanimar la fiesta de familia; se convirtió tristemente en disgusto de *crépes* y del vino; el espectro de Margarita estaba todavía en la mesa, y el eco de sus palabras turbaba los cantos de alegría. Separáronse en fin mas inquietos que osaban confesar, y viendo á su pesar al *buquel-nou* y al *karriquel an ankou*.

Ana María volvió muy azorada despues de haber dejado á Gildas en el umbral, y nada pudo disuadirla de que un perro que habia atravesado el jardin, era la cierva blanca de Santa Nennoch.....

—Y bien! dije á Roberto entrando en nuestra habitacion; os he engañado anun-

ciándoos un *mundo desconocido*? Qué pensais de estas gentes, de estas costumbres y de este país?

—Estoy admirado, respondió el conde, y no puedo creer que eso sea general en la baja Bretaña. Es preciso que todas las simplicidades y supersticiones de vuestra antigua provincia se hallan reunido para complaceros en Moustoirac!

—Desengañaos, querido mio, encontraríais con corta diferencia las mismas ideas en todo el Morbihan (no exceptuo mas que las ciudades y las costas) y tendreis otras sorpresas en Cornualla y el Leonés. Aquel resiste hace diez mil años á todas las conquistas, á todas las revoluciones, á todos los gobiernos y á todas las luces. Aquel resistirá aun á vuestros caminos de hierro, al menos por largo tiempo, y se atrincherará por algunos siglos todavía en todos los rincones donde el *rail-way* no podrá cortar nuestro granito breton.

—Esta Bretaña, es, en efecto, de granito, concluyó Roberto, y estos bretones de acero.



VIII.

EL COMBATE DE LA SOULE.

Habíamos tomado la costumbre de ir á ver todas las mañanas al *diverruz*. El día siguiente muy temprano, le buscamos, pues, en Monstoirac; pero habia desaparecido por la noche con los saltimbanquis.

No pudimos creer que nos dejara así despues de lo que habia pasado entre nosotros; y encontramos con placer noticias suyas en la plaza. Un pastorcillo nos esperaba de su parte, y nos anunció que se volveria al *gran pardon* de la capilla nueva en Plumelin, as que *hiciera su papel* en las asambleas de país....

Nosotros resolvimos tambien emplear en diversas excusiones los veinte dias que no

separaban de estas fiestas y de las bodas de Ana María. Dejamos, pues, no sin pesar, la granja de Kerlenn, dando cita á los Kerias y á los Fravenneck para Plumelin.

He dicho ya que esperábamos ver en este *pardon* una *soule* extraordinaria. Se llama así la lucha favorita de los morbihaneses, que consiste en reunirse en dos bandos opuestos, y disputar una pelota de cuero lanzada en el aire, hasta que el mas diestro la trasporta de un bando á otro. La pelota misma se llama *soule* (del céltico *heaul* soli: pronunciado por los latinos *sol*.) Materialmente es, pues, todavía un resto del culto druidico; moralmente es una ocasion de egercer en medio del dia sus odios y venganzas. Tambien la *soule*, aunque ya muy rara, ha sobrevivido á todas las interdicciones en el Morbihan, este país por excelencia de las rivalidades populares. La *soule* aquí es un último medio, para los *blancos* y los *azules* para los *jupen* y los *kasiquen* (1) de estrangularse «sin renunciar á sus pascuas, con tal que se maltraten como por inadvertencia y *desgracia*;" por, que quién es el que no tiene alguno á quien matar? como decia un *souleur* al autor de los *últimos breto-*

(1) Los aldeanos y los caballeros.

nes (1). En este combate sin armas, los piés, las manos, las uñas y los dientes, hacen un papel mortífero.

Las autoridades locales habían permitido la *soule* de Plumelin, por que sabian que sería de una naturaleza menos feroz. El amor propio de los vecinos estaba solamente en juego y tambien el deseo ó la galantería de los aldeanos porque el vencedor recibiria un reloj de oro de mano de Ana María y la abrazaría delante de los *pennerez* del canton.

Estuve exacto con Roberto á la hora y en el lugar convenidos y nos encontramos en el gran *pardon* con los saltimbanquis y las dos familias. Como continua el *diverruz*, haciendo todavía su papel, remitimos nuestra entrevista para la tarde, sin sospechar el extraño golpe teatral que habia preparado.

Seguimos con los Kerias todos los detalles de la fiesta. La capilla nueva y sus alrededores rebosaban de aldeanos y aldeanas, ostentando una variedad de trajes, capaces de asustar la imaginacion de un sastre. Todo aquello circulaba, bebia, comia, fumaba, cantaba, rezaba y bailaba á porfia. Despues

(1) Véanse los curiosos detalles que M. Emile Souvestre ha publicado sobre la Soule en la Baja Bretaña, en la recopilacion del Museo de Familias tomo 3.º pág. 115.

de haber comprado para Ana Maria y sus hermanas y hermanos, sortijas, cruces, cintas y rosarios, fuimos con los demás á oír la misa; despues seguimos la procesion que se extendió como un rio viviente á través de la campiña; despues vimos decir el evangelio á los niños y los enfermos, arrodillados para besar la estola y la patena de oro; visitamos la fuente del *Pardon*, coronada con una estatua del santo, y rodeada de mendigos distribuyendo el agua salutifera á los enfermos y sobre todo á los *souleurs*. Estos últimos para adquirir la fuerza de vencer, se hacian verter chorros helados sobre el cuello, en las mangas y en medio del pecho.

En fin, llegó la tarde y la hora tan deseada del combate de la *soule*. Corrimos á buscar al *diverruz* para llevarlo con nosotros; pero contra su formal promesa, fué imposible encontrarlo: habia desaparecido como por encanto al final de sus ejercicios. Pronto supimos de él y vais á saber por qué.

Nos volvimos cerca de Ana Maria, en el sitio de preferencia, desde donde nuestros ojos siguieron minuciosamente el espectáculo. A nuestra derecha é izquierda se extendian los dos bandos formados de varias centenas de jóvenes vigorosos y determinados teniendo todos alrededor del cuerpo el cin

taron de cuero y la lebilla de hierro. La multitud de los concurrentes era innumerable y coronaba todas las vecinas alturas.

Un hombre se adelanta entre los dos partidos, hace gravemente la señal de la cruz, pregunta si alguien tiene *louzou* (talisman), y lanza al aire la hinchada pelota. Los mas impacientes avanzan y se la disputan. Esto no es mas que un preludio. Los fuertes miran aplaudiendo ó zumbando, y se animan así mutuamente. Poco á poco la batalla se aumenta, la *soule* vuela y vuelve á caer, los puñetazos llueven, los gritos se elevan y se confunden. A los gritos suceden las amenazas y las imprecaciones. La embriaguez de la lucha se apodera al fin de todos los corazones, todos los piés y todos los brazos. No se distingue mas que una masa compacta, de donde la *soule* salta de minuto en minuto, donde los contendientes se agarran y tuercen el uno sobre el otro y arrojan como un torrente al que pierde el equilibrio. Los clamores redoblan, las cabelleras flotan al viento, el polvo se levanta en torbellinos. Cada uno coge la posta y la cede á su vez; la mano vencida la recobra en la mano triunfante; la desesperacion la arroja hasta el cielo, y el combate vuelve á empezar mas encarnizado.

De repente un luchador se apodera de la

soule y sale de la hilera que lo sitia. Quién es? todos lo miran, lo admiran y nadie le conoce. Es un soberbio jóven con largos cabellos rubios; lleva las polainas bordadas, el estrecho calzon, el ancho cinturon, y el pequeño *camisolin* del Faouét, el traje mas lucido y mas lindo del Morbihan. Veinte veces se creyó conocerle y veinte veces se engañaron. Sus rivales mismos se detienen estupefactos para examinarlo. Pero poco importa su nombre, se trata de vencerlo.

Todos se lanzan en su seguimiento. Un batallon lo espera y lo oprime. Vuelve á aparecer, pero no tiene la *soule*. La coge de nuevo y la pierde todavía. Diez veces sucumbe al número y otras tantas recobra la ventaja.

Gana entonces delantera, atraviesa la llanura, franquea los repechos, los prados y los campos, siempre acosado por el ejército entero.

Llega al borde de un riachuelo ancho y profundo. De un lado el abismo y la victoria; del otro los enemigos y la derrota. El desconocido no vacila largo tiempo, arrojase á nado. La pelota está en su mano izquierda. Su derecha hiende las ondas con valor, sus piés las arrojan espumosas detrás de él. Mil aclamaciones lo animan de todas partes. Treinta jóvenes se precipitan como

él en la rápida corriente, que se abre asombrada y salta en olas sobre las orillas. Largos cabellos negros y rubios flotan entre la espuma. Los luchadores ganan la otra orilla, sofocados y chorreando, pero mas ardientes que nunca.

Desgraciadamente para ellos era demasiado tarde; el desconocido habia pasado el limite de la parroquia y el precio de la *soule* era suyo.

En aquel momento un inmenso grito saluda al vencedor. Sus adversarios no se preguntan mas quién es y lo llevan en triunfo delante de Ana Maria. Los tambores, las gaitas, las banderas desplegadas, los pañuelos agitados en el aire celebran su valor y su gloria....

Entonces solamente, (juzgad de nuestra sorpresa, de la de los Kerias, y de la de todo el mundo), reconocimos, y cada cual reconoció sucesivamente, en el soberbio jóven del Faonët, en el poseedor de la *soule*, á Sanson el *diverruz!*

VIII.

LA CAZA HUMANA.

La primera mirada de Sanson me lo explicó todo. Habiendo sabido las condiciones de la lucha quiso volver á ver á Ana María, combatir y triunfar á su vista, arrodillarse públicamente á sus piés, recibir de su mano el precio de la victoria y abrazarla una vez, aun cuando le costase la vida! Para ello habia buscado el traje mas brillante del país, y el sueño de su amor estaba, en efecto, realizado.

Mas hermoso que nunca bajo el encantador vestido del Faouët, estaba á los piés de Ana María, trémula, deslumbrada, trastornada..... Ella le puso al cuello el reloj de oro, y su alma reposaba con sus labios sobre la rosada mejilla de la *gwerchez*.....

Ay de mí! esta ventura no debia durar mucho tiempo. Pasado el primer estupor, se efectuó entre los aldeanos y sobre todo entre los concurrentes vencidos, una violen-

ta reacion. Empezó á indicarse con sordos murmullos, despues con crecientes amenazas y estalló finalmente con un clamoreo general.

—El combate es nulo! Este hombre no es Breton! Tiene algun talisman! Es un hechicero, un vagabundo, un *kahou* (1), un condenado!

—No ha hecho la señal de la cruz añadió un anciano supersticioso.... Yo creo que es un pagano sin bautismo! es menester recogerle la *soule* y el relój, purificarlos por medio del agua bendita y volver á empezar la lucha!

—Sí! sí! Abajo el *kahou*! el *diverruz*! el bohemio! Abajo! abajo!

Y veinte mozos enseñando el puño á Sanson, le intimaron volviese la *soule* y el reloj. Tanto valia pedirle su vida!

—Venid á tomarlos, si os atreveis! dijo estrechándolos sobre su pecho.

Nos interpusimos en vano; Ana María volvió la cabeza, y todos cayeron sobre el *diverruz*. Este combate, fué horrible, indecible, inhumano. Por espacio de algunos minutos perdimos de vista á Sanson, le creimos ahogado. Pero tal era su fuerza, duplicada en este momento, que se desembarazó

(1) Se llaman así los leprosos y réprobos en la baja Bretaña.

de esta masa asoladora, y se lanzó como una bomba de mortero.

Estaba sano salvo y tenia siempre la *soule* y el relój.

Esta especie de milagro desarmó una parte de sus enemigos.—Dios protege á ese hombre, dijeron en voz baja los supersticiosos. Pero un centenar de furiosos volvió á caer sobre él, espumando de rabia. Estaba perdido si no hubiese recurrido á la fuga.

Entonces comenzó una lucha de velocidad prodigiosa. Delante el *diverruz*, salvando montes y valles, fosos y llanuras, tierras y aguas. Detrás de él los *souleurs*, imitándolo con mas ó menos ventaja. Despues toda la multitud los seguia á lo lejos, arrastrados por la turba ó por curiosidad. Figuraos una caza furiosa dada á un solo hombre por toda una poblacion!

Algunos tuvieron la bajeza de tomar caballos, pero Sanson los desmontó tan bien que quedaron en el sitio.....

Pronto lo perdimos de vista.... Y sin embargo el torrente continuó arrastrándonos, —y tambien la esperanza de salvar al desgraciado, si podiamos reunirnos con él bastante pronto.

Anduvimos errantes hasta la noche con una caterva de cazadores, que habian perdido la pista.... Nos encontramos entonces

delante de la choza de Margarita Trevihan.

— Sanson, estenuado, decían, se había vuelto hácia este último refugio. Los *souleurs* le habían seguido únicamente pero resueltos á matarlo como á un perro.

Precipitamos nuestra carrera al oír estas palabras, temiendo llegar demasiado tarde. Saltamos las cercas, rompimos los vedados, despreciamos las espinas, forzamos todo obstáculo. Guiados en fin por gritos siniestros magulladas las piernas, desgarrados los vestidos, sangrándonos las manos, llegamos á la cabaña.....

Los *souleurs*, jadeantes, feroces, perdidos, cubiertos de sudor, de polvo y de sangre, estaban todos á la puerta. El brazo venerado de la profetisa los había clavado allí con un gesto. Había dicho como Dios, á esta otra mar embravecida: “No ireis mas lejos!” Y la planta de los mas furiosos se había detenido en el umbral, como la espumosa ola sobre la playa.....

— Pero donde estaba Sanson? Lo habían asesinado ó vivía todavía?

Nadie respondía á nuestras preguntas y perdimos toda esperanza...., cuando se abrió la cabaña á nosotros solos....

Entramos, palpitando de emoción, y jamás olvidaré el cuadro que se ofreció á nuestra vista.

X.

CUADRO.

El *diverruz*, pálido, abatido, cubierto de polvo, los cabellos desordenados—pero siempre armado de la *soule* y el reloj,—estaba arrodillado cerca de la cuna, delante de la madonna que lo protejia. Una especie de extásis arrebatava su alma hácia el cielo, y sus labios entreabiertos repetian unas palabras desconocidas. Algunos pasos detrás de él, Margarita, de pié é inclinada, los brazos extendidos, el rostro demudado, parecia haber rejuvenecido diez años, le contemplaba en silencio!...

Permanecemos confundidos, no sabiendo á quien pedir la explicacion de este misterio!...

—Preguntadle, nos dijo la profetisa con apagada voz. Sois sus amigos; él es quien ha reconocido vuestra voz y quien os ha hecho abrir. El os lo explicará todo....

El *diverruz*, en efecto, se levantó, nos estrechó las manos con efusion, y nos contó lo que sigue:

XI.

LA PLEGARIA.

Habia cerca de dos horas que estaba corriendo, nos dijo Sanson; estaba á pique de perder la fuerza y el aliento, veia los árboles dar vueltas á mi alrededor y oia cada vez mas próximos los gritos de muerte de los *voleurs*; frecuentemente herian mis oidos, y sus pasos parecian acercarse cada vez mas á los míos. Una piedra acababa, en fin, de herirme en la espalda; no sabia que iba á ser de mí, sino encontraba un asilo.

Pero nada en el horizonte mas que el areal desierto! Iba á resignarme á perecer, cuando ví humo á través de un barranco; sin duda es una cabaña, pensé, y recobré fuerzas para llegar á ella; me lanzo con in-

creible velocidad, atravieso nuevos campos, salto de foso en foso, me estravió veinte veces, caigo en un estanque, salgo de él, Dios sabe cómo; atravieso selvas impenetrables, y siempre mis enemigos siguiendo sobre mi ruta! Y ninguna habitacion á mi vista! Volví á ver sin embargo, una claridad, y la línea del humo; recobro valor, y llego al fin....

Abro la puerta y entro. Encuentro á Margarita que ponía en órden esta cuna.—Salvadme, le dije, por piedad salvadme! Me recibe al pronto con bondad, me observa con ojos complacientes, pero sin parecer escucharme. Le repito que quieren mi muerte, que unos rabiosos me persiguen; y advertido por sus nuevos gritos, corro el cerrojo.

Entonces Margarita cambia de repente, y me mira con desden.

—Por qué os he de salvar? exclamó, ha salvado alguien á mi Pablo?

Y corriendo hácia la puerta abre á mis enemigos.

—Vamos, me dije, he aquí mi última hora, pues no puedo conmover ni aun á una mujer.

Me acuerdo en este mismo momento que los *souleurs* me han tratado de pagano, y esto me hizo pensar en Dios, mi único de-

fensor. Me arrojé de rodillas junto á esta cuna, delante de esta virgencita, y le di-
 rijo la sola plegaria que sé, una plegaria que
 me enseñaron sin duda en mi infancia, y
 que desde entonces siempre he recitado no-
 che y mañana, porque me consolaba en mis
 dolores, aunque su lenguaje me sea desco-
 nocido.

O were'hez vara bénéguet,

C' hoi zo guet enn oll inhouret.....

Apenas pronuncié estas palabras, cuando
 Margarita se lanzó hácia mí.

—Quién os ha enseñado esa plegaria?

—Mi madre, segun creo, porque la sé
 desde que tengo uso de razon.

—Cuál es vuestro nombre? de dónde ve-
 nis?

—Lo ignoro, soy un niño perdido, sin fa-
 milia y sin patria.

—Continuad esa plegaria, añadió toda pal-
 pitante....

Y va á correr el cerrojo para ponerme en
 seguridad.

Al acabar las santas palabras, cae Marga-
 rita en mis brazos....

—No hay duda! no hay duda! exclama con
 voz entrecortada. Mi sueño no me engaña-
 ba. Dios me advertia para que no muriese

de placer! Las *korrigans* me han devuelto mi Pablo!.... Hélo aquí! Hélo aquí grande y hermoso! Reconozco sus ojos azules, su ancha frente, sus largos cabellos de oro.

Y me cubria de besos, pasaba sus manos por mi cabellera, me inundaba de lágrimas abrasadoras, y me estrechaba hasta sofocarme contra su corazón.

—Y yo que rehusaba defenderlo! yo que iba á echarlo de mi casa! Ah! que vengan ahora á atacarle; se verá si me lo dejo arrebatarse dos veces!

Yo mismo estaba desvanecido de admiración y alegría.

—Sois pues mi madre? grite á mi vez.

—Espera! respondió, separando mi vestido con temblorosa mano; Pablo nació con una señal en el pecho. Héla aquí! héla aquí! no hay duda! Sí, soy tu madre! añadió abriéndome sus brazos.

Yo me precipité en ellos gritando: Madre mia! y supe al fin, en este encuentro, lo que es la dicha aquí abajo.

Luego, la profetisa, yendo y viniendo como una loca, abriendo sus armarios y baules, me enseñó sucesivamente en medio de sollozos y gritos de alegría, todos los recuerdos que habia conservado de mi infancia: mi gorrita de bautismo, mis primeras mantillas, mis alhajas y mis juguetes, y so-

bre todo esta cuna que habia regado con tantas lágrimas, y que preparaba todas las mañanas hacia quince años, como si los ángeles debieran llevarme allí todas las noches!

Pero tantas emociones habian agotado á Margarita; cayó sobre mí y perdió el conocimiento....

Entonces fué cuando los *souleurs* llegaron y golpearon la puerta dando terribles alaridos. En su delirio iban á forzarla y matarme, sin mas explicacion, si sus clamores no me hubiesen vuelto á mi madre.

Levántase como una leona, va ella misma á abrir y aparece sobre el umbral. Ah! si habiéseis visto su fulminante gesto! Si hubiéseis oido su palabra sobrehumana!

—Deteneos, desgraciados! ó pasad sobre mi cuerpo! Este jóven es el huésped de la profetisa! No tocareis á uno solo de sus cabellos.

Pero, ya sabeis el resultado, señores, habeis encontrado á mis enemigos clavados delante de esta puerta.... Cuando entrásteis repetia en accion de gracias la plegaria á que debo mi madre y la vida.....»

Figuraos, cuán vivas impresiones nos causaria el relato del *diverruz*, y qué parte tomamos en este reconocimiento, que habíamos presentado sin esperarlo.

Todas las contradicciones y todos los enig-

mas se explicaron en las aclaraciones que siguieron.

Pablo Treviñan habia sido arrebatado por algun bohemio, delante de la casa de Juana: para extraviar mejor su pensamiento, le habian dicho que era flamenco, y habian añadido dos años á su edad: despues habian borrado de su imaginacion y de su memoria todos los recuerdos de la infancia, excepto la imágen de su pais, indestructible entre los bretones,—su amor por su cabellera, signo distintivo de su raza, y la plegaria que su madre habia gravado en lo mas profundo de su memoria. Uno de los principales motivos de su confusion hacia algunos dias, era el haber reconocido varias palabras de esta plegaria en el lenguaje de los aldeanos. El sueño de Margarita tenia un origen análogo; habia visto una mañana pasar al *diverruz*, y como le recordase involuntariamente su hijo, este hijo se le habia aparecido en la noche bajo la misma forma. Observamos entonces entre ella y él, esos mil rasgos que componen el aire de familia.

En corto tiempo, confirmaron los dos veinte y veinte veces su identidad, repitiendo hasta la saciedad lo que sabian de su historia desde su separacion; y esta sensible locuacidad hizo derramar nuevos torrentes de lágrimas y caricias sobre las gor-

rillas, los juguetes, las cruces de plata, la cuna querida y la Madonna libertadora.....!

No hubo mas que un solo punto en que Margarita no estuviera de acuerdo con Sanson y con nosotros. Nada pudo persuadirla de que no habian sido las *korrigans* las que habian robado á su Pablo, y que, no pudiendo sujetarlo, sin duda, lo habian entregado á unos *diverruzel*.

Se concebirá que la mas dulce confianza hecha á Pablo (tiempo es ya de darle este nombre) fué la historia de sus desposorios con Ana María... confianza que acogió con una exclamacion de alegría!

Todavía un sentimiento que no habian podido arrancar de su alma, puesto que amaba á su *dimezet* (1) desde el momento que la habia vuelto á ver.

Tambien interrumpió bruscamente la conversacion, preguntándonos con energía:

—Para qué dia se han fijado las bodas de Gildas?

—Para el lunes próximo, respondí.

—Ocho dias, replicó, ocho veces mas del tiempo que se necesita para impedir ese casamiento!

La cosa no era tan fácil como él creia, y

(1) *Dimezet*, desposada.

pedia mas sagaces manejos. Presentí alguna enfadosa travesura y supliqué á Pablo y Margarita nos encargasen de la negociacion... Si nuestra prudencia no da pronto resultados, les dejaríamos lugar de emplear otros medios.

Aceptaron nuestro ofrecimiento aunque con disgusto; pero no pudimos impedir á la madre que publicase su dicha.

—Quiero, dijo, que los Kerias la sepan al instante por boca de todo el mundo.

Y asiendo con orgullo la mano de Pablo, corrió á enseñarlo á los *souleurs*, que permanecian siempre en la puerta.

Lo largo de la espera habia calmado ya su furor; juzgad del sentimiento que le reemplazó, cuando la profetisa les dije con su sagrada voz:

—Benedicid, hijos mios, este jóven que habeis maldecido! Merecia llevar largos cabellos y el *bragow-braz*! Merecia combatir con vosotros y llevarse el precio de la *soule*. Es un cristiano, un breton, como todos vosotros! Es Pablo Trevihan, mi *penv-herr*, el tesoro que me habian robado las *korrigans* y que el buen Dios me ha devuelto por un milagro. Ved cómo lo abrazo, amigos mios, cómo lo abrazo sin morir de alegría. Vosotros que habeis compadecido quince años á la profetisa, saludad á vuestra vez á su hijo

y estrechadle la mano! Pero dad conmigo gracias á la Santa Vírgen por el favor que acaba de hacerme.

Jamás podria imaginarse una reaccion mas súbita y un contraste mas admirable. Estos furiosos que hacia un momento querian degollar al *diverruz*, cayeron de rodillas con él y Margarita, y recitaron la oracion del *Ave María*.

Estas piadosas y dulces palabras sucedieron á los gritos de muerte que acabábamos de oír, y mezclándose á los últimos ruidos de la tarde, delante de esta pobre cabaña y de esta admirable naturaleza, nos causaron una impresion mas grande todavia, que la escena de que habiamos sido testigos.

Despues vimos con alegría á los *souleurs* estrechar la mano de Pablo y rodearlo como un compatriota y amigo. Aun algunos lo hubieran llevado en triunfo, si Margarita no hubiese reclamado y retenido su *pennherr*.

Todos se retiraron entonces gritando: "Viva! viva Margarita y Pablo Trebihan!"

Observamos sin embargo varios que no tomaban parte en aquellos regocijos y gritos, y sospechamos desde aquel momento que la opinion se dividiria en Moustoirac, y que el reconocimiento de Pablo encontraría allí partidarios y adversarios, igualmente obstinados.

XII.

LAS BODAS.

Nuestros recelos se realizaron aquella misma noche en Kerlenn. La gran noticia habia llegado antes que nosotros; todos los Kerias estaban sobresaltados. No viendo mas que la reparacion de su falta, Juana lloraba de alegría abrazando á su hijo; era necesario retenerla á la fuerza para impedirle correr á felicitar á Margarita... Otro... ó mas bien otros sentimientos destrozaban el corazon de Ana Maria. Tres veces habia perdido el conocimiento, y otras tantas las caricias maternales ó las amenazas de su padre la habian reanimado. No pudo ahogar el grito de su alma al percibirnos.

—Venís de casa de la profetisa! habeis visto á Pablo!

Comprendí estas palabras sencillas y tiernas. Cuando la *gwerchez* habia visto al jóven, era el *diverruz*, el reprobado, y ella no habia osado mirarlo de frente. Hoy, era Pablo, su hermano de leche, su primer desposado, y nos envidiaba el haber podido contemplarlo á nuestro placer, porque en ella, así como en él, esos mil recuerdos de la infancia, que un simple recuerdo habia despertado en su alma, se revelaban y cantaban como un enjambre de pájaros que el sol de la primavera acaba de hacer nacer.

José Kerias comprendió tambien demasiado la intencion de su hija, y la reprimió con una dureza, que nos inquietó respecto de nuestra mision.

Sabía que en Bretaña todo depende del jefe de la familia, que su voluntad sola hace la ley, que la de los demás, y sobre todo la de las mujeres, no compone nada. Me dirigí, pues, directamente á Kerias y defendí la causa de Pablo Trevihan.

Le recordé que él mismo lo habia desposado con su hija, y en qué circunstancias tan solemnes. Le hice sentir que no podia saltar á la palabra dada delante de Dios, que el dedo de la providencia estaba visible en todo aquello; en fin, que se trataba

de la felicidad ó la desgracia eterna de Ana Maria....

El hombrecillo me dejó hablar cuanto quise, me miró apenas de reojo, encendiendo y fumando su corta pipa, con esa impassibilidad bretona que parecia encarnada en él; despues me hizo esperar un cuarto de hora largo su respuesta, que no le pude arrancar sino á fuerza de intimaciones y de instancias.

—*Ann aotrou* (caballero), me dijo al fin á media voz, predicais mejor que nuestro rector, y eso es muy hermoso sin duda. Seria el primero en sostener mi promesa á Pablo, si él estuviese aquí y reclamase su *dimezet* (desposada).

—Pardiez! voy á buscarlo al instante! grité, os juro que no tardará mucho!

Y me levantaba ya triunfante cuando me detuvo con un gesto.

—Pero quién me prueba, añadió con la mayor sangre fria, que ese *diverruz*, ese vagabundo, es Pablo Trevihan?

Una tal objecion revelaba todo el sistema de Kerias; era el mejor seguramente, porque no habia nada que replicar. Recordé vana-mente todas las circunstancias que no dejaban la menor duda; la conviccion de la profetisa, la mia, la de todos. El hombrecillo era dueño de responderme como lo

hizo; como queria hacerlo hasta el fin.

—Margarita cree que es Pablo; vos lo creis; todo el mundo lo cree; todo el mundo es dueño de hacerlo! Pero yo, el padre de Ana Maria, no lo creo, y á menos que no se me demuestre tan claro como la luz del dia, mi hija se casará con Gildas Favenneck.

Hizo de modo que toda la familia oyese esta sentencia sin apelacion; y metiendo su pipa en el bolsillo, nos deseó tranquilamente las buenas noches.

La última palabra, que leí en su alma, fué que se encontraba demasiado avanzado para retroceder, que Gildas se haria restituir sus regalos de boda (1), y que despues de todo, el primer desposado era menos rico que el segundo....

Es esto decir que tan buen cristiano faltaba á su promesa? de ningun modo. El hacia á su conciencia el mismo razonamiento que á mí, y se persuadia que no creia realmente en la identidad de Pablo.

(1) Cuando un casamiento se rompe, la parte que causa la ruptura, restituye, no solamente los regalos de boda, sino todos los gastos que se hayan hecho en los contratos de la taberna, en el gwetaden, en la feria, en el pardon, etc.

Entretanto la suerte de este último y la de Ana Maria nos inquietaba demasiado, para no inspirarnos otro expediente.

Roberto me dió una excelente idea, que puse en ejecucion el dia siguiente.

El rector que habia bautizado á Pablo, que lo habia vuelto dos veces á Juana, que lo habia conocido cinco años, existia todavia, habitaba el interior de la Bretaña, á cuarenta leguas de Moustoirac; pero tenia tiempo de escribirle y recibir su respuesta. Resolví contárselo todo é invocar su testimonio, el solo capaz de vencer la obstinacion de Kerias. Dirigí, pues, una larga carta al digno pastor y encargué á un hombre seguro, de llevarla: al cabo de tres dias lo mas tarde debia tener noticias suyas.

No instruí de mi conducta mas que á Margarita y su hijo, impidiendo de este modo á su impaciencia el entablar una lucha inútil.

Con qué ansiedad contaron los dias, las horas y los minutos!

Pablo no soportaba esta espera sino yendo á contemplar á Ana Maria, en el huerto de Kerlenn al través de los setos de la cerca; la *gwerchez* sabia que él estaba allí, oculto en el hueco de un árbol, devorando con los ojos sus menores movimientos? El hecho es que ella venia por mañana y tar-

de, cambiaba frecuentemente de cofia y delantal, y que nunca habia puesto tanto cuidado en batir su manteca fresca, en llamar á sus zumbadoras abejas y echar el mijo dorado á sus gallinas, cuyos polluelos, piteaban al rededor de su basquiña.... Pablo tenia mucha razon en admirar estos cuadros; no habia cosa mas dulce que ver.

Desgraciadamente el tiempo corria, y los tres dias pasaron, sin que volviese el mensajero....

Nos habia hecho traicion, ó le habia sucedido alguna desgracia? Habia encontrado al rector difunto, enfermo ó ausente? ó lo que hubiera sido peor todavia, nos rehusaba este último su apoyo? No sabiamos qué pensar de tal contratiempo, y veíamos temblando acercarse el dia fatal.

Fué imposible contener por mas tiempo á Margarita; leia sobre la frente pálida y en los ojos sombríos de su hijo, que moriria si no se casaba con Ana Maria. Corrió pues mas amenazadora que nunca, casa de Kerias, pero este le cerró desapiadadamente su puerta.....

No se sentia con fuerzas para vencer á la profetisa, altamente apoyada por una parte del pueblo. Desconfiaba de mí, de Roberto, de su familia, de su conciencia, y luchaba sordo y ciego contra todo el mundo y con-

tra él mismo. Quería así ganar la hora decisiva, y defenderse despues de consumado el hecho.

Tres veces se presentó Margarita en Kerlenn y otras tantas llamó inútilmente á la puerta.

Yo veia que el hombrecillo rompería consigo mismo antes que ceder, y no pensé mas que en defender á Pablo contra el delirio de su dolor.....

El mismo formó un proyecto desesperado, que nosotros animamos á título de diversion.

Quedaban tres dias todavia; habia tiempo de ir á encontrar al rector, nuestra única esperanza, y volver antes del casamiento. Pablo se encargó de la expedicion, y partió aquella noche al galope. Juró traer al rector en persona, ó en su lugar una carta para el cura ecónomo de Moustoirac.

Guardóse el mas profundo secreto por parte nuestra y de Margarita; pero ví este último esfuerzo, volverse contra nosotros.

Kerias triunfó altamente con la inexplicable ausencia de Pablo.

—Bien veis, decia, que ese vagabundo, no era Trevihan. Vedlo abí, como ha partido del mismo modo que habia venido..... Tan cómico como es, no ha podido continuar su papel!

Esta opinion se acreditó en el pueblo, y turbó el corazon mismo de Ana María....

Estuve tentado de descubrirle la verdad, pero esta reflexion me impidió hacerlo:

Por qué quitarle el valor de cumplir su sacrificio, si ha de ser, á pesar de todo, inevitable?

Por otra parte, cierto presentimiento, me decia que Pablo llegaria á tiempo....

Sin embargo, llegó el dia de la boda y Pablo no estaba de vuelta....

Asistimos en Kerlenn á los preparativos de la ceremonia..... Kerias llevaba la cabeza alta, apresurando las cosas para mas seguridad.... Juana y sus hijos se miraban sin decir palabra. Ana Maria pálida y temblorosa, se dejaba engalanar como una víctima..... Al menor ruido, estremecíase y se volvia hácia la puerta.....

Las comadres y las *pennerez* le pusieron sucesivamente los redondos zapatos de terciopelo y lazos de cintas, la basquiña azul, bajo la encarnada, con sus mil pliegues sujetos al talle, el *korfsae* (1) del mismo color, con sus mangas de terciopelo sujetas á la espalda, y sus puntas ribeteadas de encarnado por delante, dejando ver el *kor-*

(1) *Korfsae, jubon con mangas.*

kenn (1) escarlata, guarnecido de verde y bordado de arabescos de lana; el *tavencher* (delantal) de seda violeta, con sus largas cintas anudadas sobre las caderas; en fin, la gorrilla de encage con el rostrillo de púrpura, y la cofia blanca, con sus tirillas flotantes.

A pesar de su palidez y húmedos ojos, estaba adorable con este sencillo adorno.

Salimos consternados á ver si Pablo no llegaba.

Los convidados llegaban por todas partes hácia la casa de los Favenneck. Debían salir de allí dentro de una hora, é ir á tomar con Gildas, la desposada, en Kerlenn.

La mayor parte acusaba en alta voz la partida de Trevilian.

— Si se hubiera quedado, decían, le hubiéramos ayudado á romper el casamiento.

En vano mirábamos por todos lados..... el desgraciado no parecía por ninguna parte!

En lo mas alto del pueblo, vimos una mujer de pié, apoyada sobre un palo....

Era Margarita, mas anciana y mas cascada que unca.... Estaba allí desde la aurora, muda, inmóvil, como una encina encorva.

(1) Korkonn, *jubon sin mangas*.

da por la tempestad, clavando su seca mirada en el horizonte.

No encontramos una palabra que pudiese consolar tanta desgracia.... y nos volvimos desanimados á Kerlenn.

No describiré los preliminares de la boda. Este cuadro será mas curioso y mas completo en el Finisterre.

Hay sin embargo un detalle que no puedo pasar en silencio. Gildas tenia unos parientes en Cornualla, y dos de entre ellos habian venido á su casamiento. Eran dos hábiles *copleros* versados en las antiguas costumbres, y que sabian de memoria todos los cantos nacionales. Se encargaron de recitar en la puerta de la desposada los famosos *discursos* de su país, y esta nueva atrajo á Kerlenn toda la poblacion de los alrededores.

A la hora convenida Gildas y su cortejo llegaron á cahallo, con ricos vestidos, adornados de cintas y de flores, precedidos de los *sonneurs* (1) y del *baz-valan*. Este era uno de los *cepleros kernewotes*; debia hablar en nombre del marido. El otro lo habia precedido en la granja, y debia responder en nombre de la desposada: llevaba por

(1) *Tocadores de gaita.*

consiguiente el nombre de *breutaër* (abogado defensor).

A su aproximacion, Ana Maria no pudo reprimir un grito de espanto.... Pero un severo gesto de Kerias le impuso la resignacion.

Nos salimos á la entrada de la casa para asistir al *discurso*, y tambien para ver por última vez si Pablo volvia en fin....

Ved aquí el encantador diálogo que oimos en breton, y que el hijo mayor de Kerias nos tradujo inmediatamente (1).

EL BAZ-VALAN, *sobre las gradas.*

«En nombre del Padre Todopoderoso, del Hijo y del Espíritu Santo, bendicion y alegría en esta casa.

EL BREUTAER, *delante de la puerta cerrado,*

«Y qué tienes, pues, amigo mio, que tu corazón no está alegre?

—Tenia una palomita en mi palemар, con su pichon, y he aquí que el gavilan acudió como una bocanada de viento, ha asustado

(1) Lo completamos aquí, tal como Mr. de Lavillemarqué lo ha reproducido en el Barzas-Breiz.

á mi palomita, y no sé qué ha sido de ella.

—Te encuentro muy adornado para un hombre tan afligido; has peinado tus rubios cabellos como si fueses á un baile.

—Amigo mio, no os chanceeis; no habeis visto mi palomita blanca? No habrá en el mundo felicidad para mí, si no vuelvo á encontrar mi palomita.

—Yo no he visto tu palomita, ni tu pichon blanco tampoco.

—Jóven, tú mientes; las gentes de los alrededores la han visto volar del lado de tu patio y descender á tu verjel.

—Yo no he visto tu palomita, ni tu pichon blanco tampoco.

—Mi pichon blanco, lo encontrarán muerto si su compañera no vuelve; morirá mi pobre pichon. Voy á ver por el agujero de la puerta.

—Detente, amigo, tú no irás; voy á ver yo mismo...”

(Aquí el *breutaër* entra en la casa, y vuelve al cabo de algunos minutos.... Roberto aprovechó este momento para ir á echar una ojeada sobre el camino.... Pablo Trevihan no parecia.—La escena continuó).

«He ido á mi jardin, amigo mio, y no he encontrado la paloma; pero gran cantidad de flores, lilas, escaramujos, y sobre todo una linda rosita que florece en el rincon de

la cerca; voy á buscarla, si la quereis, para alegrar vuestra imaginacion.»

(Vuelve á entrar segunda vez, y conduce por la mano la mas pequeña de las hijas de Kerias, de edad de dos ó tres años).

EL BAZ-VALAN.

Encantadora flor en verdad, y tan gentil como es menestar para alegrar un corazón! Si mi pichon fuera una gota de rocío, se dejaria caer sobre ella. (Y despues de una pausa). Voy á subir al granero, tal vez mi paloma haya entrado allí volando.

EL BREUTAER.

Quedaos, amigo, voy á ver yo mismo.

(Esta vez vuelve con Juana Kerias. La jóven madre estaba adornada de los piés á la cabeza, y á pesar de su tristeza y turbacion, merecia otro cumplimiento en vez de este):

«He subido al granero, y no he encontrado ninguna paloma, solo esta espiga abandonada despues de la siega. Ponla en tu sombrero, si quieres, para consolarte.

«Tantos granos como tiene la espiga, tantos polluelos tendrá mi paloma blanca bajo

sus alas, en su nido y ella en medio, muy dulcemente. (Y despues de una nueva pausa). Voy á buscarla en el campo vecino.

—Deteneos, amigo mio, no ireis todavia. Ensuciaríais vuestros hermosos zapatos; voy yo en vuestro lugar. (Tercera entrada y tercera salida del *breutaër*, que presenta á la abuela encorvada sobre su palo).

«No encuentro paloma en ninguna parte; no he encontrado mas que una manzana arrugada hace largo tiempo bajo el árbol, entre las hojas; metedla en vuestra faltriquera y dadla de comer á vuestro pichon y llorará mas.

—Gracias, amigo mio. Por estar arrugado un buen fruto, no pierde su perfume. Pero no tengo nada que hacer de vuestra manzana, de vuestra flor, ni de vuestra espiga. Lo que yo quiero es mi palomita y voy decididamente á buscarla.

—Señor Dios! qué perfecto es este mozo! Ven, pues, amigo mio, ven conmigo: tu palomita no está perdida: soy yo quien la he guardado en mi cuarto, en una jaula de marfil, cuyas rejillas son de oro y plata: allí está, tan gentil, tan bella, tan adornada.»

El *baz-valan* fué entonces introducido. Se puso á la mesa y bebió con el padre de la desposada. En seguida volvió al umbral por Gildas. Kerias fué al encuentro de su yer-

no y le entregó una cincha de caballo; después gritó tres veces:

—Venid, Ana María!

Este momento fué de una terrible solemnidad. Todos los asistentes se estremecían y alargaban la cabeza en silencio.... No se oía mas que el repique de la campana que llamaba á los desposados á la iglesia.

Vi levantarse y acercarse un torbellino de polvo. Creí que era Pablo y me lancé hácia él. Todos sus partidarios me comprendieron é hicieron el mismo movimiento.

Ay de mí! nos habíamos engañado.... Era un convidado que llegara tarde!

Ana María se hizo esperar largo tiempo. Al fin sus sollozos la anunciaron, y apareció conducida por Juana....

No hubieran marchado de otra manera al suplicio. Se hubieran creído dos cuerpos abandonados por sus almas, ó mas bien dos ángeles (porque su belleza estaba mas encantadora) condenados á caer del cielo á la tierra. Sus rostros estaban inundados de lágrimas; sus ojos se fijaban sin ver; sus piernas flaqueaban á cada paso. No tenían valor ni fuerza mas que para sortenerse la una á la otra.

Nunca habia visto, ni aun en la Baja Bretaña, tal ejemplo de sumision al jefe de la familia.

Ana María levantó sobre el camino y sobre el horizonte una larga mirada que animaba una última esperanza.... y que vino á parar lánguida y desesperada, sobre su madre y sobre nosotros.

Juana la tomó en sus brazos, y Gildas se dirigió hácia ella con la cinta en la mano. Ató la hebilla y las correas á la cintura de la *guerchez*, y durante esta toma de posesion brutal, el *breutaër* cantó el *sonen d'ar gouriz* (de la cintura).

«He visto en una pradera una jóven y alegre yegua;

«Que no pensaba mas que en holgarse en el prado;

«Que en pacer la verde yerba y abrevarse en el riachuelo;

«Cuando pasó por el camino un jóven caballero tan bello!

«Tan bello, tan bien formado y tan vivo! sus vestidos resplandecian de oro y plata;

«Y la yegua al verlo se quedó inmóvil de sorpresa;

«Y se acercó lentamente, y alargó el cuello hácia él;

«Y el caballero la acarició con la mano y acercó su cabeza á la de ella.

Y poniendo la brida y la cincha se la llevó con él....»

Gildas deslió las correas y el *baz-valan*

cantó á su turno, haciendo arrodillarse á la desposado delante de sus parientes:

Ahora, jóven, (1) doblad vuestra rodilla é inclinad vuestra frente bajo las manos de vuestro padre.

«Llorais?—Oh! mirad á vuestro padre y á vuestra pobre madre!

«Ellos lloran tambien! pero cuánto mas amargas son sus lágrimas que las vuestras!

«Van á separarse de la hija que han mecido y hecho bailar en sus brazos.

«Quién no sentirá desgarrarse su corazón á la vista de semejante dolor?

«Y sin embargo es menester que esos llantos cesen!

«Padre tierno, tu hija está allí, mírala! de rodillas, los brazos extendidos! Pobre madre, alarga tus manos!

«Una plegaria y una bendicion para la hija que va á partir!»

Todos los asistentes lloraban. El mismo Kerias tenia humedecidos los ojos.

Sí, sí! hija mia, gritó con Juana, extendiendo las manos sobre Ana María, recibe nuestra bendicion!»

El *baz-valan* añadió con gravedad:

(1) Esta última parte de los discursos de boda, ha sido traducida por M. Emile Souvestre, en sus *Ultimos Bretones*.

«Muy bien, jóven! has obedecido á los mandatos de Dios. Levántate y abraza á tus padres.»

Y mientras que la *gwerchez* se precipitaba en el seno de su madre:

«Confía de hoy en adelante en tus fuerzas, porque vas á pertenecer á un hombre!

«Y antes de acabar pido á los jefes de la familia aquí presentes, una huelga para los hermanos, las hermanas y los amigos de los desposados, para que puedan bailar en la boda. Ruego, á los padrinos y madrinas que se han obligado para con estos jóvenes en la pila del bautismo, aprueben su union y asistan á su casamiento. Empeño tambien y convido á todos los que me ven y me oyen....»

En fin, descubriéndose y haciendo señal á todos de imitarle:

«Con respecto á aquellos que han muerto, y que estaban unidos con nosotros por los vínculos de la sangre, no los invitaré, porque sus nombres harian sufrir demasiados corazones; pero pidamos todos juntos para ellos, la salud de la Iglesia y el reposo de sus almas....»

Y el canto de alegría tuvo por conclusion el *De profundis* recitado en alta voz por el *baz-valor*, y repetido en voz baja por la asamblea entera.

En medio de las crecientes emociones de esta escena digna de los patriarcas, no habíamos olvidado á Pablo Trevihan.... Y mirábamos siempre hácia el camino, mientras que el himno fúnebre resonaba delante de la puerta.

Nada aparecía, nada! Y no sabíamos qué se habia hecho de nuestro amigo.

Ya el cortejo se ordenaba para ir á la iglesia. Gildas, teniendo un caballo de la brida, lo conducia cerca de Ana María. La jóven, abatida, aniquilada, tocaba á la extremidad de las gradas.... Y su nuevo dueño alargaba los brazos hasta ponerla á la grupa detrás de él.... cuando un ruido repentino hizo volver todas las cabezas....

Un caballero se precipita al galope en el patio, sale de un torbellino de polvo como el relámpago de entre una nube, y grita á Gildas: «Detente! esta mujer no te pertenece!» Atraviesa las filas de convidados confundidos, arrójase hácia Ana María, la levanta sobre su caballo y ambos desaparecen.

Todos habian reconocido á Pablo Trevihan; pero cuando cada cual lo nombró, ya habia desaparecido....

XIII.

EL RECTOR.

Renuncio á pintar el tumulto y los gritos que se siguieron á esta sorpresa... Mi propia emocion sería imposible de explicar. Las dos familias y los dos cortejos quedaron estupefactos, aturdidos, creyéndose el juguete de una vision. Despues se convirtió en un murmullo de clamores, ayes, y preguntas confusas.

Los unos con Kerias á la cabeza querian perseguir al raptor, pero no sabian qué direccion tomar. Acordaron al punto lanzarse en distintas direcciones.

Los otros rodearon á Gildas y sus padres, que habian perdido la cabeza y no podian mas que balbucear.

Un gran número,—lo ví con alegría—atesiguaban con su silencio, ó aun por sus palabras, que ellos hubieran hecho como Pablo Trevihan.

En fin, todo se explicó al cabo de una media hora, por la aparición de un nuevo personaje.

Era el antiguo cura ecónomo de Moustoirac, venerable anciano con la cabeza blanca, que cubierto de sudor y fatiga, seguido de mi primer mensajero, llegó al patio de la granja en el momento en que Kerias volvía con sus amigos.

Hé aquí lo que nos dijo el sacerdote.

Mi correo lo habia encontrado dispuesto á acompañarle, pero retenido por un cruel acceso de gota, esperaba su restablecimiento de dia en dia, cuando Pablo llegó á su lado. Su valor entonces aumentára sus fuerzas y se habia puesto en camino con su protegido. Los retardos causados por el dolor, le habian solamente impedido llegar á tiempo.

A dos leguas de Moustoirac, habia divisado Pablo á los convidados á la boda y oido las campanas que anunciaban la ceremonia. Nada habia podido entonces contener su impaciencia.... Habia ganado á Kerlenn con la rapidez del rayo, é interrumpido la boda llevándose á la desposada.

El rector vituperó altamente esta accion,

aunque hubiera hecho cuarenta leguas para defenderle; pero aseguró que Ana Maria no podia estar mas que en casa de Margarita, y ofreció á Kerias el ir á huscarla en su compañía, *con condicion de que todo casamiento seria suspendido.*

El modo con que el santo varon acentuó estas palabras, nos hizo conocer que estaba por nosotros. Le dí las gracias estrechándole las manos con efusion, y ví en la turbacion de Kerias, que cedia ya delante del rector.

Con la simple intervencion de este poder sagrado, el cortejo de boda se dispersó como una nube de polvo llevada por el viento.

El piadoso viajero no tomó mas que algunos instantes para descansar en Kerlenn, y para completar su conviccion por una conversacion con Roberto y conmigo. Despues de lo cual le condujimos casa de la profetisa, con Kerias y Juana.

En las cercanías de la choza, oimos unos gritos violentos, y percibimos grupos de aldeanos prontos á venir á las manos. Eran unos amigos de Gildas que querian recobrar á Ana María, y partidarios de Pablo que habian acudido á defenderla. Ya los golpes se sucedian á las palabras, y los *pen-baz* (1)

(1) Pen-baz, porras.

volaban en el aire.... cuando el sacerdote se interpuso entre los combatientes.

Al aspecto de esta frente venerable y de este traje de sacerdote, hubiérais visto detenerse los mas encarnizados, y ambos partidos renunciar por de pronto á la victoria.

Solamente cuatro de ellos osaran todavía injuriarse alejándose. El rector los llamó con autoridad, les vituperó el que agriasen las cosas con tal ejemplo, y les hizo abrazarse delante de Kerias, para preparar á las familias á la reconciliacion.

Esta escena nos pareció de un excelente augurio, y entramos llenos de esperanza casa de Margarita.

Encontramos á Ana María bajo la custodia de la profetisa, como el pastor lo habia anunciado. Pablo se arrojó á los piés del anciano y le pidió perdon de lo que habia hecho. Tambien se justificó respetuosamente con Kerias.

—Poneos en mi lugar, dijo, y acordaos que estaba delirante. Era necesario, además, obrar, porque no hubieran escuchado mis palabras, y un instante mas tarde, Ana María estaba perdida para mí.

El rector dejó á Kerias estallar en baldones. Despues dirigió á Pablo una reprension paternal.

Fuimos sorprendidos y encantados de la

actitud de Margarita durante esta discusión. Desde que habia encontrado á su hijo no era la misma mujer. Ella, que no se levantaba de algun tiempo á aquella parte mas que para maldecir, que no abria la boca mas que para amenazar, tendia hoy la mano á todo el mundo, no tenia mas que palabras de gracia y conciliacion; queria hacer dulce su triunfo á sus enemigos vencidos, y hacia todos los obsequios posibles á Kerias y á su mujer, y colmaba de caricias á Ana María, que su ternura disputaba á Juana.

Una trasformacion no menos sorprendente se habia verificado en su casa; el orden habia sucedido al caos, y el prolijo cuidado de la madre de familia al descuido prolongado de la profetisa.

Los baules, las camas, la cuna, los armarios, estaban colocados con simetra y perfectamente encerados.... La antigua loza, los vasos tallados, algunas piezas de plata, las alhajas de otra época, todos los antiguos tesoros de menaje, relucian á cual mas en las tablas del bazar. Un pan fresco y blanco, una vasija de leche pura, una botella de vino añejo excitaban el apetito sobre el blanco mantel. Todo brillaba y sonreia en este interior que habíamos visto tan triste y tan sombrío. No se hubiera desplegado

mas coquetería en el día de un *gweladen*.

Es que Pablo era un Dios para Margarita, que había querido hacerle un templo digno de él! Ana María tenía también su parte en esta interesante metamorfosis.

Kerías examinaba todo aquello mirando de soslayo y su fisonomía y palabra iban endulzándose.

—Vamos, dijo el rector, colocándose entre la anciana y Kerías, no se trata aquí de querellarnos, sino de explicarnos amigablemente. Yo soy vuestro padre común; he visto nacer y he bautizado estos dos niños; he sido testigo del voto que los ha ligado; conozco vuestras diferencias hace largo tiempo; sé todo lo que ha sucedido de un mes á esta parte, y vengo desde el interior de la Bretaña á ponerlos de acuerdo. Tal vez moriré de sus resultas, pero habré hecho mi deber.

Tomando entonces la mano de Pablo y considerando su hermoso rostro:

—Este jóven, prosiguió, es Pablo Trevihan, el hijo de Margarita, el que he entregado dos veces á Juana, algunos días después de su nacimiento y el día de la partida de sus padres. Mis ojos y mi corazón lo reconocen, como los ojos y el corazón de su madre lo han reconocido; como vosotros todos lo reconocéis, si estais de buena fe. Yo veo

aquí el dedo de Dios y me siento intérprete de su voluntad. José Kerias, creéis mi testimonio, y quereis seguir mis consejos?

Kerias, segun su uso, no respondió ni sí, ni no; pero sus objeciones fueron tan embarazadas, que el pastor leyó fácilmente en su alma.

—Creéis como yo, replicó con fuerza, y veo lo que os combate y os detiene! Habeis jurado al cielo casar á Pablo y á Ana María, y habeis prometido vuestra hija á Gildas Favenneck. Pero Gildas no es mas que un hombre, Kerias; y vuestro primer juramento, el juramento hecho á Dios, es el solo que os obliga. Unicamente me dirijo á vuestra fe, bien entendida. Ante la humanidad y ante la ley, sois libre, sin duda. Ministro de la religion, hablo en nombre de la religion sola. Todavía una pregunta, José Kerias, quereis permanecer fiel á Dios ó á los hombres, á vuestra conciencia ó á vuestros intereses?

El anciano se volvió hácia Kerias, y vió con sorpresa que escuchaba apenas..... El exámen de los muebles y alhajas de Margarita distraia á su pesar su pensamiento y sus miradas.

Esta fué una nueva inspiración para el rector.

—Temeis, continuó, las reclamaciones y

procedimientos de los Favenneck. Estad tranquilo en ese punto. Al salir de aquí, iré á su casa, y Margarita no es mujer que os dejará sufrir ningun descalabro....

—Yo me encargo, dijo noblemente la profetisa, de todas las restituciones que se exijan. Despues de haber vivido quince años con pan y agua, puedo dar á mi hijo con qué hacer frente á sus negocios.

Una sonrisa imperceptible del hombrecillo nos anunció que el obstáculo mayor se habia vencido....

—Pero en fin, replicó sin embargo, á pesar de todo el valor de vuestra palabra, señor rector, quiero tener en mi poder una seguridad, un escrito..., una prueba; en una palabra, que sea efectivamente este jóven Pablo Trevihan!

Eso me resta todavía, respondió el santo varon. La Providencia nos ayudará en esto como en todo lo demás. No os pido mas que un mes para desvanecer todos vuestros escrúpulos.

Kerías paseó de nuevo su mirada de lince sobre los armarios de Margarita. Calculó sin duda todo lo que una economía de quince años debia tener allí encerrado de escudos; porque la profetisa habia heredado de su suegro y de su marido. Se dijo para sí que una mujer tan separada del mundo, daría

cuanto tuviese á su *pennherr*, á quien idolatraba.... Y concluyó con que tal vez este partido podria valer mas que el de Gildas Favenneck, y dijo á Margarita y á Pablo tendiéndoles la mano:

—Y bien! puesto que el señor rector lo quiere absolutamente, y que vos os encargais de las restituciones.... *emparentaremos* dentro de un mes, si el señor rector cumple su promesa.

Diéronse las manos de una parte y de otra. Los dos jóvenes se abrazaron, y con qué dicha! Las mejillas de Ana María resplandecieron como dos rosas bajo la lluvia del rocío.... Yo dí gracias de nuevo mil veces al evangélico pastor.... Y mientras que iba casa de los Favenneck, volvimos con los Kerias á Kerlenn.



XIV.

DOS MESES DESPUÉS.

Al fin del mes siguiente, cuando volví á pasar con Roberto, de vuelta de nuestro viaje en Bretaña, fuimos derechamente á la cabaña de Margarita. Los alrededores, tan escabrosos hacia poco tiempo, estaban desconocidos. Podados los árboles, abiertas las sendas, segadas las praderas, los campos llenos de semillas, los cercados zumbando de abejas, los ruidos de las trillas y aventadores, los bramidos de los ganados, los cantos de los labradores y segadores, anunciaban una granja en toda su riqueza y prosperidad....

Penetramos en el interior; todavía era mas alegre. En medio de todas las señales de la comodidad campestre, la familia y los mozos rodeaban la mesa. Contra el uso breton, que excluye las mujeres de la comida de los hombres, Margarita, rejuvenecida en su persona y vestidos, ocupaba magistralmente el primer asiento. En frente de ella estaba Pablo, siempre noble y hermoso, siempre soberbio y radiante, siempre adornado de sus largos cabellos dorados, como de una aureola, siempre fiel al rico vestido de Faouët, que tanta dicha le habia proporcionado! A su derecha, objeto de sus paternales cuidados, estaba sentado un niño de doce años, en el que reconocimos al pequeño Rafael, el hijo de los saltimbanquis. Los mozos de la casa guarnecian los dos lados de la mesa.

Delante del hogar iba y venia una joven cuidadosa y diligente, rosada y encantadora, la cruz de casada pendiente del cuello, el anillo de oro brillando en el dedo, la cofia levantada sobre su cabeza, el delantal atado á las caderas, la mano sobre el mango de la sarten, y la vista sobre todo el mundo.

Era la bella *gwerchez* Ana María, hoy mujer de Trevihan, y mas hermosa todavía, si era posible....

Detrás de ella y muy cerca del lecho nupcial, estaba la cuna de Pablo, debajo de la pequeña Madonna, mas fresca y arreglada que nunca, esperando un niño que no se haria desear.

Quedamos encantados delante de este gracioso cuadro, saboreando esta felicidad en que habíamos tenido parte.

Despues nos recibieron con los brazos abiertos; nos festejaron como á unos amigos; nos hicieron probar todos los vinos; nos pasearon en todo el terreno; nos confiaron todas las alegrías de la casa, y nos contaron cómo se habian cumplido.

Pablo y el rector habian vuelto á encontrar los *diverruzed*, y obtenido importantes revelaciones. Estas revelaciones nos pusieron sobre las huellas de los primeros raptos, que recorrian á la sazón el país de Nantes. Por súplicas y por amenazas, por promesas y por dinero, el pastor habia arrancado confesiones completas á la misma mujer que habia robado á Trevihan. No oponiéndose nada mas al casamiento de este, los desposorios se renovaron inmediatamente: como lo habia previsto Kerias, Margarita, mas rica que se creia, lo habia dado todo á su hijo.... y la boda habia sido bendecida en Moustoirac, por el rector en persona.

Empero antes de celebrarse y para quitar á Pablo las manchas de su primer estado, el sacerdote le habia evangelizado solemnemente.

Esta ceremonia es una de las mas patéticas y antiguas en la Baja Bretaña. Se efectúa por lo regular en las iglesias consagradas á Nuestra Señora de la Piedad. Se someten secretamente á ella los *paotred* que llevan una vida desarreglada, que abusan del vino en las tabernas, y del *pen-baz* en los mercados, que saltan con frecuencia al oficio del domingo, y que pasan por delante de la cruz sin quitarse el sombrero. Se evangeliza sobre todo á los blasfemos, y en fin, á todos aquellos que han alterado sobre su frente la señal del bautismo.

Pablo se presentó solo á media noche en el santo lugar. Atravesó el cementerio, lleno de tumbas y sembrado de cruces; y fué á arrodillarse en la capilla alumbrada por la sola lámpara del tabernáculo, donde no se oia mas que el vaiven de la péndola del reloj. El anciano sacerdote llegó, llevando la sobrepelliz y la estola. Preguntó al jóven si se arrepentia de las faltas voluntarias ó involuntarias de su juventud vagabunda. Pablo lo juró sobre el alma de su padre y repitió su juramento sobre el Crucifijo. Entonces el rector le puso la estola sobre la cabeza, le exorcizó y le bendijo; despues lo levantó y

lo abrazó tiernamente. Pablo se volvió siempre solo, y cristiano sin mancha.

El día siguiente los mas escrupulosos lo saludaban fraternalmente, y sus mismos enemigos le estrechaban la mano. Tambien el país entero bailó en sus bodas, que fueron las mas brillantes de que se hacia memoria.

El buen rector, despues de haber acabado su piadosa mision, se habia vuelto, curado por la alegría, cerca de su rebaño.

—Y la noche de vuestro casamiento, pregunté á Ana María, visteis la cierva de Santa Nonnoch?

—Yo no debia verla, respondió la jóven sonriendo y mirando á Margarita, mas que si me hubiera casado con Gildas Favennek!

—A propósito, dijo Roberto, qué se ha hecho de ese pobre Gildas?

—Se ha consolado pidiendo la mano de mi segunda hermana. Nuestras dos familias se han puesto así de acuerdo, y el casamiento se hará el próximo dia de Santa Ana.

—He aquí, pensé, la obra maestra del tio Kerias! Dudaba entre dos buenos partidos, y ha encontrado el medio de conciliar el uno y el otro, evitando al mismo tiempo las restituciones!

—Y este pobre niño, continué en voz baja señalando á Rafael, cómo habeis podido separarlo de su madre?

—Se lo he comprado! me dijo Pablo al oído. Y á él le ha prometido que volveria pronto con ella, y espero que nuestros maternales cuidados le harán olvidar la madrastra. Ya con las caricias de mi familia, casi no se acuerda mas que de las crueldades de la suya. Ana Maria es tan buena madre para él, que concluirá por darla este nombre.

Advertimos en efecto, que Rafael se habia robustecido, engruesado y embellecido. No le quedaba mas que un reflejo de melancolía que aumentaba la gracia de su sonrisa.

Nos aseguramos al dia siguiente de la union de las tres familias, visitando á los Trevihan, los Kerias y los Favennek. Despues nos despedimos de todos, prometiéndoles volver algun dia, haciéndoles algunos presentes, y agradeciéndoles su hospitalidad.

Roberto conoció entonces lo prudentemente que yo habia obrado en llenar mi maleta de rosarios, cruces de plata, santas imágenes, y sobre todo de muselinas y de muestras de paños. Hicimos con estas bagatelas felices y amigos á discrecion.

Cuando ofrecimos nuestros mas hermosos rosarios á Margarita y á Pablo, y nuestra mas rica cruz á su mujer,

—Voy á juntarla á nuestros talismanes,

á nuestros *louzou*, dijo el marido abriendo un armario;

Y nos enseñó, cuidadosamente colocados en un cajon, su antiguo vestido de *diverrus*, eterna leccion para la vigilancia maternal: la *soule* y el reloj que habia ganado en la capilla nueva;—la cinta arrancada al delantal de Ana María,—el ramillete de rosas que le habia arrojado en el teatro;—y en un lugar preferente, en un lindo cuadro dorado, la plegaria á Nuestra Señora,—ese sagrado legado de la ternura de su madre, ese recuerdo libertador de su infancia, esa estrella que le habia salvado de la borrasca y conducido al puerto, ese paladium de su techo, de su familia y de su destino....

Ya no estaba solo para repetirla en adelante. Toda la familia la recitaba en comun, tarde y mañana, delante de la Madonna y la cuna.

—Y harán bien en no faltar nunca á ello! nos dijo misteriosamente la profetisa, despidiéndose de nosotros, porque la *korri-gan* que habia arrebatado á Pablo y que no ha podido retenerlo, tratará algun dia de robarle un hijo suyo.

—Cómo! exclamé, creéis todavia....

—Que ese saltimbanquis no es otra cosa que una *korri-gan* en forma humana, que se conserva en ella para volver pronto por aqui!

No traté de desengañar á la buena anciana; hubiera sido imposible....! Su idea fija estaba demasiado arraigada. Los hijos de Pablo y Ana María, serán guardados con toda fidelidad.

FIN DE LA DESPOSADA DE MOUSTOIRAC.

Y puesto que la historia de la Desposada de Moustoirac, os ha puesto al corriente de las costumbres y usos del país, volvamos á emprender, querido lector, nuestro camino á través del Morbihan.



JORNADA TERCERA.

LA CAPILLA DE S. NICODEMUS.—OFRENDÁ DE GANADOS Y DE BARBAS.—BAUD: LA VENUS DE QUINIPILY Y EL HÈRCULES DE LOCMINÉ.—AL PASO UN POCO DE CIENCIA.—NUESTRA SEÑORA DE LA LUZ.—GUIJARROS SAGRADOS.—VESTIGIOS ROMANOS.—CUADROS TRISTES.—BRETONES Y MARRANOS.—PONTIVY.—NOYAL PONTIVY.—LENGUAJE DE LAS BESTIAS.—EL PEULVAN QUE VA Á BEBER AL RIO.—VISTAZO Á JOSSELIN.—NUESTRA SEÑORA DE RONCIER.—SU PROCESION.—SEPOLCRO DE OLIVIER DE CLISSON.

Mucho nos habia alabado Margarita la capilla de S. Nicodemus, para que hubiese dejado de ser una de nuestras primeras visitas. Atravesamos animosamente, con tal objeto, un desierto completo de arenales incultos.

Esta capilla, que oscurece enteramente la iglesia de Plumélian, de quien depende, es en efecto uno de los mas graciosos edificios que pueden imaginarse. Su elegante aguja, circunvalada de dos cuerpos de campanas, y flanqueada de una alta torrecilla, se eleva al extremo de un frondoso valle, entre olmos y castaños gigantescos, á algunos pasos de la rivera izquierda del Blavet. Las dos galerías que separan los campanarios son de un trabajo delicioso, lo mismo que el adorno de estos y de la aguja. Esta no tiene menos de veinte metros de altura además de la torre en que está colocada. Edificada en 1629, por Dom Louis, baron de Kernevot, rector de la parroquia, la capilla de S. Nicodemus pertenece al brillante estilo ojival del siglo XVI. Tambien tiene algo en su adorno del gusto del Renacimiento. La puerta principal está coronada de festones, recortados con una gracia verdaderamente aérea. Los pedestales y gárgolas de la torre, representan animales simbólicos, cabezas humanas y salamandras.

En el primer sábado de agosto es cuando se celebra todos los años la feria de S. Nicodemus. Este bienaventurado, como ya se ha dicho, es el patron de los ganados del canton. Antes de ponerlos en venta, los llevan sus dueños procesionalmente alrededor de la

capilla. Margarita no habia exagerado ni una palabra: los buenos de los animales, adornados de hojas y cintas, desfilaban como verdaderos cristianos, al son de una música campestre, precedidos de una buena cantidad de estandartes; esto debia preservarlos de toda enfermedad y asegurar una abundante cosecha. El clero no se mezcla en esta ceremonia, que las mas veces no se atreveria á prohibir, pero celebra durante ella una misa por los bienhechores de la capilla. Unas cincuenta cabezas de ganado se venden todos los años en provecho del santo, en cuyo nombre, por una costumbre edificante y muy rara, el producto tan subido de esta puja (porque se va á quien da mas por los animales benditos), se distribuye á préstamo entre los labradores que han perdido sus ganados ó cosechas. No es esta la verdadera fraternidad cristiana? Se ha visto jamás supersticion mejor utilizada?

A la izquierda, muy cerca de la capilla de S. Nicodemus, se encuentra la fuente del mismo nombre, construida por igual estilo y cincelada con el mismo gusto. El arroyo que de ella se desprende, no es el menor encanto de este vallecillo sagrado. Allí es donde los padres y madres, como Kerias y Trevihan, van á mojar á sus hijos enfermos en el agua saludable. Da por resultado

una crisis violenta, que los salva ó los mata inmediatamente. La fuente sana todas las enfermedades, grandes ó pequeñas, y especialmente las epidémicas. El día del gran *pardon* de S. Nicodemus, delante de la multitud reunida de diez leguas en contorno, una figura de ángel, empujada por un movimiento de *va y ven* sale de la segunda galería del campanario, baja majestuosamente á lo largo de una cuerda gruesa, enciende un castillo de fuego colocado á alguna distancia, y mientras que la llama oscila en el aire, se remonta á la galería, lanzando una lluvia de fuegos artificiales.

Otra devocion particular tienen los plamelienses: algunas semanas antes de la fiesta de su patron, contra el uso que prohíbe llevar barbas á los brezonnek, se la dejan crecer tan larga y espesa como es posible, y se la hacen afeitar la mañana del *pardon* sobre el banco de piedra de la fuente, en la cual al mismo tiempo se purifican. Estas cabezas barbudas, gravemente colocadas delante de los *Figaros* de aldea, y que van á caer llenas de espuma en el agua consagrada, forman el cuadro mas estravagante y original.

Se me olvidaba una tradicion que nos refirió el sacristan, llevándonos por las galerías del campanario.—Esta aguja, nos dijo,

no ha sido edificada por el baron de Kernevot, sino por el hijo del arquitecto que acababa de levantar la torre de Kelvin. Desconsolado el padre de haber sido sobrepujado por su hijo, se precipitó desde lo alto de su obra.

Desde S. Nicodemus, conduje á Roberto á Baud, delante de la célebre *Venus de Quinipile*, llamada así, porque ocupa el patio de este antiguo castillo, y sobre cuya espalda disputan los anticuarios hace mas de cien años.

Yo no sabré describirla mas exactamente que M. Próspero Merinec: «Está cortada en un solo trozo de granito y es de un trabajo excesivamente grosero. Su altura es de seis piés y medio, poco mas ó menos. El granito es negruzco, cortado con finura, pero sin pulimento; está en pié, los brazos cruzados sobre el pecho, los codos hácia atrás. Los brazos son evidentemente muy cortos. Los cabellos, divididos sobre la frente, caen por la espalda en dos guedejas iguales; una venda cubre lo alto de la frente, otra mas ancha pasa por lo alto del cuello, envolviendo los extremos de la primera venda, y las dos guedejas de cabellos; sus dos extremidades caen paralelamente por delante, á lo largo del cuerpo, hasta la mitad de los muslos poco mas ó menos; las manos de la estatua parece que

están apretando la cintura. Desde el bajo vientre, los dos extremos de la banda se desauchan; y dan la apariencia de una estola. Por otra parte, la estatua está completamente desnuda; el cuerpo no es, hablando propiamente, mas que una masa informe, cuadrada, y abultada por todas partes. Mas sentimiento de la naturaleza se observa sin embargo, en los miembros inferiores. Vista de perfil, tiene la estatua las rodillas ligeramente inclinadas hácia adelante, y una línea á plomo, tirada desde lo alto de la frente, caería mas allá de los talones; el equilibrio está restablecido por un pilar, tomado del mismo trozo, y sobre el cual se apoya la estatua. En cuanto al rostro, es tan informe cuanto cabe en lo posible; sin embargo nada quiero omitir; los ojos son grandes, é inclinados hácia el ángulo externo, se advierte que la nariz ha sido rota, la boca tallada de un solo golpe de cincel; todas las líneas ó rasgos son planos, y la redondez de las mejillas apenas está indicada. Sobre la banda de la frente se ven tres letras como de pulgada y media de largas, y perfectamente formadas, IIT, esculpidas en relieve, de salida poco mas ó menos de una línea. Esta inscripcion ha sido y será todavía por mucho tiempo la desesperacion de los anti-
cuarios. *Iit*, en breton, quiere decir *va*; pe-

ro qué sentido dar á esta palabra? Algunos han pretendido que en lugar de IIT, decia LIT, y entonces han citado una diosa Alitha, Litha, Lith, diosa árabe, fenicia, etc. Ciertamente dice allí IIT, me he asegurado de ello subiendo al pedestal. Uno de mis amigos subió tambien; ambos leimos lo mismo, y lo repito, las letras estan trazadas tan distintamente, que es imposible equivocarse.»

Sobre este último punto no fuimos de la opinion de Mr. Mericné. Reconocimos, como ya lo habian hecho MM. Moët y de Courson, que allí dice realmente LIT, pero que el garabatico de la L ha sido gastado por el tiempo. En el siglo anterior, por otra parte, el admirante Thévenard, habia leído la palabra toda entera.

He aquí en efecto la gran cuestion, IIT nada absolutamente significa: LIT por el contrario, daria á la estatua la mas alta antigüedad. Se llamaba así, entre los babilonios y los árabes, á la diosa de los misterios de la noche, la madre de los seres. El Coran la designa todavia bajo este nombre (capítulo 53, versículos 19 y siguientes). Hay tambien la *Hilt* de los griegos y la *Ladona* de los latinos dotadas de iguales atributos. Y además, se va á ver, que la historia y el papel de la Venus bretona, de-

signada así fuera de tiempo, se refiere completamente á esta apelacion misteriosa.

Se lee en todos los escritos del archivo de Quinipily. Sobre una pequeña montaña rodeada por el rio de Blavet, junto al puente de S. Nicolás, parroquia de Bieuzy, habia una estatua antigua groseramente cortada, que representaba una mujer gruesa, de cerca de siete piés de altura. El vulgo la llamaba en breton *groa hoart*, que quiere decir en francés la *vieja de la couarde*. (1). Cerca de la estatua hay una hermosa piedra ahuecada en forma de fuente, lo que induce á creer, que los antiguos habian hecho sacrificios en aquel sitio á alguna de sus divinidades, representada por esta misma estatua. El pueblo le profesaba la mayor veneracion, y la invocaba para la gota, el reumatismo y las demás enfermedades. Las recién paridas, iban á tomar un baño en es-

(1) Otros dicen, con el abate Mahé, *gro-nech pouarn*, á causa del color del granito. Los partidarios del primer nombre lo explican por la proximidad del priorato de la Couarde, en Bieuzy, — así designado, porque ocupaba el lugar de la antigua estacion romana de la Guardia, en *Celta Arc' nard*, del latin bárbaro *Coarda*, inscrito en el titulo de fundacion. La alquería vecina se llama todavía *La Couarde*.

ta fuente. Las jóvenes y mozos que querian casarse, hacian allí su ofrenda de una manera extraña. En 1671 fué una mision á Baud. Los misioneros, al ver los abusos que se cometian, suplicaron á Claudio de Lannion, señor de Quinipily, que arrojase la estatua al rio. Claudio obedeció al instante; pero habiendo sobrevenido excesivas lluvias, el pueblo atribuyó esto á un castigo por la caida de la diosa, la sacó del rio y la colocó en su sitio. Monseñor de Rosmadec, obispo de Vannes, tambien pidió á Pedro de Lannion que la hiciese pedazos. Pedro envió á sus criados y albañiles, pero estos últimos, intimidados por la multitud, se contentaron con medio cortarle un brazo y arrojarla al agua. (En medio de estas mudanzas y combates habia perdido la nariz). Mas tarde, el señor de Lannion la sacó del rio á instancias del pueblo, la hizo recortar de un modo mas decente, y trasportarla á su castillo de Quinipily. El duque de Rohan se la disputó inútilmente en un largo pleito seguido ante el tribunal superior de Rennes. Se emplearon cuarenta pares de bueyes para arrastrar la fuente hasta Quinipily.”

La fuente existe siempre á doce ó quince piés debajo del pedestal, que reposa sobre una plataforma. Es un arteson de granito,

oblongo, donde dicen, que algunos campesinos van todavía á llevar su homenaje nocturno á la diosa. Se añade, que el que intentase quitarla ó destruirla, se atraeria grandes males.

Por lo tanto, teníamos á nuestra vista, la imágen de una supersticion tan antigua como el mundo, y que habia sobrevivido á todas las revoluciones políticas y religiosas. Esto haria de la Venus de Quinipily una curiosidad verdaderamente sin igual....

Mr. Merimé, con su escepticismo ordinario, pone en duda tan alta antigüedad; pero tiene en contra: Primero, el famoso LIT que no ha distinguido; segundo, la opinion del abate Mahé, que remonta el origen de la estatua á los Venetos; tercero, el de Mr. de Penhouët, que la atribuye á los moros en guarnicion en la Armórica (1); cuarto el de Mr. de Freminville, que ve una imitacion de la Isis egipcia; quinto, en fin, las inscripciones del pedestal, añadidas sin duda por el conde de Lannion, y que recuerdan el consulado de Claudio y de Lentulo, cuarenta y nueve años antes de Jesucristo.

Véanse las inscripciones:

Cara anterior: Cesar Gallia tota.—subacta

(!) La noticia del imperio los cita formalmente.

dictatoris nomine inde capto, — Britanniam transgressus, — non seipsum tantum — sed patriam victor coronavit.

A la derecha: Veneri victrici —vota C. Y. C.

A la izquierda: Venus armoricum, — oraculum duce Julio C. C. Claudio Marcello — et L. Cornelio — Lentulo coss. Ab. V. C. D. C. C. V.

M. Merimé olvidó sobre todo que la Venus fué *recortada* por orden del señor de Lannion, cuando la hace una escultura del siglo XVI y la liga á sus vecinas, las dos estatuas de Locminé.

Estas estatuas que figuran dos especies de Hércules, y que tambien visitamos, han servido en efecto de cariatides de la edad media. Pero si á primera vista tienen cierta semejanza con la Venus, consiste en que son tres antiguallas en lugar de una. Verdaderamente es el mismo granito, el mismo estilo y corte. Los dos hombres están desnudos como la mujer, salvo un ceñidor de plumas ó de follaje. Sus cabellos caen sobre sus espaldas; su barba es larga, y sus bigotes retorcidos en forma de media luna; cada uno tiene en una mano una maza inclinada y en la otra una tablilla cuadrada sobre el pecho. Sobre estas tablas se lee la siguiente inscripcion, grabada bajo relieve (mientras que el LIT de Venus está sobre relieve),

pero muy posterior sin duda á las estatuas primitivas: *Vim patitur. Si vis vincere, disce pati.* (*El ó ella sufre violencia. Si quieres vencer, aprende á sufrir*).

Sin atreverme á decidir entre tantos eruditos, ni á aventurar otra cosa que una congetura, encuentro en resúmen á estas tres estatuas, y particularmente á la Venus, los caracteres de la antigüedad mas remota.

Los alrededores de Baud nos ofrecieron todavía una curiosa capilla, Nuestra Señora de la Luz, y varias fuentes sitiadas de peregrinos. En medio de la iglesia de Saint-Adrien, se nos enseñaron en un agujero los guijarros sagrados. Las mujeres que tienen cólico se frotan el vientre con estos guijarros, y se vuelven buenas á su casa. También tienen las peregrinaciones á Saint-Michel-en-Guenin, á la cima del *Mane-gwen* (Montaña Blanca), con objeto de ponerse gruesos. Oh poder de la imaginacion!

Marchamos al teatro de las antiguas luchas de Galos y Romanos. A cada paso hallamos algun vestigio de un campo de César, y revolvimos algunos de esos ladrillos encarnados que hacen pasmar de gozo á los anticuarios. Aquí es, dijimos donde hace dos mil años se dogollaba á los druidas en sus selvas incendiadas; se vendia á nuestros abuelos bajo la lanza por centenas de mi-

llar, despues de cortarles la mano derecha, por temor de que volviesen á empuñar las armas. Esta tierra parece llevar todavia la maldicion de los dueños del mundo. El arenaal inculto se extiende hasta perderse de vista como un paño mortuorio. Si se encuentra una pobre cabaña, está habitada por la miseria incurable que engendra la porquería todavía mas incurable. Viejos decrepitos, niños enfermizos, familias enteras roídas de sarna, hombres, mujeres, ganados; comen, duermen y gruñen confuudidos en inmundicias imposibles de nombrar. Tentado estaría de repetir aquí la cruel reflexion que ha hecho maldecir en Bretaña á uno de nuestros mejores escritores.—«Los bajos bretones y los cerdos se acuestan juntos; no creia que los cerdos fuesen tan cochinos.» Subimos á Pontivy para volver á tomar el aire de la civilizacion. Se sabe que Napoleon habia dado su nombre á esta ciudad, y queria hacerla una capital estratégica. Ya estaban dispuestos inmensos trabajos, cuando cayó el imperio y el emperador. La ciudad Napoleon volvió á ser Poutivy como antes.

El hecho capital de la historia de esta ciudad, es la federacion de los voluntarios bretones, en 1789, bajo la presidencia del jóven Moreau, entonces preboste de la es-

cuela de derecho de Rennes y despues célebre general.

Durante la lucha de los Cien Dias, doce mil chuanes sitiaron á Pontivy. Sus mujeres los acompañaban llevando sacos para conducir el botin. Una de ellas llevaba uno sobre cada hombro, y preguntándole para qué,

—El pequeño, respondió, es para el dinero que encontraré, y el grande, *para llevar cabezas de señores.*

Véanse ahí las dulzuras de la guerra civil! Pontivy nada tiene hoy de notable sino sus ferias foráneas, y su rico comercio de cueros, miel y trigo.

En Noyal-Pontivy, medimos el hermoso *peulvan*, que tiene cinco metros de alto sobre dos de ancho. Pero un *patour* nos enseñó otra cosa por su cuenta.

—La noche de Navidad, nos dijo, no es bueno caminar por aquí. El *peulvan* se pone en marcha para ir á beber al rio de Blavet. En este momento se le podria robar el tesoro que guarda bajo de tierra; pero seria necesario estar bien seguros de encontrarse en perfecto estado de gracia, sin lo cual, caeria sobre vos la enorme masa, y os aplastaria como á un gusano.

—Y nadie ha tentado todavia esta aventura?

—Nadie.

—Eso prueba el desinterés de los noyaleses, pero hace poco honor á su piedad!

—Ah! es que á media noche, hay alrededor del *peulvan* tantas y tan maliciosas *korrigans* y *poulpiquets*!

El *pátour* tenia gana de hablar, y nos contó aun otra historia sobre la noche de Navidad.

—Sabad, señores, que las bestias hablan esa noche lo mismo que los cristianos, en memoria del asno y del buey que calentaron á Nuestro Señor en el pesebre. Habia un labrador de Noyal, que despues de la comida de media noche, se durmió en su establo con un poco de licor en la cabeza. De repente oyó á uno de los bueyes de su yunta que decia al otro:

—Qué haremos mañana?

—Llevaremos al amo al cementerio, respondió el otro.

El campesino se levantó, lleno de cólera y gritó:

—Mientes, animal embustero!

Y apoderándose de un hacha, quiso matar al buey; pero como estaba borracho, se mató él mismo, y fué llevado al cementerio, como habia predicho el animal.

—Ved ahí lo que se gana, concluyó humildemente el pastor, en no creer las cosas de nuestra santa religion.

Estábamos en el principal sitio de las corridas de caballos de Bretaña, y tenia deseos de enseñar á Roberto lo que valen las corridas de caballos normandos. La primera feria de ganados debia proporcionarnos esta ocasion, pero era menester esperarla algunos dias.

Aprovechamos este intervalo para dar un vistazo á Josselin. No habíamos examinado la primera vez mas que el castillo, y la ciudad tenia algunas curiosidades que ofrecer. Habia mas de veinte leguas de ida y vuelta, pero los pequeños caballos bretones son infatigables, y nosotros nos habíamos vuelto como ellos. El mismo Roberto, el viajero de las sillas de posta, no contaba mas que con sus piernas.

Reconocimos al atravesar las calles pendientes y tortuosas de Josselin, multitud de casas de madera de los siglos XV y XVI pero los objetos dignos de nuestra admiracion, nos esperaban en Nuestra Señora de Roncier.

Esta principal iglesia de Josselin, pertenece al estilo del siglo XV, pero la tradicion lo hace remontar al XI. Verdaderamente, la devocion á Nuestra Señora de Roncier, es muy antigua en el país. Escuchad antes de todo, al autor del *Lirio Floreciente entre las Espinas*, ó *Nuestra Señora*

de Roncier triunfante en la ciudad de Josselin, curioso libro encuadernado á la rústica en 16, impreso en 1666, cuyo último ejemplar se ha escapado milagrosamente de la revolucion.

El padre I. de I. M. carmelita y predicador, se felicita, en primer lugar, de las grandes obligaciones que tiene contraídas hácia María, «esta Augusta Emperatriz del cielo y de la tierra; cuyo seno maternal é inmaculado está figurado por la zarza inflamada de Moisés, intacta en medio de las llamas.» Refiere en seguida como hácia el año de 808, mucho tiempo antes de la fundacion de Josselin, un aldeano, labrando la tierra en el mismo sitio donde se ha edificado la iglesia de Nuestra Señora, y cortando zarzas con la hoz que habia tenido colgada en la bóveda del altar, descubrió y desenterró la sagrada imágen de la Virgen, llamada por esta circunstancia Nuestra Señora de Roncier (de la Zarza).

El autor trae á la memoria con este motivo, las numerosas estatuas exhumadas de este modo milagroso en Francia, España y Portugal.

Pasa á la descripcion del magnífico *ex-voto* ofrecido por los príncipes y grandes á la patrona de Josselin; especialmente de un cáliz de plata sobredorada, que tenia pié y

medio de circunferencia, y *mayor capacid a que un jarro real*, con su patena de tres piés de circunferencia, adornada con las armas de Francia, las figuras de Jesus, de María y de los doce apóstoles; todo rodeado de quinientos votos ó promesas en cera, sin contar los sudarios de muertos resucitados, camisas de enfermos sanados, y muletas de paralíticos restablecidos por Nuestra Señora.» Describe no menos cuidadosamente, la hoz maravillosa, «siempre nueva, como acabada de salir de las manos del fabricante, aun cuando con ella misma se hubieran segado las inmortales zarzas, colgadas en una de las paredes de la iglesia.»

Debemos desmentir, con mucho sentimiento, esta profecía del buen carmelita, porque hemos buscado, sin poderla encontrar, la zarza indestructible.

La gran maravilla, era «el órden admirable de la procesion que se hacia en Josselin (y que se hace todavía, pero con mas sencillez), el martes de Pentecostés.»

Limitémonos á reasumir el inmenso cuadro del reverendo padre;

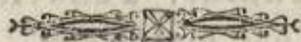
Marchaban á la cabeza seis compañías de plebeyos y habitantes de la ciudad y de los arrabales, mandados por un noble. Despues una compañía de doscientos ó trescientos leoneses, residentes en Josselin, pa-

ra aprender el francés y dedicarse al comercio. Iban vestidos de azul, gorra en la cabeza, galon á la oreja, con su chupa y grandes mangas á la suiza, espada al lado y alabarda en la mano, mandados por un plebeyo.—Entre las compañías de josselineses y las de bajos bretones, un hombre cubierto, vestido á la turca, rendia homenaje á la que, segun la expresion del autor, «es tan señora del imperio otomano como del cristiano» Venian en seguida una tropa de vírgenes inocentes» las mas de ellas escogidas entre las pensionistas de las Ursulinas. Otras jóvenes representaban á las tres Marías, y una á la princesa Ursula, cubierta con el manto real con franjas de plata, acompañada de dos angelitos haciendo el oficio de pajes, y seguida de sus once mil hijas de honor. La que la representaba, dice el bueno del padre, conducia á la verdad mucho menos número. El clero regular y secular los empleados de justicia, una banda numerosa de peregrinos de Santiago, daban mayor esplendor á esta procesion, que marchaba majestuosamente al sonido de los tambores, trompetas, violines, bombardas, gaitas del Poitou, y recibia en el camino infinitas salvas de mosquetería. Cuatro sacerdotes, revestidos de albas y dalmáticas, llevaban la imágen de Nuestra Señora sobre

unas andas ricamente adornadas. Iba acompañada de cuatro hermosas muchachas con cirios blancos en la mano. Asistian nueve obispos de Bretaña y de otras provincias. Como acudian con fervoroso celo á esta grave y divertida solemnidad, una gran parte de las 52 parroquias del condado de Porhoët, se contaban treinta ó cuarenta banderas; otra multitud de miembros de diversas cofradías llevaban antorchas verdes, amarillas y encarnadas, cada una de diez y ocho piés de altura y peso de cien libras.

Todos los grandes personajes, y sobre todos los grandes pecadores del país, querian reposar despues de su muerte, bajo cualquier losa, en Nuestra Señora de Roncier. Con este doble título, el condestable Olivier de Clisson fué allí enterrado con su esposa Margarita de Rohan, en un soberbio mausoleo. Los Vándalos de 1793, no dejaron mas que algunas ruinas de este monumento, pero por ellas, aun se puede juzgar de su total belleza. Sobre un terraplen de cal y canto, cubierto de una enorme losa de mármol negro, y enteramente revestido de mármoles de diversos colores, el guerrero breton y su esposa, están acostados, con el cuerpo completamente extendido. Todavía se ven en la iglesia sus estatuas mutiladas, cuya restauracion fué interrumpida en 1830. Clison es-

tá vestido con todas sus armas excepto el casco: escarcelas, brazaletes, esquinelas, rodilleras, coraza, escudo, cota de malla, nada falta. Así fué como el inglés habia querido bajar á la tumba, como si hubiera debido encontrar enemigos que matar en el otro mundo. El tahalí de su espada está medio descubierto, lo que indica un caballero muerto en su lecho. Si hubiese sido muerto en el campo de batalla, hubiera llevado la espada ceñida, ó aun desnuda en la mano. Margarita de Rohan está representada con el tocado y basquiña historiada del siglo XV, que recuerdan todavia los vestidos de los campesinos bretones. Las dos estatuas parece que están durmiendo; la cabeza echada sobre dos almohadones bordados, y sombreados por dos doseles claros esculpidos con un arte infinito. Nueve columnas góticas forman ocho nichos ogivos, que sostienen el entablamento de la tumba. En la cima de cada uno, se abren dos ramilletes de un trabajo exquisito, los que, cada uno en distinta direccion, van encadenándose y extendiéndose alrededor del mausoleo, como un maravilloso encaje de mármol.



LA FERIA DE PONTIVY.—UNA DINASTIA DE CHALANES, COMEDIA EN TRES ACTOS.—EL ALTAR DE CLEQUEREC.—LOS CHUANES EN LANGOELAN.—FAQUET.—LAS CAPILLAS DE SAINT FIACRE Y DE SANTA BARBARA—GOURIN.—MISERIA Y SARNA.—LANGONNET: UNA SORPRESA.—COSTUMERS ANTIGUAS.—PAISAJES.—MONUMENTOS.—NUESTRO ITINERARIO.—CAMORS Y SU CASTILLO.—ENTRADA EX VANNES.

El día convenido, volvimos á la feria de Pontivy á estudiar á los chalanes morbihaneses.

Despues de haber atravesado diez veces aquella confusion pintoresca y ruidosa de carneros apiñados, gruñidores cerdos, yuntas de bueyes, vacas, becerros y caballos, hombres, mujeres y niños amontonados en las tiendas, comprando alfileres, embobados delante de los teatros, inclinados sobre los juegos de suerte, y sentados con satisfaccion alrededor de barricas de sidra y de humeante salchicha.

Divisé uno de mis antiguos conocidos, el tío Le Torcek, conocido como Barra-

Dás en todas las ferias del Morbihan. El buen hombre, que no tenia motivo de ocul-tarnos su juego, nos dió una comedia en tres actos, cuyos detalles divertirán al lector, tanto como á nosotros mismos.

El primer acto tiene lugar fuera de la feria, al lado del camino. Un muchacho de trece ó catorce años, con los calzones rotos, las piernas desnudas, los cabellos enmarañados, llora á lágrima viva, arrastrando una vaca atraillada.

—Qué tienes, muchacho? le pregunta una vieja, que arroja á la bestia una mirada codiciosa.

—Oh! oh! oh! respondió el niño á través de sus suspiros, he sido robado por un normando! Mi padre me habia dado ocho doblones para comprar una vaca de leche, y ese tramposo *saoz* (1) me ha dado esta que tiene tanta leche como vos! Hum! hum! hum!

La vieja observa con conocimiento á la vaca, y advierte al primer golpe de vista que el muchacho se engaña, y que la bestia es perfectamente de leche.

(1) *Saoz*, sacou. Los bajos bretones llaman así á los ingleses, los normandos, y en general á todos sus enemigos.

-Pobre niño, responde, acariciando por un lado al animal y al cristiano por el otro. Es bien triste malbaratar como te ha sucedido con tus queridos escudos. El dinero es tan raro, Dios mio! Y cómo vas á ir con esa vaca tan estéril como la arena?

-Si pudiese cederla para comprar otra, consentiria en perder un doblon..... Hu! hu! hu!

La vieja se aproxima á la vaca, y la examina de la cabeza á la cola. Mas convencida que nunca del error del muchacho, se decide á regatearla.

-No soy mas que una pobre mujer, dijo suspirando, pero tengo cinco doblones; si quieres darme la bestia en este precio, te la compraré como hay Dios....

-El ojo del niño despidió una chispa, y sin embargo redobló su llanto.

-Perder tres doblones, Dios mio! No encontraré vaca por el resto, y cuando vaya, mi padre me aporreará! Han! han! han!

Entonces se empeñó una lucha minuciosa entre el muchacho y la vieja, lucha de lágrimas y caricias, lucha de escudos, de francos y de sueldos.

Pronto la buena mujer se conviene, desembolsa sesenta francos en sueldos y liards y se lleva la vaca con fingidos suspiros....

-Sí, vieja mia, murmuró el muchacho,

llorando y huyendo mas que de prisa.... la vaca es lechera, pero dentro de un mes ya se habrá muerto! Eh! eh! eh!

Y se fué á llevar los sesenta francos á su padre, el que simplemente habia encargado á su *fieux* que lo desembarazase de aquella vaca enferma.

El pícaro normando, las lágrimas, leche y ocho doblones, eran una astuta red, tendida á los pasajeros.

El seguudo acto tiene lugar en una posada, entre un guapo mozo de Guémenéc y una gruesa aldeana, sentada junto á su madre, ambas cubiertas con la ancha escofieta de las mujeres de Pontivy. Las campesinas regateaban al aldeano un nervudo caballo atado en la puerta, y este regateaba á aquella su corazón, antes de pedir su mano á los padres.... La *gwerchez* no decia sí ni no, siguiendo la costumbre, y dejaba al *paotr* agasajar á ella y su *mamm* que no perdía una palabra. En cuanto al caballo, el guapo mozo queria lo menos cuarenta escudos, pero véase como fué rebajando sucesivamente.

—Prometedme, Catalina, ir el domingo al *pardon* de Sait-Gonnery.

—Ese *pardon* es digno de verse, y se gana indulgencia plenaria.... Veré si mi hermano quiere llevarme.... Pero vuestro caballo no vale cuarenta escudos.

—Me ha costado cuarenta y dos, tan cierto como es que os quiero desde S. Juan.

Hacedme el favor de llevar á la fiesta esta cruz de plata y este terciopelo.

—Una linda alhaja á fe mia; suplicaré al rector que la bendiga.... Veamos, en treinta escudos está bien, Nicolás.

—Sean en treinta y cinco, con condicion que pongais esta hebilla en vuestra cintura.

—Es plateada? dijo la robusta muchacha probándosela, pero sin añadir un céntimo á los treinta escudos.

—Rebajo medio doblon, repuso el enamorado, si me jurais bailar conmigo en el *pardon*.

—El baile está permitido despues del oficio.... y si mi padre quiere.... pero yo quiero ir en vuestro caballo á Saint-Gonnery.

—Yo tambien quiero.... y rebajo todo el doblon.... ya no es mas que ochenta y cinco francos.... Pero es el último precio. Y el domingo, despues del baile, os volveré á traer á la grupa con vuestro hermano.

—Van bien dos en una caballería.... La vuestra no tira coces, Nicolás?

—Nunca.

—Entonces, dejareis la silla y la bestia..., y os daré por todo treinta y un escudos.

El duda, mira al caballo y á la muchacha, y recibe de esta una mirada tan dul-

ce, que dice tendiéndole la mano:

—Vaya treinta y un escudos por la bestia y la silla, pero me permitireis desde mañana *hablar á vuestros padres*.

Hablar á los padres significa pedir la mano. La jóven que autoriza esta demanda acepta la union, si su familia consiente.

Pero Catalina sabia perfectamente que á nada se obligaba; porque al instante que concluyó el trato, un soberbio mozo de Noyal, tratado de casar con la muchacha á voluntad de su padre, entró en la posada chasqueando su latiguillo, y Nicolás conoció muy tarde que se habia quedado en ayunas, sin sus regalos ni su caballo.

Pagó la merienda avergonzado, arrojó una mirada lastimosa sobre sus diges, se consoló bien ó mal con los treinta y un escudos y vió á la astuta *gwerchez* montar en el caballo á la grupa, con su dichoso rival.

El tercer acto fué representado en medio de la feria por el tio Torzek en persona, y justificó lo que podíamos esperar de su nombradía.

Era un negocio entre campeones dignos de él; tres normandos conocidos por los mas ladinos chalanes de los campos del Oeste. Trataba de vender en junto una yegua y un par de bueyes.

Los compradores empezaban la lucha, dan-

do vuelta magistralmente al rededor de las bestias, y haciéndoles una seña equivalente á tres buenos golpes sobre las costillas. El caballo dió coces y botes. Los bueyes permanecieron impassibles; el breton estuvo mas impassible que los bueyes. Los normandos tiraron á estos de la cola y los cuernos para asegurarse del vigor de los riñones; les comprimieron el cuero, para ver si estaba pegado á las costillas; le apretaron en los cascos para probar la fuerza de los jarretes; le midieron la frente y la barriga &c. &c. Despues hicieron andar, trotar y galopar á la yegua; le examinaron los dientes, el cuello, los piés y las ancas, dandole á cada paso muy buenos garrotazos.

El tio Torzek afectaba un aire descuidado, y hacia causa comun con los campesinos, como si las bestias hubieran sido ajenas.

Lo vi entonces dar un paso en falso y hacer un medio círculo al rededor de sí mismo, y reconocí, en sus nublados ojos y su boba sonrisa, todas las señales de una embriaguez naciente.

—Diablo! pensé, la partida no es igual. Está solo contra tres, y no tiene libres la mitad de sus facultades.

Los normandos hicieron la misma observacion, y se decian guiñándose:

—He aquí un zorro viejo á quien vamos

á cortar el rabo.

—Veamos, preguntaron entonces al buen hombre, cuánto quereis por las tres bestias?

Y le estrecharon vigorosamente la mano.

—Veinte doblones por la yegua, y doscientos escudos la yunta, respondió Le Torcek apretando todavía con mas vigor.

Era la peticion tan excesiva y descabellada, que los asistentes se echaron á reir.

Los normandos le apretaron de nuevo con todas sus fuerzas, diciendo:

—Cien escudos por todo!

Todos prorumpieron en nuevas carcajadas, porque la proposicion era todavía mas absurda que la demanda.

—No rebajaré eso! gritó el Breton, arrancando un pelo á la yegua y arojándolo á sus piés.

Despues, queriendo ponerse derecho, perdió el equilibrio, y cayó sobre un normando.

—Este es el momento de acabar, dijo este, y los tres compadres arrastraron su víctima á la taberna.

Los seguimos muy inquietos por el de Pontivy. Se sientan cara á cara; llenan y encienden sus pipas; y piden sidra, vino y aguardiente.

Ei negocio era grave y de difícil termi-

nacion. En los dos partidos habia quinientos francos de diferencia!

Cómo trasladar aquí los prodigiosos embustes, las espantosas hipérbolas, cuentos propios para dormirse en pié, y juramentos sobre todos los santos del paraíso, con que cada cual sustuvo sus pretensiones con la mayor sangre fría? Cómo referir los doblones, escudos, libras y dineros, que fueron sucesivamente añadidos y quitados, ofrecidos y reusados, aceptados y rebatidos por una y otra parte? Cómo sobre todo enumerar los jarros de sidra, botellas de vino y vasos de aguardiente que engulleron en sus cuatro estómagos, como en el tonel de las danáides...?

Al cabo de una hora, los campeones estaban todavía divididos en cien escudos, pero los normandos habian perdido mas terreno que el breton. No comprendia, cómo este podia defenderse, consumido como estaba por la embriaguez, contra unos adversarios que habian conservado toda su razon.

El pobre hombre no se sostenia mas que sobre los codos; sus ojos miraban sin ver; su cabeza caia sobre la mesa. Tomaba el aguardiente por la sidra y se la tragaba como agua. De repente olvida el negocio, las bestias y los normandos, y con voz temblo.

na se pone á cantar una cancion. Los concurrentes quieren entonces llevárselo para evitarle una ruina cierta. Esta tentativa se lo recuerda todo, y rechazando con desden á sus salvadores, empieza nuevamente á beber y regatear.

Desde aquel momento corre á su perdicion, y los tres normandos lo precipitan en ella. Los apretones de mano se suceden de minuto en minuto, mas retumbantes que nunca, y á cada empuje el breton cede un franco, un escudo, un doblon.

Pronto dió sus bueyes y su yegua por dos terceras partes del precio que habia pedido, y cae sobre la mesa enteramente borracho, mientras que los normandos, desatan su cinto, y se apresuran á entregar la suma y á llevarse las tres bestias.

Cuál fué entonces nuestra admiracion, despues que nos quedamos solos con el tio Le Torzek, al ver que se levanta tan listo, despejado y sin borrachera como nosotros mismos (no la habia tenido un solo instante), poner con mano segura el dinero en un talego, y diciéndonos con sonrisa diabólica:

—Estos tres pillos han sacado cuarenta escudos de su bolsillo. Tenian tanto deseo de meterme en las viñas del Señor, que no han tenido tiempo de reconocer los vicios

de las bestias, y que he sacado veinte libras mas de lo que pensaba. Y ved aquí, señores, concluyó haciendo la rueda con su *pen-baz*, como los bajos bretones saben desplumar á los bajos normandos!

Un nuevo incidente puso el colmo á nuestra sorpresa. Un muchacho, una mujer y una jóven, llegaron á la taberna y entregaron á Le Torzek, el primero sesenta francos, y las otras dos un excelente caballo. Reconocimos á la astuta Catalina con su madre, y al jóven comprador de vacas de leche, los cuales no eran otros, que los hijos y esposa del chalán de Pontivy. Se refirieron mutuamente trincando y riendo la desgracia de la vieja, del enamorado y de los tres normandos.

La dinastía era digna de su jefe, y el epílogo digno de la comedia.

En Clereguec admiramos ocho capillas, y sobre todo, la iglesia parroquial, cuya nave es muy antigua. El circunvalado del altar mayor, con columnas truncadas de orden compuesto, el alabado con justicia por los inteligentes, así como la encantadora columna que se eleva en el cementerio, que parece ser del mismo tiempo y estilo.

Langoëlan se estremece todavía al recuerdo de los chuanes. Eu 1800, dice M. Cretineau, María Littré, esposa de Yves Le Ster,

fué ahorcada á la vista de sus vecinos, y le ataron sobre su pecho la sentencia que la condenaba. Esta sentencia tenia por cabeza: *Aviso á los denunciadores.* Hicieron mas, prosigue el historiador de esta cruel época; se vió á veinte ó treinta bretones penetrar en la iglesia de Langoëlan, hacer salir del santo asilo á toda la poblacion reunida para una festividad, apoderarse al paso de una mujer, ponerla delante de un peloton, y fusilarla. Esta desgraciada no habia cometido otro delito, que haber escogido para esposo de su hija, á un republicano bebedor de sangre.

Faouët, celebre antiguamente durante las guerras de Monfort y del tiempo de Fontenellé de Sigureur, que la saqueó con su segundo La Boulle, zapatero remendon entonces allí mismo, no es hoy mas que una gran aldea, ó si se quiere, una pequeña ciudad, donde volvimos á encontrar el traje encantador de Pablo Trevihan, diversificado y multiplicado hasta lo infinito.

A tres cuartos de legua de Faouët se eleva la linda capilla de Saint-Fiacre, en la aldea del mismo nombre. Campanarios recortados, galerías descubiertas, ventanas rasgadas artificiosas y elegantes, nichos adornados de esculturas, el púlpito cargado de adornos prodigiosos, nada falta á esta pe-

queña obra maestra de arquitectura gótica.

Otro mérito distingue á la capilla de Santa Bárbara; su posición, que es de las mas pintorescas. Domina una masa de rocas de cerca de cien metros de altura, desde la cual la vista se dilata en un vallecillo tapizado de una vegetación soberbia, y regado ruidosamente por las aguas del Ellé. Nada de mas extraño que el concierto formado por los ecos de este valle, cuando la campana de Santa Bárbara los envía de roca en roca, y los prolonga como un canto en los campos inmediatos.

El territorio de Faouet y el de Gourin, nos trajeron á la vista los desoladores cuadros que nos habían ofrecido las cercanías de Pontivy: las chozas apestadas del estiércol, los hombres y bestias acostados juntos, los interiores salvajes, llenos de niños medio desnudos, idiotas, enfermizos y sarnosos, camas de paja de avena infecta, trapos de estopa y cáñamo podrido, etc. etc.

Una verdadera sorpresa nos esperaba en Laugonnet. Volvimos á encontrar otra iglesia notable, todos los usos y ceremonias que habíamos visto en Moustoirac y Plumelin. Lo que allá abajo era extraordinario, aquí era habitual. Los campesinos de Langounet han conservado por privilegio los usos antiguos del Morbihan: luchas, corridas de ca-

ballos, juego de la soule, etc. Asistimos á un casamiento, y creimos estar todavía en las bodas de Ana María. El futuro, acompañado de lo mas selecto de la juventud, montada en buenos caballos bretones, van á la casa de la pretendida. Entraron, y el mas elocuente de ellos, hizo al padre y á la desposada una demanda de casamiento, acompañada de un discurso bastante patético para arrancar lágrimas á los circunstantes. En seguida el padre montó tambien á caballo, puso á la grupa á su hija Morosa y abrió la marcha de la partida. La cavalgada le siguió, ordenada en dos filas y obedeciendo sus órdenes. Cada caballero llevaba á su ejemplo en ancas de su caballo, una jóven casada ó soltera. La desposada y su cortejo fueron de este modo conducidos á la iglesia.

Debo recomendar á los artistas las perspectivas de Langonnet, especialmente la Roca de la Magdalena, á los anticuarios sus *menhirs*, sus vias romanas y sus *túmulos*; á los ginetes en fin, la yeguada establecida en un convento del siglo XII, y que surte de caballos de casta á toda la Bretaña.

Despues de nuestra partida de Ponrivy, describimos un círculo á lo largo de los límites del Morbihan, recorrimos el último arco volviendo la espalda á Finisterre, y

desviándonos del lado de Vannes por Plo-
 ray, Baud y Granchamp.

Encontramos en Camours la tumba de ese
 conde de Lannion, que ha sido causa de
 tantas disputas sobre la Venus de Quinipi-
 y. En otro tiempo habia en este país, cu-
 bierto de bosque, un castillo levantado por
 Cono-Maur, el cruel rey breton. Un dia,
 dice la tradicion, S. Gildas le reprochó sus
 crímenes; y como el príncipe le respondiese
 con amenazas, tomó un puñado de polvo y
 lo arrojó contra las torres de la fortaleza:
 cayeron como heridas del rayo, y no quedó
 mas que un monton de ruinas conocidas
 con el nombre de castillo de *Salo*.

Camours fué nuestro último alto antes de
 nuestra entrada en Vannes. No nos quedaba
 mas, para conocer á fondo el Morbihan,
 que recorrer el interior y los alrededores de
 esta antigua capital de los Venetos, y seguir
 á toda la poblacion bretona al peregrinaje
 de Santa Ana de Auray.



JORNADA CUARTA.

I.

CONCURRENCIA DE PEREGRINOS.—DETALLES REUNIDOS.—LOS VOTOS INTERESADOS.—LA CORRERIA TRAS EL TESORO.—ENCUENTRO SORPRENDENTE.—EL LEON DE PARÍS Á PIÉ, Y LOS MENDIGOS EN CALESA.—ENTRADA EN VANNES.—NUEVA SORPRESA.—LA POCESION DE S. VICENTE FERRER.—CESAR Y LOS VENETOS.—LA TORRE DEL CONDESTABLE.—JUAN IV.—CLISON BAZVALAN.—DIVERSAS VISTAS Y MONUMENTOS.—ELVEN.—LA PENINSULA DE RHUYO.—TRUSCAT, SAN GILDAS, SUCINIO.—LAS 300 ISLAS.—LOCMARIASES.—GAVR'NNIS.—ESPLORACIONES Y VISIONES DRUIDICAS.

Despues de todas las revueltas que habia trazado en el Morbihan con el conde Roberto de S.... nos encontramos á la entrada de Vannes, á algunas leguas de nuestro punto de partida. Este desórden aparente era efecto del arte, como dice Boileau. Habia reservado expresamente para nuestra última jornada, el territorio mas curioso por sus vis-

tas y recuerdos. Las tres épocas grandes de la Bretaña: la antigüedad druidica, la edad media feudal y la chuanería moderna iban á resucitar bajo nuestros pasos, entre Vannes y Sorient.

Era á últimos de mayo y ya los peregrinos afluían de todas partes para uno de los grandes *pardones* de Santa Ana, fijado para el domingo ó lunes de Pentecostés. (1).

Subimos á una altura desde donde se dominaban ocho caminos, y delante, detrás, á nuestra derecha é izquierda, vimos una multitud de hombres y mujeres, niños y viejos, que se dirigian hácia el campanario de Kernanna. Unos caminaban solos para que nadie turbase su recogimiento; otros recitaban juntos y en alta voz sus oraciones; y algunos contenían su rápido paso arreglándolo al aire de los cánticos. Muchos se detenían y arrodillaban al pié de las numerosas cruces que se elevaban en el camino. Aquí, una familia entera caminaba puesta en orden; el

(1) *Santa Ana es venerada de la Bretaña entera como patrona, y se puede decir que su festividad y su peregrinacion duran todo el año. Pero las épocas solemnes son la pascua de Pentecostés, la festividad de Santa Ana, la Natividad, el dia de S. Lutz, el de S. Miguel y todas las festividades de la Virgen.*

abuelo precediendo al padre y á la madre, el hermano conduciendo á su hermana de la mano, y todos llevando á ratos en sus brazos á los infantes. Allí, un niño ó un perro guiaba á un pobre ciego que iba á pedir la vista á Santa Ana. Despues seguian largas filas de cojos, paralíticos, sordomudos, enfermos, y sobre todo mendigos, con el rosario en una mano y el palo en la otra, llevando colgada la calabaza al cuello, y la mochila sobre la espalda. Aquellos, que dos á dos se apoyaban sobre un brazo fraternal, eran jóvenes esposos recién casaños; estos, que los seguian con envidiosos ojos, estaban próximos á su enlace y suspiraban por la misma dicha.

Entre la multitud vimos á un desgraciado que se arrastraba sobre sus manos y rodillas, mientras que su hermana ó esposa imploraba la caridad de los pasajeros. Este hombre, nos dijeron, que era un carpintero del obispado de Rennes, que se habia roto brazos y piernas cayendo desde lo alto del palacio de Justicia. Despues de haber apurado en los hospitales todos los recursos del arte, se habia decidido á recurrir á Santa Ana, y hecho voto de ir al *pardon* de Pentecostés. En el mes de abril salió de su aldea y fué arrastrándose de pueblo en pueblo hasta llegar al pequeño puerto de Mes-

sac. Desde allí un barquero caritativo lo llevó hasta la ciudad de Redon. Aquí ya no tenía medio alguno de proseguir su camino; los dolores se aumentaban, el pan empezó á faltarle, el peregrino iba á morir de sufrimiento y de hambre, cuando un corredor de caballos lo llevó á la Roche Bernard: de esta un *saurnier* (1) de Guérande lo transportó sobre su mula á la aldea de Muzillac, y despues de esta última estacion, el desgraciado se arrastraba, como ya he dicho, sobre la ruta de Vannes.

— Despues que hasta aquí he venido vivo, repetia con fervor, llegaré hasta Santa Ana y volveré sano!

El aldeano de Vannes que nos contaba esta aventura se volvió sonriéndose maliciosamente:

— Veis, nos dijo, ese peregrino de otra especie, ese viejecillo de secas mejillas, ojos vivos y arrugada frente, con las hopalandas levantadas y caminando tan de prisa que parece quiere adelantarse á todos? Su historia os probará, que la devocion no atrae fieles solamente á Santa Ana. Hace quince dias que está de venta un pedazo de tierra en Nivillac, cerca de la Roche - Bernard.

(1) *Saurnier*, *mercader ambulante*.

En él se levantan dos *túmulus* (1), y bajo uno de ellos dicen que hay un tesoro, pero bajo cuál de los dos? Esto es lo que no se sabe. El terreno se dividió para la venta en dos lotes, en cada uno de los cuales se encuentra un *túmulus*. El hombrecillo que veis, compró barato el primer lote, pero un concurrente inesperado vino á pujarle el segundo. Ved á nuestro avaro dueño de un solo *túmulus*, es decir, de sola una suerte para la obtencion del tesoro. Está este en su terreno ó en el de su vecino? Cuestion difícil que solo puede resolver el azadon. Con la esperanza, nuestro hombre ha consultado misteriosamente todos los hechiceros del país; ha ofrecido medio sueldo á todos los santos de nuestras parroquias, para que el tesoro esté en su campo; en fin, ha hecho voto de venir en peregrinacion á Santa Ana d, Auray, pero por mas diligencias que haga, temo que nada adelante, añadió el maligno cronista, porque mirad detrás á su antagonista, tan avaro como él, que igualmente ha consultado al diablo y á los Santos, y que alarga tambien el paso con igual intencion.

Nos volvimos como el aldeano, y no pudimos ver sin que nos causara risa á un hom-

(1) *Sepulcros romanos ó galos compuestos de una grande eminencia.*

bre de cinco piés y seis pulgadas, cuyas grandes piernas amenazaban ya de muy cerca el menudo y apresurado paso de su rival.

—Por último, repuso nuestro oficioso cicerone, que como puede observarse se preciaba de ingenio, estos dos bretones no son los únicos á quienes el interés conduce á Santa Ana. Esta multitud de mendigos, por ejemplo (nos enseñó una docena de pobres diablos cubiertos de andrajos y de llagas, que caminaban prodigando las mas ardientes señales de piedad), son devotos en comision, peregrinos mercenarios, pagados por hermosas damas atacadas de jaquecas ó vapores, para hacer el viaje en su lugar á tanto por legua. Procurad seguirlos en sus devociones á Keiauna, y vereis que las que los envian son bastante ricas: este oficio produce mucho desde la mitad de mayo hasta mediados de setiembre. Encontrareis tambien en Santa Ana pescadores de Roscoff, de Glénes y de la isla Batz, á los cuales reconocereis, como á esos mendigos, en el fervor de sus oraciones. Estos buenos isleños suplicaron á la madre de María que hiciese encallar en sus costas muchos navios, con el fin de que pudiesen despojar á los muertos, y recoger los restos de los barcos. Otros hicieron votos para curar sus caballos

hechizados, fecundar su ganado vacuno para que se hiciese estéril el de su vecino, y para que se echase á perder la manteca de sus enemigos. Un gran número pidieron próximas herencias, esto es, la muerte de parientes ó amigos que se hacia esperar mucho, y otra multitud de favorcillos de esta naturaleza; porque todo lo que desean nuestros paisanos, bueno ó malo, todo se apresuran á pedirlo á Santa Ana.

Estas confidencias nos hubieran desengañado sobre la piedad de los bretones, pero un encuentro final vino á edificarnos confundiendo á nuestro filósofo.

Una soberbia catesa se acercaba tirada de dos soberbios caballos con una librea á la moda. Un hermoso jóven como de treinta años, que era evidentemente el propietario, la seguia con la cabeza descubierta, los piés desnudos, en una mano el rosario y en la otra el palo, como el último aldeano.... Su penitencia causaba mas impresion, porque tenia toda la delicadeza y maneras del gran mundo. Un anillo de diamantes brillaba en su dedo junto al grosero palo.... Yo mismo creí reconocer en él á un *leon* que habia visto brillar entre los bastidores de la ópera y en las carre as del campo de Marte.... A Roberto no quedó duda alguna, juzgad de nuestro asombro.

El elegante peregrino caminaba mucho tiempo detrás de su coche, porque sus piés estaban encendidos é hinchados, sus ricos vestidos cubiertos de polvo, y su pálido rostro estenuado de fatiga... todo el mundo se detenía para mirarlo.... grupos indiscretos lo rodeaban.... y parecía contento de esta humillacion que redoblaba su ardor y su celo.... Sucesivamente hacia subir en su carruaje á los enfermos y mendigos mas miserables, cuyo negro pan comia arrasados los ojos de lágrimas, mientras que les prodigaba todos los cuidados de su piedad, todas las dulzuras de su riqueza; y todo sin orgullo y sin ostentacion, con la expresion cariñosa de una hermana de caridad....!

Era esta una conversion repentina? la expiacion de un crimen? un voto terrible y misterioso?.... Nos perdíamos en las mas extrañas conjeturas.

De repente nuestro cicerone dió un grito de admiracion. Acababa, con otros curiosos, de reconocer en aquel penitente al hijo de un rico propietario de Auray, que habia abandonado el país hacia cinco ó seis años.

Esto fué todo lo que pudimos saber entonces de este enigma; pero juramos ir á Santa Ana, donde no dejaríamos de encontrar al peregrino....

Lo séguimos algun tiempo con ojos con-

móvidos, y entramos en Vannes profundamente afectados.

Allí nos esperaba una sorpresa de otro género. La antigua ciudad estaba engalanada como en los días que recibia solemnemente á sus duques. Todas las campanas repicaban á vuelo, todas las casas estaban adornadas con colchas blancas desde la cumbre hasta la base, y el empedrado cubierto con todas las flores que producía la estación.

—Qué quiere decir esto? preguntó Roberto al primero que pasó; se celebra aquí el Corpus en mayo?

—No señor, respondió gravemente el veneto, pero se implora la protección de S. Vicente Ferrer, el bienaventurado patron de nuestra ciudad.

Al mismo instante, y como para justificar esta respuesta, se dejó oír el ruido de los cantos religiosos, y nos encontramos cara á cara con una larga procesion. No tuvimos mas tiempo que el suficiente para colocarnos entre dos casas, desde donde vimos desfilar todo el piadoso cortejo: á la cabeza las cruces y estandartes de las diversas parroquias de Vannes, llevadas por los brazos vigorosos de los sacristanes, y despues los acólitos con hábitos encarnados y negros, cantando los salmos de David ó balancean-

do los incensarios, los sorchantres pavoneándose con sus pesadas capas de coro, los sacerdotes y abates con sus sobrepellices flotantes; en medio las reliquias del Santo patron encerradas en una caja de plata sobredorada, conducida por los diáconos de la catedral; y en fin, toda la poblacion de la ciudad y los campos, hombres y mujeres, niños y ancianos, ciudadanos y campesinos, con un cirio encendido en la mano, la frente inclinada sobre sus devocionarios y su rosario, desfilandó lentamente con el mayor silencio y recogimiento, desplegando á los rayos del sol, reflejados por las blancas colgaduras de la calle, la variada multitud de cofias y sombreros, trajes y talles, pañuelos y delantales, que caracterizan cada parroquia del país de Vannes. Despues de haber pasado por delante de nosotros, todas aquellas cabezas se inclinaban con respeto delante de la habitacion donde murió S. Vicente Ferrer (1), y despues desaparecian

(1) *S. Vicente, dice la leyenda, creyéndose llamado por Dios á morir en otra parte, partió una noche de Vannes con algunos religiosos; pero habiendo andado hasta la aurora, no volvió á encontrar á las puertas de la ciudad, y reconoció así la voluntad del cielo. Su entrada fué un triunfo para todos los habitan-*

uno detrás de otro, dando vuelta á una callejuela gótica, cuyas casas estaban unidas por arriba como lo alto de una ogiva.

Algun tiempo quedamos Roberto y yo bajo la impresion de este religioso espectáculo, y no emprendimos nuestra marcha á través de la ciudad, hasta que cesamos de oír los lejanos cánticos de la procesion.

La capital de los venetos (antiguamente Dariorik) (1) era una de las mas ilustres ciudades de la Gaula. Mucho antes de César extendia su comercio á todas las partes del mundo. Venecia debe su nombre y su origen á una de sus colonias. Fué el último baluarte de la Armórica contra la conquista romana.

Cuál sería, por otra parte, la sorpresa de Bruto y de César, cuando salieron 220 na-

tes de Vannes y para él mismo. Toda la poblacion le acompañó á su casa al sonido de las campanas y los cánticos. Poco tiempo despues murió en tal olor de santidad que se vieron «escuadrones de ángeles» representados por blancas mariposas, revolotear en torno á su cadáver: (Vidas de los Santos de Bretaña, por Alberto Legrand.)

(1) Los anticuarios han acumulado volúmenes para probar, ó mas bien sin probar, que Dariorik se elevaba en otro tiempo en Loc-Muriakor.

ves del puerto de Dariorik y se colocaron en batalla delante de la flota de Roma! El procónsul y sus legiones, acampados sobre las alturas de la costa, y los armoricanos apiñados en sus fortalezas, asistían á este gran combate. Junto á las naves armoricanas, las galeras de Bruto parecían frágiles barcas. Estas naves, construidas de la mas dura encina, eran otras tantas ciudadelas inabordables. Maderos de un pié cuadrado unidos con enormes clavos formaban su muralla; su chata carena necesitaba poco fondo; su popa y proa macizas resistían el choque de las olas; sus elevadas bandas las libertaban de los dardos y venablos; sus velas de cuero se burlaban de los vientos y tempestades; los cables de sus anclas eran cadenas de hierro. Contra tales masas el espolón de las galeras no tenía fuerza alguna, y su única ventaja era la agilidad de los remos. Hasta las torres que las coronaban, estaban dominadas por otros gigantescos barcos; de modo que, lanzados de arriba abajo, eran seguros todos los tiros de los venetos. La flota de César estaba perdida sin un recurso propio de su genio. Las manos de los soldados habían sido vencidas, las reemplazó con manos de hierro. No podían reducir á cenizas la flota armoricana él la segó como la yerba de los campos. Los

marineros con guadañas puestas en enormes astas, se acercaron á fuerza de remos y cortaron las jarcias de los venetos. Condenados así á la inmovilidad, los poderosos navíos se convirtieron en campos de batalla; los romanos recuperaron entonces su superioridad, y á la vista de César, acometieron á los enemigos al abordaje. Todos los soldados y marineros venetos se dejaron matar en sus puestos. La esperanza de la Gaulta se sumergió con ellos bajo las olas.... El procónsul hizo decapitar por centenares á los druidas y senadores, y vender en subasta, como esclavos, el resto de la población.

Jamás se recobró Vannes de semejante golpe. Algunas veces hizo un gran papel en la edad media, durante las guerras de Blois y de Montfort; y se hizo en 1793 y 1815 el cuartel general de los chuanes.

Todavía existen en Vannes algunos antiguos restos de las fortificaciones romanas y feudales. Notamos, entre estas, las cinco puertas de la ciudad; una de las grandes torres que la flanquean es la del Condestable, último resto del castillo de l'Hermine, tan famoso porque en ella estuvo preso Clisson.

El implacable enemigo del condestable de Francia, el duque Juan IV, lo habia

atraído á los estados de Vannes en 1383. Lo recibió como buen huésped, bebió alegremente en su copa, y le suplicó que visitase su castillo de l'Herminie que acababa de construir. El condestable lo acompañó con el señor de Beaumanoir. Clisson y Laval llegan primero; el duque les hace recorrer el castillo consultándoles sobre las fortificaciones. Al llegar á la puerta de la gran torre, retiene á Laval, é invita al condestable á proseguir. Clisson entra sin desconfianza, pero apenas ha subido el último escalon, se ve encerrado, sujeto por hombres armados, agarrotado con tres cadenas de hierro y arrojado en un húmedo calabozo. Despues el duque manda á Juan de Bazvalan que abogue y degüelle al cautivo durante la noche....

En vano Bazvalan pide próroga por algunos dias:

—Callad, le dice el príncipe furioso, porque «si todavía me replicais, os arrancaré las entrañas de raiz.»

Bazvalan se aleja y promete obedecer....

—En fin, grita Juan VI acostándose, ya está asegurada mi venganza!

Pero cuando el reposó ha calmado su cólera, examina atentamente el horror, y sobre todo la extension de su crimen... Ve á toda la Francia arrollando su poder sin es-

tar seguro de los socorros de la Inglaterra; y, temblando, asustado, llama á Bazvalan al despuntar la aurora.

—Y bien! señor, le dijo.... el condestable?

—El condestable ha muerto, responde Bazvalan; estais obedecido, Monseñor.

—Qué, grita el conde con acento extraviado, habeis muerto á Clisson?....

—Sí, monseñor, ha sido ahogado poco despues de media noche, segun vuestras órdenes, y he hecho enterrar su cuerpo en el jardin.

—Ah! dijo suspirando el duque, «ved una funesta madrugada; ojalá, D. Juan, que os hubiese oido. Siempre viviré con pena: retiraos, que no os vea!...»

Tal es, en efecto, la recompensa de los que adulan á los reyes hasta el crimen.

Pero despues de haber dejado al duque lamentarse y gritar todo el dia con las angustias de la desesperacion, el animoso servidor se presentó en la puerta.

—Monseñor, «conozco la causa de vuestro dolor, vengo á avisaros que pongais fin á vuestra tristeza, porque para todo hay remedio.»

—«No lo veo, D. Juan, sino en la muerte!...»

Bazvalan confiesa en fin, que ha desobe-

decido, que el condestable no ha muerto....

Cuando el duque oye esta palabra, se levanta como si volviese de la muerte á la vida, y abrazando á este hombre,

—Decís verdad, Bazvalan?

—Sí, Monseñor; os respondo con mi cabeza.

—Bazvalan, amigo mio, repuso el duque, tú eres un buen servidor de tu dueño, que tan sabiamente has sabido gobernar en este asunto; me has hecho el mejor servicio imaginable: te aseguro que lo reconoceré toda mi vida. Sin embargo, te doy diez mil florines, que recibirás de mi tesoro antes de finalizar el día.

“El duque se consoló volviendo de una grande angustia, y se hizo llevar á la mesa, porque nada habia tomado desde la noche anterior. (1).”

Clisson fué puesto en libertad, pero le costó cien mil francos de oro y todas las plazas que tenia en Bretaña. “Fuéle preciso poner precio á su persona.” Juan IV no sabía ser generoso, y el rico condestable, despues

(1) Cróicas de Bretaña, por Alain Bouchard.

de salvar su vida, salió todavía ganancioso.

De los edificios militares pasamos á los religiosos, no sin detenernos al paso delante de la lonja gótica, poco ha convertida en teatro, y cuya sala alta vió consumarse en presencia de Francisco I la reunion de la Bretaña á la Francia.

La catedral de Vannes, reducida á cenizas por los normandos en el siglo IX, fué reedificada en la misma época, destruida de nuevo en 1443, y vuelta á construir en igual año, tal como está hoy, por el obispo Validire. El exterior del edificio nada tiene de notable desde que la caída de un rayo lo privó de su veleta en 1824. Esta veleta, ó mejor dicho, esta aguja, una de las mas atrevidas que pueden verse, forma la cumbre de uno de los célebres triángulos de Cassini. Ha sido reemplazada por un campanario sin gracia, que se alza groseramente encima de la antigua ciudad.

Desde la cuadrada torre de la iglesia del colegio, cuyas hazañas ya he referido, se abrazan de una ojeada todas las curiosidades de Vannes. Sus calles estrechas y oscuras, que descienden culebreando hasta el mar, sus casas formando cuadros de piedra y madera, unos sobre otros, y cuyos tejados planos parecen unir los dos lados de la ca-

le. Se creeria estar todavía en la ciudad del siglo XIV, y se esperaria ver salir al son de la trompa los caballeros de Juana de Montfort ó de Carlos de Blois, si no se viese el omnibus de Auray que sale del cuartel Nuevo, y si la vista abrazando la extensa sábana de agua terminada por las islas de Honat y de Belle-Isle, no reconociese en lugar de las galeras inglesas, los barcos de peseo y de cabotaje que bordean en las pequeñas bahías del Morbihan.

Para formar una idea de todos los aspectos de Vannes, es necesario todavía subir con trabajo el *Cerro de Kerino*, situado á la extremidad del puerto. Desde allí, la ciudad entera, se dibuja en anfiteatro; la aguja de la catedral y la torre de S. Pater señalan á la antigua y la nueva ciudad; el puerto se descubre entre el paseo plantado de árboles y los talleres animados por el ruido de los martillos; aquí y allá se elevan edificios y recuerdos de antiguas edades, fortificaciones romanas, castillos góticos y monasterios, el convento de los *Carmelitas*, que ha roto sus votos de templanza abriendo sus puertas á la conservacion de víveres; las *Visitandinas* asombrados de dar alojamiento á la tropa de línea; los *Capuchinos* y *Carmelitas* que han tomado jóvenes pensionistas; los *Jacobinos* infestados por los caballos de la gendarme-

ría; las casas de retiro donde se vé la santa memoria de Mademoiselle de Fraucheville, &c. &c.

Sí unís en fin á esta prespectiva la de la torre *del Condestable*, la vertiente de la colina en que hace diez y nueve siglos se asienta la ciudad, la union de los dos arroyos que forman á sus piés un pequeño rio, la plataforma y avenidas de la Garenne ensangrentada en tiempo de la chuanería, habreis visto todo lo que en Vannes hay notable, y no os queda que hacer otra cosa que marcharos de allí.

Esto fué lo que hicimos despues de examinar ligeramente las soberbias ruinas de Elven, en compañía del mas amable y entendido cicerone que pudimos encontrar: quiero hablar del hijo del conde de Francheville, que, despues de haber representado en la cámara un país donde su nombre es ilustre hace mucho tiempo, lo guia en este momento por el camino de los progresos agricolas, única civilizacion que conviene á la Bretaña.

Visitamos con M. Amadeo de Frachenville el hermoso castillo de Truscot, que mira en las aguas del Morbihan su blanca fachada y el verde follaje de sus murallas; la coqueta villa de Sarzeau donde encontramos la casa de Lesage, la antigua abadía de S. Gil-

das de Rhuys, cuya vacilante capilla está empedrada de santos sepulcros, y llena todavía de los ardientes delirios de Abelardo, cuando el ruido del mar, engolfado en los antros de la rivera, no podia ahogar en su corazon la dulce voz de Eloisa (1); el formidable castillo de Sucinio, en pié seiscientos años hace sobre la salvaje costa, con sus torres indestructibles, gigantescas chimeneas, sus escaleras abiertas en la piedra viva y sus gloriosos recuerdos del condestable de Richemon; toda la península de Rhuys, sus monstruosas rocas eternamente ribeteadas de espuma, sus campos sembrados de doradas clavellinas, tréboles color de rosa flores, de jacintos y escaramujo, sotos de bigueras, que recuerdan la primera edad del mundo; emparrados de magnolias y laureles que nacen en medio del terreno; puntos de vista, en los que el ojo inquieto no puede alcanzar los límites; atrevidos marineros con vestidos negros y blancos; lucidas *arvorainas* (2), cubiertas de encajes y sederías. Terminamos esta escursion con un

(1) Se enseña todavía en el jardín del convento, la puerta por la que Abelardo escapó de los puñales de los feroces monges que no habia podido reformar.

(2) Mujeres de las costas de Azvor ó Armor, país marítimo.

largo paseo por el mar, en medio de los trescientos islotes esparcidos sobre las azules aguas del Morbihan, y desembarcamos en la península de Locmariaker, ese vasto punto de reunion de monumentos druidicos.

Desde el mar hasta la aldea de Crani'h todos son túmulos, dolmens, menhirs y galgals. Los que llaman la tumba de César y el monte Helen, tienen doscientos piés de largo sobre cincuenta de alto. Medimos las minas de un menhir que tenia mas de setenta y seis piés de largo. La Trenché-de-Beurre (pella de Manteca), no tendria menos antes de ser mutilada. El dolmen de la Table-des-Marchands mesa de los comerciantes, *Dol ar' Mar'chans*), es igualmente gigantesca. Sus groseras esculturas son la desesperacion de los sabios, así como el inesplicable monton de cenizas que lo separa del monte Heleu. ¿Estas cenizas son los restos de una ciudad incendiada, ó de colosales leños en los cuales los druidas quemaban vivos á los hombres? Eterno é irresoluble problema!

Otro problema, todavía mas irresoluble, encontramos en Gaor'nis (isla de la Cabra) donde bajo las entrañas de un galgal se levanta un dolmen extraordinario. Bajamos temblando á aquel templo subterráneo, y contemplamos aquellas piedras llenas, como

los salvajes de la nueva Celandia, de figuras de hachas, círculos concéntricos, serpientes enroscadas, anillos emblemáticos, geroglíficos de un idioma tan antiguo, que toda la ciencia humana no ha podido encontrar su alfabeto! Nuestra emocion y sorpresa no hubieran sido tan grandes, si las sombras de Adan y de Noé se nos hubieran aparecido en aquellas sombrías cavernas! Tenemos delante de nuestros ojos un libro de granito, escrito por manos humanas, algunos miles de años anteriores á los tiempos históricos. Despues de esto, atreveos á hablar de las atigüedades de Grecia y Roma.

Cuando salimos del fondo de este abismo antidiluviano, no pudimos mirarnos sin que nos causasen risa nuestros largos pantalones, nuestros sombreros de tela y bastoncitos de concha!

Las visiones druidicas nos persiguieron hasta Auray. Yo decia como M. Souvestre, á mi compañero:

—Veis esas montañas que se elevan allá abajo, y que sirven de guia á los navegantes del Océano? Esas son las tumbas de los ricos comerciantes venetos. Sobre estas playas mismas es donde venian durante su vida á esperar sus fiotas de Partenope ó Foecia.... Esas formas que se mueven á la

sombra de los *túmulos*, son sus sombras que acechan todavía las velas en el horizonte... Allí, en el mar, esos barcos de velas rojas que se pierden entre las curiosidades de la bahía, son barcos venetos que pescan para los banquetes de la opulenta Roma, porque los Luculos de Italia prefieren ahora lasstras de armórica á las del lago Lucrin.... O mas bien son los esquifes de las druidas que transportan las almas de los muertos á la isla del Recuerdo.... Mirad á nuestro piés ese hombre que sube la colina; en su vestido de lino, no lo reconocéis? Es un bellec'h, un ministro de Hu y de Teutates.... Y esta mujer de ancha cofia y vestida de lana blanca, es una leane ó sacerdotisa (1). No os acerqueis á ese Cromlec'h, es un templo sagrado. Ved el menhir que impide acercársele, y el altar de piedra sobre el que la víctima humana espera el golpe de muerte.....!

(1) *Estos antiguos nombres de bellec'h y de leane se dan todavía por los aldeanos á los sacerdotes y religiosas de la Armórica.*

III.

AURAY—AGRADABLES CONTRASTES. — LOC. — LOS ALREENES. — LOS PEREGRINOS. — SANTA ANA. — INNUMERABLE AFLUENCIA. — PROCESIONES DE LAS PARROQUIAS. — LOS ARZONNAIS &C. — ENCONTRAMOS AL PEREGRINO DE LA CALESA. — KERANNA. — LA FONTAINE. — LA SCALA SANCTA. — LA CAPILLA. — LA EDAD MEDIA EN 1847. — NUEVA CORTE DE LOS MILAGROS. — LEYENDA DE SANTA ANA. — ANTIGUEDAD DE LA DEVOCION. — NICOLAZIC. — VISIONES Y MILÁGROS. — LA ESTATUA DESCUBIERTA. — LA CAPILLA REEDIFICADA. — KERIOLET. — SUS CRÍMENES Y CONVERSION. — RELIQUIAS — COFRADIA. — OFRENDAS. — FIN DEL PARDON. — VIVA LA FE!

Hablando así, volvimos á emprender el camino de Vannes á Auray. No presentó á nuestra vista mas que el triste aspecto de un arenal casi continuo, apenas adornado por algunos pálidos brezos.... Cuando el reflejo de una poca agua parecia alegrar desde lejos la perspectiva, reconocíamos al

aproximarnos un estanque amarillento y cenagoso, sobre el cual se inclinaban negruzcos juncos, cuyas aguas no reflejaban ni aun las nubes del cielo. A derecha é izquierda se veia á largos trechos alguna aldehuela de tres ó cuatro casas, un techo de paja aislado en medio del arenal, ó una pobre capilla colocada entre una vieja encina y un arroyuelo; algunos niños medio desnudos guardando vacas desmedradas, pidiendo limosna á los peregrinos en nombre de Santa Ana, imitando por un liard el agudo grito de los ánades silvestres.

Todavía teníamos el alma entristecida con estos cuadros, cuando llegamos delante de Auray. Nunca alegró los ojos del viajero un contraste semejante....

La entrada de Auray por el camino de Vannes ofrece ciertamente uno de los golpes de vista mas pintorescos del Morbihan. Toda la ciudad aparece de repente sobre la vertiente de la colina que le sirve de base, y desciende desde su cumbre en forma de anfiteatro hasta el brazo de mar que ha recibido el nombre de rivera de Auray. Este brazo de mar, cortado por un puente de granito en el centro del puerto, se divide graciosamente en dos curvas desiguales, cuyas vistas forman una oposicion admirable. A la derecha se extiende una ancha balsa-

tranquila y solitaria donde los muros grises y la verde floresta de un pequeño castillo con las nubes del cielo se ven como en un espejo entre los barcos anclados. A la izquierda se extiende el puerto entre sus estrechos muelles. Todo lleno de bergantines, goletas y pequeños barcos mercantes, tan apiñados, que no se ve el agua que los mantiene, y cuyos mástiles guarnecidos de velas blancas y flotantes pabellones, se confundían con los enormes árboles que sombrean el paseo de Loc. Este paseo del que con razón se enorgullece Auray es él solo un delicioso paisaje. Figuraos una montaña que sale precisamente del agua, y se eleva formando grados tapizada de yerba y césped; de un lado se apoya sobre masas de doradas rocas inflamadas por el sol, y del otro sobre las ruinas de una antigua fortaleza cuyos arcos y puntas de granito festonea la yedra, y coronado en fin de encinas y seculares olmos, dominados por un observatorio que abraza todo el Morbihan.

A la derecha de Loc, al lado allá de los puentes, las viejas casas de Auray agrupan sus góticos tejados á lo largo de una calle que sube como una escala hasta la plaza, donde la famosa *Nuestra Señora de Bolen* ostentaba otras veces su torre de doseientos piés, y donde hoy se eleva la mediana cú-

pula de la Iglesia nueva. — Todavía se vé en Auray, pero en un estado crnel de profanacion, los elegantes restos de la antigua capilla del Espiritu Santo.

Las mujeres de Auray pasan con justo título por las mas hermosas (íbamos á decir las únicas hermosas) del Morbihan. Se reconocen en las ferias y *pardónes* del país, por la finura y regularidad de su rostro, sus mejillas redondas, su color de rosa aterciopelado, la delicadeza de su nariz remangada y maliciosa, sus grandes ojos negros defendidos por largas pestañas, la excitante coquetería de su porte, su andar y su tocado, y particularmente en su ancha cofia de muselina con tirillas sueltas, especie de semivelo trasparante que oculta y descubre sucesivamente esta encantadora figura.

El sol de Pentecostés acababa de salir radiante en un cielo puro.... La campana de Santa Ana nos llamaba á la capilla del Pardon; nos apresuramos á tomar el camino con los peregrinos, reservando para la vuelta todo lo que dejáramos de curioso.

Hasta allí habíamos contado á los viajeros por centenares; aquí ya fué por millares.... Era todo un pueblo en procesion.... Venian de las playas, de los desiertos de arena, del centro de las ciudades y del interior de las aldeas. El ruido de los cantos nacionales,

de los cánticos sagrados, de las baladas de Santa Ana, de las oraciones de todos y cada uno, se aumentaba al propio tiempo que la multitud, y cubria los gritos de los mendigos colocados á las orillas del camino. Parroquias enteras llegaban en trage con las banderas desplegadas, el clero á la cabeza, los hombres delante y las mujeres detrás. Todas las veredas estaban llenas de sobrepellices y estolas, de cruces de plata, de sayas de diversos colores, de cofias blancas y flotantes....

Y estas banderas y cruces se saludaban é inclinaban. Y estos diversos torrentes, formaban un rio que se extendia hasta perderse de vista ... Y estas poblaciones caian de rodillas como un solo hombre cuando la cúpula de Santa Ana aparecia en el horizonte.... (1)

(1) Podrá formarse una idea de este maravilloso concurso con un solo ejemplo:

La parroquia de l'He-Dieu, atraviesa todavía sesenta leguas para venir á Santa Ana. Además de estas procesiones anuales, hay otras de circunstancias, á consecuencia de las calamidades públicas. Recuérdase todavía la de Huélon, cerca de Gronville, en 1629; la de Quimperlé en 1654; las de S. Nazario y Croisic: pero sobre todo la de Pont l'Abbé, que ofreció el espectáculo de una ciudad entera corriendo veinte y cinco leguas despues

Sería menester un volúmen para describir minuciosamente esta procesion sin número ni límites.

En medio de una tropa de niños pequeños, una mujer todavía pálida, una piadosa madre lleva extendido un paño blanco: es un sudario que habia preparado para ella misma; pero sus hijos la han salvado prometiéndole la peregrinacion; y toda la familia cumple hoy su voto, y grandes y pequeños cantan: *Santez Anna Beneguet*. Y el lienzo trasformado en bandera de salvacion, va bien pronto á flotar sobre el muro de la capilla.

Los pescadores de Noyallo se aproximan, con los piés ensangrentados, los vestidos rotos, cargados con una larga tabla cubierta de clavos enmohecidos. Esta tabla es el último resto de su barco; es la tabla libertadora arrojada por Santa Ana á sus manos

de una horrible epidemia. Los estandartes desplegados en estas festividades son algunas veces de una antigüedad preciosa y de una riqueza admirable. El estandarte breton es el paladium universal. Llevado y defendido por todos los brazos, se ha salvado de las mas sangrientas revoluciones, y sobrevive de siglo en siglo á las perecederas banderas de los gobiernos: es uno de los mas nobles simbolos de la unidad é inmortalidad católica.

suplicantes. Aquellos valientes no tienen duda alguna, porque han visto su blanca figura á la luz de un relámpago sonreírles en medio de la borrasca; así, con cuánta fe no llevarían su sencilla y sublime ofrenda!

Pero cuál es aquella tropa que los precede en orden tan perfecto? El sombrero embreado, el pantalon de tela, el cinturon de lana encarnada, y aun mas, el vigor de sus miembros, la intrepidez de su paso, todo indica que son marineros de alto bordo. Son los descendientes de aquellos marinos de Arzou, que con la aynda de Santa Ana vencieron al terrible Ruyter. Como sus abuelos, vienen todos los años á dar gracias á la patrona. Se embarcan en Puerto Navalo con sus mujeres é hijos, en los barcos mercantes de velas encarnadas. A la cabeza de la flotilla sobre un navío empavesado con ramas de árboles, flores y pabellones, voga el clero, revestido con sus mas ricos ornamentos. Desde Arzou hasta Santa Ana, sobre las olas y sobre el camino, la dorada imágen de la abuela de Jesus, con su blanca túnica, precede á los marineros, con la cruz de plata de la parroquia. En seguida llevan sobre sus vigorosas espaldas, el modelo del navío de 74 que vió triunfar á sus padres; tiene sus brillantes colores, sus mil cuerdas, su popa adornada de

esculturas, sus velas blancas y pabellones de seda. Ya se oculta en el follaje de los setos, ya se eleva sobre ondas de verduras. Y los marineros, con paso acompasado, marcan las ondulaciones del navío, por el canto de los *arzonnais*, marsellesa de los marinos bretones (1).

(1) *Ved aquí esta expresiva y piadosa canción, sencilla obra maestra de los pobres aldeanos.*

Bendita sea Santa Ana: vuestras virtudes, vuestro poder, han alejado de nuestras cabezas la muerte y todos los peligros! - Corremos á vuestra santa casa, para ofreceros acciones de gracias, porque nos habeis preservado en los peligros del combate! Bendita sea Santa Ana etc. - Una multitud de arzonnais, habian partido para el ejército: eran más de cuarenta sometidos á las órdenes del rey! Bendita sea Santa Ana etc. - Llenos de fe, llenos de confianza, nosotros todos los parroquianos de Arzou venimos aquí á orar el santo día de Pentecostés! - Bendita sea Santa Ana etc. Llenos aquí vogando en el canal de la Mancha, con el que nos manda, buscando combate y venganza contra las naves holandesas! - Bendita sea Santa Ana etc. - Tiros de cañon nos llegan más espesos que el granizo: oh! no, jamás estuvimos en peligro semejante! - Bendita sea Santa Ana etc. - De cada flanco de la nave horrorosas descargas, despedazan y derriban cables, velas, mastiles y táblones. - Bendita etc. - Oh verdadero milagro! ninguno de los hijos de Arzou recibió el menor daño de bala

Pasado largo rato, descubrimos entre la multitud al peregrino de la calesa.... El aldeano de Vannes que lo habia ya reconocido nos lo enseñó de nuevo. No llevaba su equipaje ni escolta de mendigos, pero seguia con los piés desnudos y lo acompañaban dos familias del país: la suya que tenia un aire de modestia conveniencia, despues dos pobres ancianos y seis niños miserables, entre los que, una jóven en la flor de la edad y la belleza, brillaba como una rosa en medio de las ruinas. Esta jóven anegada en lágrimas bajo su blanca cofia, arrojaba al peregrino unas miradas tan mudas y tiernas, que sospechamos habia entre ellos alguna historia sensible....

—Estoy sobre el hilo de este misterio, nos dijo el aldeano al oido; todo lo sabré esta tarde, y os lo contaré.

En fin, llegamos al teatro del gran *pardon*.

de cañon ni de arcabuz! - Bendita etc. - Cerca de ellos, á derecha é izquierda, muertos ó heridos caen los hombres; pero para ellos, vuestro socorro, vuestra virtud los defendió. - Bendita etc. - Allí, cerca de nosotros, una bala de cañon hirió á un pobre marinero, y la médula de su cabeza saltó sobre un hijo de Arzou! - Bendita etc. - Nosotros os rojamos de todo corazón, bendita Santa Ana, conservarnos en gracia ahora y siempre »

En medio de una hermosísima plaza cubierta de castaños, hay un estanque abierto en piedra, surtido por manantiales formando un paralelogramo de 74 piés sobre 46, cortado abajo por un ancho arco de bóveda, flanqueado de escaleras en forma de anfiteatro, dividido en tres fuentes octógonas, de las cuales, la última, prolongada en semicírculo, rodea con sus aguas el pedestal de Santa Ana. Desde esta plaza, la calle de los Bahoneros conduce por tres puertas á la de la Capilla. En el centro de ésta, se eleva su cruz latina, y su torre cuadrada de 150 piés de altura. Detrás del altar mayor está la sacristía, coronada de una bóveda sostenida por cuatro columnas de mármol, y sobre ella el coro, cuya abertura á la iglesia tiene la misma forma de un arco de puente. Mas allá se extiende el antiguo convento de los Carmelitas, con su Calvario, sus grandes edificios, magníficos jardines, fértiles praderas, sus altas entradas de castaños, con sus estanques de agua transparente y abundante de pesca (1). A derecha é izquierda del atrio, corren varias galerías en que se colocan los mercaderes de rosa-

(1) Véase para mas amplios detalles el excelente libro de M. M...., d'Auray, sobre la Peregrinacion de Santa Ana.

rios, medallas y figurillas de marfil... Estas galerías se reúnen encima de tres puertas, por dos escaleras que suben á la *Scala Sancta* (Santa Escala), en cuya cumbre un altar, que domina un gran arco, está coronado de una elegante cúpula. Veinte mil almas pueden oír la misa celebrada en este altar.

Todo esto presenta todavía un aspecto oriental muy imponente, á pesar de las profanaciones y mutilaciones de 1793. Causa sentimiento, entre otros adornos de la *scala*, un grupo de piedra figurando el *Ecco Homo*, obra muy curiosa del siglo XVI, reemplazada ahora por un precioso fragmento del retablo de los franciscanos de Auray. Dos retablos del Renacimiento, dignos de él, se hacen notar en la capilla, así como los espirales y relieves del friso.

Pero lo que atrae particularmente la atención en este modesto templo, son los millares de *ex-voto* colgados en las paredes por los peregrinos: muletas, maniotas ó trabas, figuras de cera, naves naufragando, ofrendas de toda especie, y sobre todo, pinturas sencillas, atestiguando la curación de todos los males, la libertad de todos los peligros, y aun la resurrección de muchos muertos. La mayor parte de estos cuadros son de tal sencillez, que la ausencia del arte los hace todavía más sublimes. Es tal su número,

que es necesario reanunciar á describirlos; y por otra parte, solo su vista puede dar una idea de su carácter. Se encuentra aquí completamente la edad media, el tiempo de los exorcismos, canonizaciones y milagros....

El de hoy, es ese mismo *pardon* de Santa Ana en 1847. Esto es: los innumerables peregrinos cercando los altares y confesionarios, amontonando delante de la patrona sus cirios, rosarios é imágenes de marfil, desfilando al pié de la *Scala Sancta*, bajo las bendiciones de los sacerdotes, apiñándose alrededor de la fuente salutífera, y olvidando sus sufrimientos, confundidos grandes y pequeños, ricos y pobres, jóvenes y viejos, ofreciendo la mas vasta y curiosa mezcla de trajes que pueden imaginarse, acampando los unos en el llano como un ejército de cruzados, entregándose los otros en público á todas las exageraciones de la devoción, llevando sobre la espalda á sus niños enfermos, conduciendo á los moribundos en sus carretas de bueyes, arrastrándose alrededor de la capilla sobre sus manos y rodillas, llenando el aire de sus cantos y súplicas, de sus gritos de aflicción ó de reconocimiento (1), reasumiendo en fin, en esta

(1) Según Hugues de S. Francisco, se han

pequeña aldea, todas las miserias y alegrías, toda la esperanza y la fe de aquí abajo.

Como ya hemos indicado, abundaban los mendigos y mercenarios, ejecutando por algunos cuartos todos los excesos de la penitencia, haciendo ostentacion de sus mas vergonzosos harapos y asquerosas llagas, improvisadas la víspera en la ciudad, en una palabra, trayendo á la memoria todos los dolores verdaderos ó falsos, todas las escenas y fisonomías de la antigua corte de los milagros....

El parisiense Roberto, deslumbrado, enervado, fascinado, creia ser juguete de un sueño ó una vision.

—Es posible, decia, que estemos á diez miriámetros de París, en un país que ha pasado por la República, el Imperio y la Carta, á tres leguas de una capital de provincia, de un tribunal y de un colegio, cerca de cuatro ó cinco caminos reales, cruzados de postas y diligencias!

—Sin embargo, es cierto, le respondí, y eso es lo que mas da á conocer la tenacidad bretona. Si Dios quisiese destruir el mundo como á Sodoma y Gomoria, encontraría

isto hasta cien mil peregrinos viviendo de las provisiones, comulgando en la capilla, y durmiendo á una legua á la redonda, bajo tiendas guardadas por los religiosos.

aquí bastantes creyentes para desarmar su cólera. Además, la historia de la peregrinación á Santa Ana os explicará su popularidad; el pasado os hará comprender el presente y el porvenir.

—La vía romana que conduce desde Turay á Keranna, era un camino sagrado antes de Jesucristo, y los paganos, tal vez los druidas, adoraban aquí á uno de sus dioses, como los católicos honran á uno de sus patronos. El hecho es, que la primera capilla de Santa Ana fué construida en tiempo de los romanos, que se arruinó de vieja en 699, y que volvió á edificarse en 1624,—véase de qué manera. He traducido la leyenda popular.

Habia entonces en Keranna un buen hombre, Ewan Nicolazic, temeroso de Dios y amante de sus hermanos, que rezaba todos los dias á Santa Ana y administraba justicia sobre la piedra de su puerta, como S. Luis bajo la encina de Vicennes. Uno de sus campos, el Bocenno, ocupaba el mismo sitio que la antigua capilla; cada cosecha era bendecida desde el cielo; pero sucedian cosas extrañas. Sobre el solar que cubrian las ruinas del templo mas de 900 años, los bueyes se encabritaban al sentir el aguijon, rompian el arado y clavaban los cuernos en la tierra. Una tarde, Nicolazic, al volver de

Auray con su porra en la mano, vió en el aire salir de una nube un brazo de mujer con un cirio encendido. Otra, percibió en la fuente inmediata, en una gruta vaporosa, una mujer blanca, de largos y negros cabellos, y dorado manto, que despedía una luz dulce y penetrante. Reconoce á la buena Santa Ana y va á contar su vision al cura Dom Roduez, uno de los capuchinos que acababan de establecerse en Auray. Este desconfia y lo rechaza con dureza. Sin embargo, Nicolazic oyó á la noche los pasos y los cantos de una multitud que se acercaba á Keranna. Tercera vez volvió á ver á la patrona, pero entonces le habló y dijo: «Ewan, en otro tiempo he sido venerada en el país como lo soy en tu casa; te encargo reedificar mi capilla. La debilidad es fuerte con la gracia del Señor.»

Nicolazic no tenia con que levantar una cabaña, y sin embargo juró reedificar el templo. Llama á sus parientes y vecinos, sigue con ellos la luz hasta Bocenno, la ve desaparecer bajo de tierra, ahonda los zurdos con el azadon, y encuentra la estatua de Santa Ana....

Habia pasado novecientos años bajo un matorral de espinos, sin otro culto que las flores de la primavera y los cantos de los pájaros en sus nidos.

Ewan y los campesinos levantan la antigua imágen, la cubren de sencillos ornamentos y la colocan en un altar de verdura. Los peregrinos acuden de todas partes con sus ofrendas, estas se multiplican de tal modo, que un templo de granito reemplaza en fin al pabellon de follage. El mismo Nicolazic delinea los arcos y pilares, imitados á los restos del primer edificio, y el pabellon de lapizlazuli adornado de querubines que la Santa le habia revelado en un nuevo sueño. Despues los fieles ponen mano á la obra, unos dando la piedra, otros la madera, este su carreta, aquel sus herramientas, y todos su celo y destreza, sus jornales y brazos.

Así fué reedificada por los pobres campesinos la capilla de Santa Ana, á pesar de los despreocupades y los grandes del país.

Otro Dom Roduez, que Dios castigó bien pronto, Pedro Le Gouvello de Kériolet hizo una oposicion feroz. Este hombre era el Barba-Azul de Auray, y el castillo de Kerloy le servia de guardia. Robaba á su padre y su familia, corria á Oriente á hacerse turco y pirata, mataba á los hombres en desafio, deshonoraba á las mujeres, tiraba pistoletazos al rayo, espantaba al país á diez leguas á la redonda, se lanzaba blasfemando contra los peregrinos, y los pisoteaba con su caballo negro.

Pues el día 12 de mayo de 1645 dos monges iban rezando en voz baja por el camino de Keranna. Una carreta los seguía, tirada por dos bueyes, conducida por un viejo de cabellos blancos, y escoltada de mujeres vestidas de negro, que regaban de lágrimas sus rosarios. En la carreta, sobre un lecho de fresca paja, bajo un paño blanco colocado sobre el entretejido de sauce, iba tendido un hombre, como un muerto á la última morada. Todavía sin embargo estaba vivo, porque se le oía decir con voz apagada: «Hágase Señor vuestra voluntad!»

Era Ewan Nicolazic que hacia su última peregrinacion....

El prior de los carmelitas, recientemente instalado en Santa Ana, lo recibió en los límites de Bocenno. Los religiosos apartaron la sábana y lo trasportaron á una celda renovada para él. Todos quedaron á la entrada, hasta su mujer Guillemet, que cayó sobre el umbral de la puerta cubriéndose el rostro con el delantal.

Un hombre entró sin embargo confundido con los religiosos á causa de su negro manto.... El prior no lo reconoció hasta despues de haber acostado al agonizante sobre la ceniza, envolviéndolo en la túnica de la orden del Monte Carmelo....

- Señor de Kéiolet, gritó indignad , có-

mo os encontrais aquí? Venís á turbar el paso del alma á la eternidad?

—Vengo á ver como mueren los justos; respondió Kériolet con sorda voz.

—¿Porque era indudablemente el demonio de Kerloy, pero ya tocado de la gracia divina. Volvia de asistir en Londres á los exorcismos de las pecadoras.

—Ved, pues, y juzgad! dijo el prior entonando los cantos de los agonizantes....

Ewan respondía con los hermanos. Los peregrinos cantaban desde afuera: *Santez Anna Beneguet*, y Guillemet repetía sollozando: *M'ami paour!* (pobre amigo mio).

Nicolazic la oyó desde lejos y la hizo decir que pidiese á Dios la llevase pronto á su lado....

—Pedid igual favor para nosotros, añadieron sus parientes y amigos.

—Así lo haré, balbuceó el moribundo.

Y Kériolet, con el rostro pegado al suelo, gritaba:

—Santa Virgen, no me rechaceis!

Tres veces repitió este grito durante la agonía de Ewan. En fin, el viejo dió el último suspiro, con los ojos fijos en la estatua de Santa Ana, que se habia llevado á la celda.

—Gracias, mi buena señora! murmuraba. Ya veo vuestra blanca nube y dorado man-

to... he aquí el Bocenno, la fuente, los querubines....

Estas fueron sus últimas palabras!... su éxtasis se había realizado en el cielo.

Su mujer espiraba al mismo tiempo repitiendo: «Aquí estoy, *pobre amigo mio!*»

Tomando entonces el prior un cilicio y ofreciéndoselo á Kériolet le dijo:

—El Señor no rechaza á los corazones contritos y humillados.

Keriolet ciñó su cuerpo con este vestido de hierro y se consagró desde entonces á Dios y á los pobres.

Desde aquella época se le vió siempre cubierto de grosero paño, comiendo pan negro, acostándose en los establos ó sobre la nieve, cuidando á los enfermos, llevándolos sobre sus espaldas, rezando noche y dia al pié de los altares. Hizo á pié, llevando clavos agudos en su calzado, veinte y cinco mil leguas de peregrinacion, y murió en las órdenes, en olor de santidad, legando sus bienes al convento y á la iglesia de Kerranna.

Ningun país puede ofrecer mas ocasiones que este de ejercer la caridad. Ya habeis podido juzgar por los miserables interiores que hemos visto, y juzgareis todavia mejor por los que nos esperan.

Despues de haber referido es ta leyenda á

Roberto, lo volví á llevar á la capilla, donde le enseñé las tumbas de Nicolazic y de Kériolet: la primera al pié de una columna en el mismo sitio donde se encontró la estatua; la segunda en el altar mayor, con este epitafio:

Aquí yace Pedro de Keriolet. Conquista de María, de quien se hizo el mas fiel y celoso servidor.

Vimos tambien en la sacristía el busto en cera del célebre penitente, algunos pedazos de su sotana, y su sombrero, que figura un cono truncado.

Despues recorrimos el registro de la cofradía de Santa Ana, en el que encontramos inscriptos los mas grandes reyes y altos personajes: Ana de Austria y Luis XIII que enviaron á Keranna una reliquia engastada en cristal de roca y plata;—el papa Urbano VIII fundador de la cofradía y todos sus sucesores;—Luis XIV y Felipe de Orleans; los príncipes de Condé,—María Teresa,—Enriqueta de Inglaterra,—el gran Delfin y su esposa,—María Lekzinka,—Luis XVI,—María Antonieta,—los Montbaron, Brissae, Bruc, Guiche, Schomberg, y todos los mas ilustres nombres de Francia.

Los preciosos dones de estos ilustres cofrades, desaparecieron casi todos en 1793; pero los fieles bretones salvaron la

capilla y la cabeza de la antigua estatua, que todavía se vé bajo un vaso de cristal en el pedestal de la nueva.

Pasados los aciagos días de la revolucion, un seminario reemplazó en Santa Ana á los Carmelitas, y las peregrinaciones y ofrendas volvieron con igual profusion. Aquellas suben algunas veces, sueldo á sueldo, hasta centenares de miles francos.

Llegada la tarde y concluidas las devociones, subí con Roberto á la torre de la Iglesia.... Algunos peregrinos circulaban todavía en la sombra al rededor de los edificios.... Los que se retiraban á sus parroquias se alejaban á través de la campiña; los que pasaban allí la noche, se agrupaban al rededor del estanque y de la *Scala* bajo las velas de los barcos. El resto se acostaba en la llanura, las mujeres en medio y los hombres en rededor. Las antorchas que iban y venian durante la noche iluminaban á su paso las blancas cofias.... y un concierto de súplicas y cantos se elevaba todavía en medio del silencio, entrecortadas por las lamentaciones de los mendigos que perseguian con encarnizamiento á los últimos viajeros. En aquel momento solemne, recordamos y comprendimos las visiones de Nicolazic: la nube de la fuente, la luz de Bocenno, las apariciones de Santa Ana y los querubines.

—Decididamente, dijo Roberto, enternecido hasta derramar lágrimas, viva la fe para creer grandes cosas y dar sublimes espectáculos!



III.

HISTORIA DEL PEREGRINO DE LA CALESA.—ADRIANO FLOHIC Y RENÉ KERBAL.—CINCO AÑOS EN PARÍS.—LA VASIJA DE TIERRA Y LA DE HIERRO.—NAUFRAGIO Y RUINA.—MARIA KERVAL.—EL ÁNGEL SALVADOR.—VUELTA DE LOS HIJOS PRÓDIGOS.—ESPIACIONES Y REPARACIONES.—ESCENA DE FAMILIA.—CAMPELINOS COMO ANTES.—DONDE SE ENCUENTRA LA FELICIDAD PERDIDA.—TRE—AURAY.—EL VALLE DE KERZO.—PIASAJES Y RECUERDOS HISTÓRICOS; 1564,—1795,—1815.—LAS PIEDRAS DE CARNAC.—LOS SABIOS CONFUNDIDOS POR UN PASTOR.—S. CORNELIO.—HENNEBON Y SU IGLESIA.—TOI AVIA LA MISERIA. HISTORIA Y MONUMENTO DE HIPPO. BISSON.—LORIENT Y PUERTO LUIS.

Muchas veces habíamos encontrado durante el día al peregrino de la Calesa en la capilla de la *Scala*.... despues lo habíamos perdido de vista, en medio de los torrentes de la multitud.... juzgad con cuanta impaciencia volveríamos á nuestra posada para pedir noticias al aldeano de Vannes. El dig-

no hombre entraba al mismo tiempo que nosotros, y su alegre sonrisa nos reveló que lo sabía todo. Prontamente lo encerramos en nuestro cuarto y véase la historia que nos refirió:

Hace ya cinco ó seis años que dos jóvenes dejaron á Auray para trasladarse á París. El uno era Adriano Flohic, el peregrino que nos ocupa; el otro René Kerval, el amigo de su infancia. Hijos ambos de campesinos propietarios, habian hecho sus estudios en Santa Ana para recibir las órdenes sagradas; pero habiéndoles faltado la vocacion, al pie del tabernáculo, volvieron á tomar el *jupon* y el *bragowbraz*. Sus brillantes triunfos en el colegio y los salones habian hecho de ellos dos elegantes, que no se atrevian ya á dedicarse á las labores del campo. Sin embargo, Kerval se habia ya resignado, y dejaba crecer sus cabellos, cuando vino Flohic á arrancarlo del arado como á Cincinato.

—Victoria! querido amigo, le dijo, mira la llave de oro que nos vuelve al mundo..!

Y le leyó una carta que le anunciaba trescientos mil francos de herencia. Un viejo tío le dejaba esta fortuna (acumulada) adquirida en la carrera de la navegacion....

El plan de Adriano estaba ya concebido; daba la cuarta parte de la herencia á sus parientes, con lo que les dejaba una mediana

fortuna; el resto iba á triplicarlo en algun tiempo en París, y ofrecia á su amigo 2000 francos por acompañarlo.

Kerval aceptó, y partió con Adriano, á pesar de las iustancias de su familia.

—René, le dijo su padre, vas á perderte en la gran ciudad ...!

—Al contrario, respondió el jóven voy á adquirir riquezas para todos...

La cosa era difícil porque tenia seis hermanos; pero de nada dudan la juventud y la imaginacion.

—Aseguraré tu dote... y tu dicha antes que todo! añadió René á media voz abrazando á la mayor de sus hermanas.

Es necesario decir, que Mad. de Kerval, educada en un colegio, era un ángel de belleza y de virtud: Adriano Flohic habia pensado pedir al punto su mano, lo que hubiera colmado los tiernos votos de la jóven; pero el corazon del heredero habia dado vuelta como la rueda de la fortuna, y ni aun percibia la desesperacion que dejaba en Auray.

René la comprendia, y trataba de consolar á su hermana.

Tres años despues, los dos amigos figuraban entre la elegancia parisiense... Adriano, sobre todo, tenia una suerte increíble... ganaba montones de oro al juego y en la bol-

sa; era el ídolo de las mujeres, el héroe de la ópera, el parangón de la moda. Concluyó por olvidar su origen y familia, y creer en su estrella como Napoleón.... Esta confianza aumentó su númen y multiplicó sus triunfos.

Exitados por él, René quiso seguirlo, y se estrelló como el cántaro de barro sobre el de hierro. Deslumbró á sus parientes con la dicha de su amigo, les decidió á arriesgar su modesta conveniencia entre sus manos: asociándolos así á sus locas empresas, les robó su escasa fortuna bajo el pretesto de darles la riqueza.

Adriano Flohic desde la altura de su orgullo, no vió el naufragio de Kerval, el cual, por una rara delicadeza no se atrevió á acercarse al autor de su pérdida. Aquel, por otra parte, disgustado de todos los placeres y al fin de todos los goces, acababa de recordar que era hombre, recibiendo un golpe fatal. Presa de una violenta pasión, pasión de orgullo y no de corazón, por la hija de un alto personaje, se vió rechazado como antiguo campesino. El hermano de la soberbia señorita, ni aun se había dignado batiarse con él. Este último ultraje conocido de todo París, enardeció el cerebro de Adriano; se creyó deshonrado sin remedio, se vió humillado por los que eclipsaba la

despérra, y no teniendo valor para dejar el gran mundo, quiso mejor morir que aparecer humillado.

Errante una tarde á la orilla del Sena, ponía ya la pistola entre sus labios, cuando una dulce mano se la arrebató....

Vuélvese y vé bajo la humilde cófia de Auray, á María Kerval, el ángel de su primer amor.

María había adivinado la ruina de su hermano y de su familia. Había temido por su René, y tal vez por Adriano (el corazón no tiene también su segunda vista?). Partió, pues, de Auray á pié, viviendo, durante el camino, de algunas economías, y había llegado á París aquel mismo día. Después de consolar á Kerval, había sabido la desgracia de Adriano, y ambos hermanos habían corrido á salvarlo....

Flobic reconoció en esta señal el dedo de Dios. A la vista de esta jóven, tan perfectamente hermosa y admirablemente buena, renacieron todos los puros sentimientos de su infancia. Su estancia en París se le figura una horrible pesadilla. Su anciano padre y humilde familia, su modesta casa, el seminario y la capilla de Santa Ana, todos los recuerdos del país natal, que nunca mueren en la imaginación de los bretones, se le aparecían como una fresca

Oasis á la salida del desierto....Volvía á verse sobre todo, contemplando á Maria en la cerca de Auray, admirándola al arrodillarse delante de la cruz, bailar en las fiestas del pardon, y cantar bajo los floridos espinos....El volvió á ser piadoso y tierno, sencillo y modesto...volvió á encontrar oraciones en su boca, lágrimas en sus ojos, amor en su corazon....y se arroja á los brazos de René y de María gritando: Gracias salvadores míos!"

Pero júzguense sus remordimientos cuando supo los tristes efectos de su mal ejemplo, la ruina de Kerval y la de su familia, reducidos á vivir de la caridad publica!... porque tal era la profundidad del abismo donde sin saberlo, había arrojado á estos desgraciados!...Sus instancias arrancaron una confesion á las lágrimas de María ...

Desde luego abrazó su plan de expiacion y retiro...Volvio á su casa con sus dos amigos; realizó los títulos de su fortuna, que ascendia todavia á treinta mil libras de renta (habia ganado triple y gastado doble en cinco años). Escribió á su padre y al de Kerval dos cartas encargándoles á René y á María Suplicó luego á estos que fuesen delante á Bretaña, señalando para sitio de reunion el *pardon* de Santa Ana y partió, en efecto, cinco dias despues que

ellos.... Todo esto sucedia la semana última.

Despues de haber llegado en posta á Nantes, Adriano baja de su calesa, coloca á los mendigos en su lugar, y empieza con los piés desnudos esa peregrinacion de la cual hemos sido testigos. En Auray encontró y abrazó á sus parientes y á los de René.

El aspecto de la familia Kerval fue su castigo mas cruel.... Aquella modesta casa, que habia visto otras veces alegre, cómoda y aseada, se parecia hoy á las mas miserables cabañas del Morbihan... Cristianos y animales vivian junto...; los padres llenos de harapos y los hijos medio desnudos... El arca del pan vacia, la bodega sin sidra, las colmenas sin abejas, los rostros macilentos... Solo las gracias de María brillaban en medio de aquella desolacion, como un rayo de sol sobre la asolada campiña.....

Ambas familias siguieron á Adriano al *pardon* como ya hemos visto... El dia se pasó en rezos y devociones... María fué allí siempre el ángel de la guarda de aquel que habia salvado.....

Llegada la tarde, Flohic regresa casa de su padre con su doble acompañamiento. Allí convoca todos los mendigos de Santa Ana y les distribuye diez mil francos que llevaba en la calesa... Saca ademas dos sumas iguales, que envia al alcalde y al

cara; despues, para colmo de fiesta, tuvo sus fuegos artificiales, incendiando con su propia mano el rico equipaje.

No se habia visto cosa igual desde la conversion de Keriolet.

La multitud asombrada se dispersa y las dos familias se sientan á la mesa... los pobres Kerval al lado de los ricos Flohic; María á la derecha de Adriano, y René á su izquierda, esperando todos con ansiedad el desenlace.

Entre tanto el hijo pródigo come y bebe... los padres olvidan sus sacrificios con la dicha de volver á verlo, y una vaga esperanza disipa el dolor de los Kerval.

Al fin de la comida, Adriano se levanta con gravedad, y pide á su padre el *jupen* y *bragow*, que llevaba otras veces... Su padre abre un armario, saca los humildes vestidos, y se los entrega al elegante jóven. Este los toma estrechándolos contra su corazon, se quita su elegante vestido y reaparece bajo el antiguo traje breton.

-Al fin te encontramos para no perderte jamas! gritaron abrazándolo y llorando su padre, madre y hermanos.

Los Kerval se enternecieron hasta derramar lágrimas, y María no se atrevió á mirar á Adriano, temerosa de enloquecer de alegría.

Adriano la contempla, y le suplica que lea á los ancianos Kerval la carta que le dió en París.

María la saca de su seno, pero no puede acabar su lectura.

Flohic dió una tercera parte de su fortuna á René y á sus padres, á los que pidió la mano de María para dividir con ella otro tercio del caudal. Y en fin, el último, lo cedia á sus hermanos en la carta que su amigo dió al padre en aquel mismo instante.

Tal era la reparacion de Adriano.—No valía su penitencia?

Describir los trasportes de alegría de las dos familias, sería desvirtuar el cuadro que aquí habeis visto!...

—Todavía estoy enternecido, concluyó el hourado aldeano enjugando una lágrima, porque todo lo he sabido casa de los mismos Flohic; y mañana por la mañana, os haré ver si quereis, dijo al parisiense Roberto, en su huerto y bajo su *jupen*, á vuestro antiguo compañero de los bastidores de la ópera....

Al dia siguiente, en efecto, visitamos á los Flohic y Kerval con nuestro cicerone. Reconocimos perfectamente á Adriano, que cien veces habíamos visto en la Bolsa, en el café de París y en el bosque de Boloña.

Llevaba sus grandes calzones y chaleco de paño basto, con el mismo aire que el frac y el pantalon de Elbeuf. Sus blancas manos que no tardarian en ponerse morenas, manejaban perfectamente una pesada espioncha; en fin, ningun hombre del gran mundo se habia hecho nunca campesino con mas gracia y buen humor.

Como admirásemos el valor y generosidad de su resolucion;

—Mas bien envidiadme, señores, nos dijo con una sonrisa filosófica; he dejado lo malo por lo bueno, lo dudoso por lo cierto, la sociedad por la naturaleza, la riqueza por la comodidad, por el placer la felicidad.

Al decir estas palabras, apareció María, fresca y sonrosada, á la entrada del huerto, y no pudimos menos al mirarla, de dar la razon á Flohic.

Su hermano y sus padres la seguian llevando tambien la alegría impresa en su semblante.

Solo este cuadro valia todos los tesoros sacrificados por Adriano.

—Además, señores, añadió este último llevándonos al cabo de su cercado, decidme: qué decoraciones de la ópera pueden compararse con este hermoso sitio?

Dejamos, en efecto, escapar un grito de admiracion, á la vista de un paisaje, que

Walter Scott hubiera envidiado para su Escocia.

Escarpadas rocas presentaban las mas bizarras formas, cubiertas de blanco musgo y de lánguidos follajes; el suelo roto, grieteado, caprichoso, aquí haciendo ostentacion de sus recientes quebraduras, allí presentando en contrapeso una soberbia vejetacion; un torrente que se precipita en espumosas cascadas á través de un lecho de rocas, arena y verdura, un viejo puente de madera, colgado, que tiembla al ruido del agua, arrojado de una rivera á otra con la pintoresca negligencia de una pincelada; profunda y cenagosa fuente enturbiada solo por los adormecidos ecos del ánade silvestre; llano inmenso cerrado por un anfiteatro de colinas de contornos caprichosos; golpes de vista en lontananza sobre lejanos horizontes, castillos y campanarios que coronan las alturas; ramos de abetos que aquí y allá se elevan hasta el cielo; grupos de chozas cubiertas de retamas y humeando en la vertiente de las colinas: nada faltaba á este paisaje á la vez deleitable y grandioso.

—Señores, repuso Adriano, que participaba de nuestras impresiones, porque su voz enternecida apenas cubria el ruido del torrente; estáis viendo uno de los mas célebres campos de batalla de la historia an-

tigua y moderna; el riachuelo de Brech, el puente de Tré-Auray y el valle de Kerza. Este riachuelo debe su nombre á la aldea donde llega por la escarpada y rápida pendiente de esta colina, deja detrás *la Piedra que tiembla*, enorme trozo de granito puesto en equilibrio hace ya siglos sobre la punta de otro pedazo donde lo mece la mano de un niño. El impaciente riachuelo se precipita bajo este puente con tanta mas impetuosidad, cuanta mayor ha sido su detencion en las masas inmóviles de piedras y las espumosas ruedas de molino que mueve á su paso. Esta violencia lo llevaria casi siempre mas lejos, si no se perdiese en esa laguna sin fondo, donde el Occéano absorbe cada dia su tributo.

Sobre las dos riveras de este rio, en los arenales que se extienden hácia Santa Ana y sobre la cumbre de las opuestas colinas, fué donde se dió el 26 de setiembre de 1364, la memorable y decisiva batalla de Auray. Allí fué donde Cárlos de Blois y Juan de Montfort, despues de una guerra que habia puesto en combustion á toda la Europa, jugaron por última vez, con la espada, la corona de Bretaña: cerca del puente que está bajo nuestros piés, fué donde Bertrand Duguesclin, formó en batalla á su alrededor los tercios del ejército franco-

breton; allí cayeron á su lado los señores de Rieux de Kergorlay y de Tournemine; y allí tambien fueron hechos prisioneros por Montfort los vizcondes de Laval, de Roha y de Leon, los caballeros de Beaumanoir y Tinténiaç, los héroes del combate de los Treinta; allí en fin, el futuro condestable de Francia, vencido por la primera vez de su vida, rindió las armas á Chandos al saber la muerte del conde de Bois. Mirad sobre esa altura el sitio donde aquel desgraciado príncipe vió humillada su bandera y roto el hilo de su vida por un soldado inglés; realizacion del sueño que habia tenido por la noche, de un aguilucho sin defensa, degollado por unalcon astuto. Veis esas rocas que estrechan el torrente? pues se asegura, que el galgo histórico de Carlos de Blois, las saltó de un lado á otro cuando abandonó á su señor para ir á anunciar la victoria á Montfort. Los ancianos del país pretenden ver todavia sobre la roca la señal de sus cuatro piés; indestructible monumento de esta infidelidad profética: tales son los recuerdos que quedan de los millares de valientes sepultados en estos lugares, y de los doscientos mil hombres que habia ya devorado esta guerra de 23 años.

-Pues bien, prosiguió Flohic, cuatrocientos treinta y un años mas tarde, los fran-

ceses se degollaban todavía en este mismo valle, después del desastroso combate de Quiberon, y las víctimas de 1795 despertaban al caer á los muertos de 1364. En fin, apenas unos y otros habían vuelto á dormirse en su vasta tumba, que, el 21 de junio de 1815, una tercera guerra civil, una batalla mas encarnizada que nunca, hizo correr nuevos rios de sangre en Tré-Auray.

—Bien veis, concluyó Adriano, que este rincón de tierra es histórico entre todos, y que habla á la imaginación con tanta viveza como á la vista.

—Afortunadamente, respondí, estos desgraciados pertenecen ya á lo pasado. Los hombres han imitado á la previsora naturaleza, que ha echado sus mas graciosos velos sobre este sangriento teatro.... Los huesos de los vencidos han sido recogidos con lágrimas por los hijos de los vencedores, y sus dobles familias honran hoy con igual duelo en el *Campo de los Mártires*, las dos capillas expiatorias que vemos allí.

Al instante, Roberto, tomando su báculo de peregrino, propuso visitar inmediatamente las dos capillas del Campo de los Mártires y de la Cartuja; pero yo le expliqué, que estos mausoleos estaban unidos á los recuerdos de Quiberon, y no debían ver-

se sino despues del famoso campo de batalla, y hacer de las tres visitas una peregrinacion particular.

Por lo tanto, volvimos á Auray por el camino principal, y fuimos derechos á las piedras de Carnac.

Si quereis vereste extraño lugar en toda su fantástica belleza, nos habia dicho Mr. Souvestre, llegad allí como yo hacía la mitad de una noche clara y fria.... Llegad allí, despues de haber andado errante cinco horas entre las malezas sin poder encontrar el camino, despues de haberos detenido veinte veces con repentino sobresalto por oir el ahullido de una loba hambrienta ó el grito de un pájaro carnívoro; subid á la colina en el mismo instante en que un reloj lejano os hará oir sus doce golpes cascados; y al llegar á lo alto, os detendreis arrojando un grito de espanto, por que el elevado llano de Carnac estará delante de vuestros ojos.

Seguimos este consejo, y algunas horas despues contemplamos á Carnac, al resplandor de las primeras estrellas.

En un arenal salvaje, de muchas leguas, se erizan hasta perderse de vista millares de piedras puestas de pié sobre once líneas paralelas, todas en bruto y de una pieza, clavadas por la parte mas estrecha como pi-

rámides truncadas; cubiertas de líquenes, amontonadas por treinta ó cuarenta siglos, algunas de ellas de veinte piés ó mas de altura y ochenta á cien mil libras de peso.

La imaginacion se pierde indagando, por qué medios y con qué objeto, han sido colocados de tal modo en batalla aquellos gigantes de granito. Es un campamento formidable? un monumento de triunfo ó de expiacion? una serpiente zodiacal? un templo ó un cementerio druídico? Todas estas opiniones tienen sus partidarios: las dos últimas son las menos quiméricas; pero ninguna se funda en documentos positivos. Las mas vagas conjeturas iluminan apenas con pálidos fulgores las tinieblas de ese pasado fabuloso.

Una hora hacia que discutia con Roberto sobre tan espantosos sistemas.... El veia en Carnac un vasto templo, hormigueando de druidas vestidos de lino, de sacrificadores enrojecidos con la sangre de las víctimas, de bardos cantando las encarnaciones de Hu... Yo por el contrario, solo veia una inmensa reunion ó depósito de muertos ilustres, cada uno convertido en polvo bajo la punta de un menhir, y cuyas solas sombras andaban hoy errantes en esta Necrópolis...

Nuestro debate se animaba cada vez mas, cuando un tercero vino á ponernos de acuer

do.... Era un pastorcillo de mal aspecto que conducía una vaca delgada y enfermiza....

Lo interrogamos sobre las piedras de Carnac, jurando ambos ser de su opinión.

El pastor se santignó y respondió gravemente :

—Hace ya tiempo, mucho tiempo, que S. Cornelio, el patron de Carnac, iba perseguido en este arenal por un ejército de paganos. Ya iban á alcanzarlo y á quitarle la vida, porque el mar le cerraba el paso, cuando el bienaventurado se volvió, hizo la señal de la cruz y convirtió á los soldados en piedras.... Desde ese dia están ahí, y estarán eternamente inmóviles. Ese gran menhir, que está delante de los otros, es el general que los mandaba.

El pastor convencido prosiguió su camino y nuestros argumentos quedaron petrificados como el ejército pagano.

—En cuanto al hecho, dije para mí, esta leyenda bien vale tanto como las elucubraciones de los sabios! Guardémonos de quitar á este misterioso teatro sus batallones de espectros sagrados, de patrones cristianos y pouliquets celtas (1) luchando á la cla-

(1) Las gentes del país llaman á Carnac la ciudad de los pouliquets. Véase todo lo

ridad de la luna con la cruz y el ramo de muérdago....

Silenciosos y pensativos, volvimos á la aldea de Carnac. La luna, elevándose sobre aquellas calles de piedra, multiplicaba los fantasmas; el viento hacia gemir un alma ó silbar algun duende en la punta de cada granito, y la poderosa voz del mar murmurando á corta distancia completaba esta terrible y sublime armonía....

Al dia siguiente admiramos la rica iglesia de Carnac y la buena imágen de S. Cornelio entre los bueyes que tenia bajo su proteccion. En la feria solemne, que justamente se celebraba aquel dia, encontramos las prácticas de S. Nicodemus, las procesiones de bestias engalanadas y las ventas públicas de cintas benditas, manantial de opulencia para la fábrica y parroquias.

Despues subimos á la capilla de S. Miguel, otras veces Mont-Belen (Montaña del Sol) donde abrazamos todavia otra vez el panorama del Morbihan y del mar.... En fin, nuestros ojos dieron vuelta á la península de Quiberon, y nos dirigimos por las costas, hácia Hennebon y Lorient.

Hennebon fué el lugar donde se inmorta-

que hemos dicho de estos egnomos bretones en las primeras partes de nuestro viaje.

lizó la condesa de Montfort. Esta señora que valia tanto como un caballero, dice Froissart, y que era tan formidable bajo el casco de acero, como seductora con su tocado de encaje. Del castillo que tan animosamente defendió contra Carlos de Blois, queda todavía una puerta y dos torres que sirven de prision. Tambien hay en la ciudad antigua muchas casas del siglo XV. Pero la joya de Hennebon es su graciosa iglesia, coronada por uno de los mas esbeltos campanarios de Bretaña, y que desenvuelve sobre una ancha plaza su fachada adornada de esculturas deliciosas. M. Meriné lo cita con razon entre las obras maestras góticas de la última época.

Los alrededores de Hennebon son muy pintorescos. Roberto creia estar en un rincón del Tiról, cuando fué al antiguo convento de la Alegría. Los altos hornillos han reemplazados á los calados campanarios, pero todavía se vé un hermoso locutorio y un retrato notable de abadesa. El castillo de Locayarn y la fuente universal de Bouëtier, nos encantaron igualmente.

No así una escursion que hicimos á la parte de Plouay, Queitinic y Saint-Ives. Volvimos á caer en las casuchas, establos, los techos de paja infecta, en las poblaciones harapientas y sarnosas....

Lo pobres habitantes de esta tierra maldita se desayunan unas gachas hechas de trigo negro hervido; y remojado con leche cuajada, comen otro hervido de avena ó mijo fortificado con un pedazo de pan negro, y cenan algunas veces un potaje de col ó patatas con manteca de puerco ó tocino salado.

Roberto, que habia visto á Irlanda, me aseguró que este país se la recordaba completamente. La Irlanda ha tenido su O'Connell; cuándo tendrá el suyo el Morbihan? Es verdad que queda por saber si O'Connell servia de otra cosa en Irlanda que de hacer sudar á los pobres irlandeses una renta de un millon!

El consejo general del Morbihan no pone sus servicios á tan alto precio. Ayudado de los magistrados municipales, y sobre todo de los eclesiásticos, estirpa, mediante algunas sumas anuales, la sarna de estos cantones, esperando que pueda tambien estirparse la miseria. Desde 1832 á 1834, han sido curados mas de seis mil sarnosos. El progreso ha continuado desde esa época, y los consejos de revision no encuentran mas que algunos jóvenes infestados de Gourin ó de Faouët, donde las tres cuartas partes de los conscriptos estaban hace doce años cubiertos de pústulas.

La beneficencia particular secunda generosamente los socorros de los poderes públicos.

En Plouay cederé la palabra á M.^o Le Meder, que tiene una historia muy interesante que contarnos, mientras que nos disponemos para marchar á Lorient.

—“Me paseaba, dice, sobre el territorio de Plouay, cuando apercibí á Margarita Piouf, que, viniendo del mercado, volvía hácia Ménehouarn, donde está la granja de su padre, y donde vive todavía su abuela.

—Por qué estais tan pensativa, Margarita?

—Sois muy curioso, me respondió sonriendo, pero como no lo soy menos, os perdono, y por ello vais á completarme la historia que mi abuela me ha contado ayer tarde.

—Con mucho gusto, si esto me es posible veamos la historia de la abuela.

—Nuestros campesinos bretones recitan las cosas, cuanto les es posible, de igual modo que las oyen: por lo tanto, en lo que cuenta Margarita, es su abuela quien habla.

Puesto que sabes leer perfectamente la letra impresa, vendrás la semana próxima con tu padre á Guemené, lugar de mi nacimiento; verás por que. Hace cuarenta y nueve años (todavía vivia mi padre difunto), cuando una tarde del mes de fe

brero de 1796; cuando se acostaba tu padre que acababa de cumplir quince años, llaman á nuestra puerta. Madame Bisson, nuestra vecina, acababa de morir dando á luz un niño. Luego que concluí mi oracion junto al cadáver, la abuela del recién nacido me llamó á su cuarto, porque los de la ciudad no tienen como nosotros el valor de estar cerca de sus difuntos. Tia Pionf, me dijo: «mi pobre hija esta en la gloria; aquí teneis á esta inocente que confio á vuestro cuidado: desde entonces fuí la nodriza del pequeño Hipólito, y en verdad que tuvimos buena recompensa, porq e pertenece á una familia valiente y honrada, y hasta la edad de diez años que permaneció en Guemené no pasó un dia sin que viniese á abrazarme.

Cuando tuvo diez años, su padre lo puso en una escuela que se llama colegio, en cuya época, nos vinimos á vivir á esta parroquia, donde pronto espero que mis huesos blanqueen junto á los de mi difunto.

Cinco años despues, volví á ver al pequeño Hipólito, que vino algunos dias á pasear al pais, y finalmente se fué á Brest, á la escuela en un navio llamado la *Tourville*, y despues lo vi alli con tu padre, donde sin órgullo Hipólito me abrazó de-

lante de trescientos colegiales, casi todos bretones como él.

En 1814, salió de allí para ser marino mercante, pero su padre queria mejor que fuese marino real; algunas semanas despues volvió en el gran navío. Años mas tarde, era como si dijésemos oficial, pero siempre sin orgullo, tal que se enojaba cuando le decia M. Hipólito.

Partió á fines de 1814, y tres años despues era ya muerto. En Lorient se le hizo un buen oficio, y mas tarde una hermosa estatua en bronce; yo hice promesa de ir todos los años á verlo el dia de su muerte, pero Lorient está muy lejos para mis viejas piernas: afortunadamente en Guemené, á fines de 1831, se le ha levantado una columna de mármol blanco, toda llena de escritos; no tiene la estatua, pero está representado en un gran cuadro, mas grande que el *escaparate* de tu madre, donde se le vé sobre su navío; alli es donde voy todos los años con tu padre, y tú verás la semana próxima qué hermosa es, y como cuando nos ponemos á llorar tu padre y yo, todo el mundo nos rodea diciendo: «Esa es la tia Piouf, su primera nodriza, y Guiguel su hermano de leche. Pero es menester que estés bien segura de poder leer lo que está sobre el már-

mol, porque para eso has ido á la escuela como la hija del alcalde.

—Y yo se lo he prometido á la abuela, añadió mi jóven compañera.

—Sabeis, pues, leer Margarita? le pregunté.

—Un poco, me dijo ruborizándose.

—Entonces leed esto, repuse, es el completo de la historia de vuestra abuela, es la relacion de los últimos instantes de un digno hijo de la Armórica.

Y entregué á Margarita un impreso que tenia en mi bolsillo, y la aldeana leyó no muy mal lo que sigue.

Relacion dirigida á S. E. el Ministro de Marina.

«A bordo del *Tridente*, el 15 de diciembre de 1827.

«Tengo que dar cuenta á V. E. de uno de esos acaecimientos que caracterizan la «situacion actual de una gran parte de los «griegos y que desgraciadamente justifican «todas las acusaciones de que son objeto «en todas las plazas de comercio del Me- «diterráneo.

«La corbeta de S. M. la *Lamprea* apresó «junto á las costas de Siria un brik pirata «griego con sesenta y seis hombres de tri- «pulacion. Este pirata fué conducido al «punto á Alejandria, donde fué reconocido

«por muchas embarcaciones mercantes á
 «quienes habia robado, é igualmente mu-
 «chos efectos que fueron en el acto recono-
 «cidos y reclamados.

»La fragata *Mágica*, partiendo de Ale-
 «jandría para venir á Smirna recibió á
 «bordo á la tripulacion del corsario, menos
 «seis hombres que quedaron allí: entró en
 «el Archipiélago con un oficial y 15 hom-
 «bres de su bordo, con el brik griego.
 «El 4 de noviembre en la noche los dos
 «barcos se separaron, el mal tiempo so-
 «brevino, y la presa se vió obligada á to-
 «mar puerto en la isla de Stampolie.

«Dos de los griegos quedados á bordo
 «consiguieron saltar á tierra. Esta circuns-
 «tancia obligó á M. Hipólito Bisson, alfá-
 «rez del navío que mandaba la presa, á
 «ponerse en guardia, porque habiendo ser-
 «vido mucho tiempo en aquellas costas, no
 «ignoraba que todas las islas del Archi-
 «piélago hormigueaban de piratas, que es-
 «taban enseñoreados de algunas pobres
 «aldeas, cuyos habitantes no se atrevian á
 «denunciarlos, á causa de la solidez y or-
 «ganizacion que estos bandidos habian es-
 «tablecido entre sí. M. Bisson y sus 15
 «hombres se prepararon á una vigorosa de-
 «fensa. Este oficial, asegurándose de la de-
 «terminacion del piloto que le servia de

asegundo, resolvió con él, que si los piratas salían vencedores, el que sobreviviese al otro haría volar la embarcación.

«A las diez de aquella misma noche, dos grandes místicos con sesenta ó setenta hombres cada uno, atacaron con furia á los 15 franceses, y abordaron el briquet por delante. Despues de la mas viva resistencia que animosamente dirigia el alférez de navío Bisson, fueron muertos nueve franceses é invadido el puente, M. Bisson, herido gravemente, consiguió escapar de en medio de los piratas, se abalanza á la Santa Bárbara, y mandando al piloto, que peleaba todavia sobre el puente, advertir á los franceses que sobrevivian que se arrojasen al mar, gritó: «A Dios piloto! llegó el momento de vengarnos» Despues prendió fuego á la Santa Bárbara y se hizo volar. El piloto Trementin, fiel á su juramento, voló con el barco; pero mas dichoso que su bravo capitan, fue arrojado sin conocimiento á la playa, con un pié roto y el cuerpo magullado. Los cuatro marineros franceses que de su órden se habian tirado al agua, llegaron á tierra sin heridas graves. Al dia siguiente por la mañana yacian á la orilla del mar los cuerpos de tres franceses y setenta cadáveres griegos, atestiguando que la he-

arónica resolución del valiente Bisson había tenido completo efecto.

Firmado DE RIGNÉ.»

—Oh querido señor, me dijo Margarita con una voz llena de emoción, si quisiérais prestarme eso por algunos días, lo aprendería como un evangelio para recitárselo á la abuela.

—No os lo prestaré, respondí, pero os lo daré, con condición que aprendereis á escribir para sacarme una copia.

Apenas ha pasado un año de esta aventura, concluye M. Le Mede, y ya he recibido tres copias escritas por Margarita, copias certificadas por su padre y abuela, que no sabiendo firmar ponen sus cruces.

—Y ved, dije yo á Roberto á quien había conducido durante la anterior relación á la plaza del mercado de Lorient, ved la columna de granito y la estatua de bronce, levantadas por la Francia á la gloria de Hipólito Bisson.

Era precisamente día de mercado, de suerte que toda la población de las aldeas inmediatas se apiñaba al rededor del héroe breton. Las madres lo enseñaban con orgullo á sus hijos, y los viejos marinos parecían decir á los jóvenes, contándoles su historia:

»Dios, hijos míos, os dé tan gloriosa muerte.

Enseñé á seguida á Roberto los espaciosos muelles, las lindas casas y rectas calles, hermoso puerto y gran rada de Lorient; y la fábrica de máquinas á vapor, donde sería un aprendiz el homérico Vulcano.

—Hace ciento y cincuenta años, dije á mi amigo, nada de eso existía. Aquí no había mas que un arenal inculto y los restos del castillo de Loc-Roch-Yan, cuando la compañía de las Indias edificó la ciudad de Lorient en 1717. La torre y el foso de vigía se levantaron sobre las mismas ruinas de Roch-Yan. Despues el patio de las ventas, los ricos almacenes, el alojamiento de los directores (hoy la prefectura marítima), una sala de espectáculo, casas y quintas suntuosas salieron de tierra como por encanto.

Si Lorient ha sobrevivido á la compañía de las Indias, gracias al Imperio y sobre todo á la Restauracion, se han continuado y concluido los grandes trabajos de los fundadores.

Terminamos nuestro paseo por una visita á la imponente ciudadela de Puerto-Luis, obra de los españoles de Luis XIII y de Vauvan; donde nos embarcamos en una chalupa de pescadores, que nos llevó á lo largo de las costas de Gabre y Erdeven á la península de Quiberon, primera estacion de nuestra peregrinacion al Campo de los Mártires.

FIN.

